

VLISES, HOMBRE SOLO



JOSÉ MANUEL CRESPO

Premio de poesía
Emisora HJCK 50 años
Casa de Poesía Silva







José Manuel Crespo

Ulises, hombre solo



FONDO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

CASA DE POESÍA SILVA

© JOSÉ MANUEL CRESPO
© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA
© CASA DE POESÍA SILVA

ISBN: 958-97442-8-1

UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

CARLOS EDUARDO CAICEDO OMAR
Rector

PEDRO ALEJO GÓMEZ VILLA
Director Casa de Poesía Silva

FABIO SILVA VALLEJO
Director del Fondo Editorial
Correo Electrónico: fondoediunimag@unimag.edu.co

Miembros de la Asociación de Editoriales
Universitarias de Colombia

GENTE NUEVA EDITORIAL
Impresión

Primera edición
1000 ejemplares

*Prohibida la reproducción total o parcial del
contenido de este libro sin autorización del autor.*

Printed in Colombia
2004

El Ulises de José Manuel Crespo

La Odisea, la historia del largo viaje de Ulises a Ítaca después de la guerra de Troya, es el libro de la antigüedad en el que el siglo veinte se vio a sí mismo. Kavafis, lo vio en 1911 como nuestro destino, el destino de cada cual y el que nos enriquece. "Aunque la halles pobre —termina el poema— Ítaca no te ha engañado... sabio como te has vuelto, con tanta experiencia, entenderás ya qué significan las ítacas". Poco después James Joyce publicó *Ulises*, donde cada uno de los capítulos corresponde a un canto de la Odisea; la novela tiene lugar en un sólo día de junio de 1904, en Dublín. En 1938, Nikos Kazantzakis dio a la luz su monumental continuación del libro de Homero. En los 33,333 versos de la obra, se encuentra uno con personificaciones de Buda, un príncipe, don Quijote, un capitán, Jesucristo y un joven pescador negro; Ulises, a su vez, es el hombre de nuestro tiempo, enfrentado al abismo, debatiéndose entre el cuerpo y el alma.

Es éste, contemporáneo nuestro, el héroe único de *Ulises, hombre solo*, el poema con el que José Manuel Crespo —poeta, narrador y abogado de Ciénaga, Magdalena— obtuvo en el año 2000 el premio de la Emisora HJCK y de la Casa de Poesía Silva. La obra ganadora es un extenso poema narrativo, forma nada frecuente en nuestra poesía, escrito en un flexible y hermoso verso suelto, que el autor maneja con destreza y gran despliegue verbal y metafórico. La acción es mínima, pues se trata de un monólogo de Ulises que, preso bajo el embrujo de Calipso, repasa sus aventuras y desventuras, y asediado por "el tigre blanco de la melancolía", expresa sus angustias y nostalgias, héroe más de Calderón que de Homero y en cierto modo más colombiano que griego, personaje existencial en todo caso que se pregunta an-

sioso por la vida y la muerte y el destino, y que confunde la vida real con el mundo de los sueños y la memoria.

Ya ha estado Ulises en el país de los lotófagos, ya ha perforado el único ojo del gigante Polifemo, ya, después de vencer su magia ha tenido su mes de delicias con Circe, ya ha estado con Tiresias y Aquiles en el Hades, ya ha escuchado impunemente el canto subyugador de las sirenas, y ahora repasa su vida ante el mar, ese reino líquido del vengativo Poseidón que lo ha vapuleado como un leño.

Libra en ese playa solitaria una guerra más ardua que la de Troya, una "batalla sin fin" contra sí mismo, donde el enemigo son la incertidumbre y la culpa. Y es en la primacía de este debate existencial que percibimos que el Ulises de Crespo es el poeta mismo —y nosotros, sus coétaneos—, no sólo porque vea en sueños "al niño que comía mango biche en la playa", o porque aparezcan animales y plantas americanos como los mapaches, los turpiales, las guacamayas o las araucarias, o porque emplee giros y diminutivos muy de nosotros; sino porque "Ulises, el monarca, —vuelta realidad la treta con que engañó a Polifemo— es ahora Nadie", cuyas tres miserias son "la ira, la indolencia mortal, la incertidumbre", y que con felices expresiones trata inútilmente de comprender su destino: "mi nave no es el mundo / y la vida en mi nave no es la vida", o porque se pregunta: "¿En qué momento, / a causa de qué azar, por qué locura / nos vino a parecer tan poca cosa / la casita del sol, el universo?"

Pero leamos al poeta, cuyo corazón bate sin duda, como dijo Machado del suyo, "atónito y disperso", y veamos como le da unidad a la abigarrada multiplicidad de aquel mítico viajero con el que se han identificado tantos poetas, novelistas, traductores, estudiosos y lectores de todos los tiempos. Y alegrémonos de tener ya nuestro Ulises, exuberante, tropical y triste.

Nicolás Suescún

*Estas noches son inmensas:
hay en ellas tiempo para dormir
y tiempo para deleitarse oyendo historias.
Odisea (Rapsodia XV).*



- ¿He de quedarme aquí en esta ribera
 recorriendo las grutas, el inmenso viñedo,
 viendo desde las rocas el mar, el mar estéril,
 añorando mi patria, mi casa de alto techo?
 ¿Padeceré sin nadie (isol blanco, sol extraño!)
 otro milenio de tu eterno día?
- La luz ya desampara las desiertas orillas,
 las neblinas invaden el bosque, los caminos,
 y en vaho se esfuma el alma corporal de las bestias.
- 10 Yo, que afronté las olas, la muerte y el destino,
 yo, que asolé ciudades y sentí entre clamores
 el arrebató gris de las arpías,
 el bóreas en los mástiles de abeto
 y ese grajo que sube de las tribus en guerra,
 camino por la playa de las piedritas blancas,
 recojo frutas agrias, hablo solo,
 miro desde las rocas
 esas brumas que vienen por mi vida.
 Es que ya de morir siento el anhelo.
- 20 Ya me hastiaron la guerra, los viajes, las preguntas:
 "¿Quién te precias de ser? ¿De donde vienes?
 ¿Cual es tu patria tierra, tu país, tu linaje?
 ¿Qué naciones has visto, qué lugares?
 ¿Qué naves te trajeron por húmedos caminos?".
 A veces una luna de color de oro viejo
 -el insomnio es la tierra soñada de las furias-
 seca las uvas en agraz, enciende
 ciegos aromas de jazmín, requema
 la derramada flor de mi alegría:
- 30 toda la noche y la siguiente aurora
 oigo el viento en las hojas amarillas,
 la fuente donde el agua constantemente nace,
 las abejas que zumban como un fuego en el bosque.

- Aquí en la gruta de Calipso (hay brisas,
voces rotas, susurros, ecos hondos,
mantos de ceriflores desbordando los muros,
aves tan raras que ni nombre tienen),
he sentido crecer la verdolaga,
he velado, he gemido por ti, patria perdida.
- 40 De ti padezco soledades, Ítaca:
isoledad presencial, íntima y mía!
No soy sino ansiedad, tierra de paso.
El destino (disculpa de mi orgullo:
a todas sus locuras llama destino el hombre)
me impuso su sedienta primavera,
este cruel navegar, este desvelo
más íntimo a mí ser que el alma mía.
De ti padezco soledades, Ítaca:
será por eso que en mis sueños veo
- 50 el cántaro de agua fresca,
las tinajas de dulce vino añejo,
el olivo viejísimo del puerto,
aguaceros con sol, brumas doradas.
Ítaca, encina umbría:
necesito tu savia para seguir viviendo;
Ítaca, áspera Ítaca, la que se ve a lo lejos,
la quemada desde el origen de los tiempos
por una ola de estrellas.
- 60 Un ocaso y un siglo son lo mismo
para el numen que siempre recomienda las cosas:
el minuto, las horas, el invierno, la brisa
que revive las plantas a la vuelta del año.
Pero yo soy un hombre de deseos
(a veces ando a tientas en pleno mediodía
y en la guerra he sentido que uno tiene dos almas)
y no es en el entorno sino en mí donde encuentro
-

mi sol y mi neblina , mi nada , mi infinito.

¿He padecido en vano?

¿He consumido toda mi fuerza inutilmente?

70 Ese cansado azul va para viejo:

una espuma ya gris borra en la playa

estos pasos que van donde no quiero.

Es una cosa extraña: sé que Ítaca

no puede compararse con tu reino, Calipso.

He pasado contigo noches de luna blanca,

y en momentos de sed y de penumbra

he agotado los goces de la más bella vida:

la luz de los sonidos del álamo en la brisa,

las violetas dormidas en el lujo,

80 esos aromas que hacen soñar y dejan mudo.

Es hermoso tu reino. Y, sin embargo,

aquí ha echado raíces y sombras mi añoranza:

en medio de las viñas y las fuentes

le agradezco al destino haberme dado

mi pobre isla por patria.

Heme aquí fatigando el plenilunio.

Ahora los jabalíes

aflan sus colmillos contra las rocas grises,

el toro rojo por el bosque brama,

90 y la luna, esa cobra silenciosa y mortífera,

acecha entre los juncos la ternura del sapo,

sus cúpulas eternas de amorosa criatura.

Debe haber algo que no he visto

en la noche del mundo:

ciego,

ciego de nacimiento,

ciego de nacimiento de los ojos del alma,

eso es lo que tú eres, Ulises, rey de Ítaca.

Es de noche: ahora caen

- 100 las grandes hojas secas del insomnio.
Se han esparcido en maldición mis horas,
los ocasos que fueron
delicia y ornamento de mis días.
¿Cuándo prendió el fuego en el bosque?
¿En qué horizonte sin azul se hundieron
mi destino y su eclíptica sombría?
La tormenta se aleja y uno queda en el ojo.
El mar ha saturado mi corazón amargo.
Mi alma es un velero
- 110 en el que todo se halla sometido a los vientos.
Este es el bosque primordial, el reino
que encierra todo cuanto existe: el ritmo
que a los seres da vida y crecimiento,
la violeta nocturna, los helechos,
el pájaro de plumas verde olivo,
la locura y sus pétalos de moho,
la hojita azul entre las piedras, esos
pinos casi etéreos en la luz matutina.
Este es el bosque primordial: mi alma
- 120 se duerme como un perro en su belleza.
No porque me lo inspiren los dioses sino para
no tener que callar, aquí en la fuente
donde el ciervo se asoma al plenilunio,
digo que en vano nos hicieron,
que a nada hemos brotado de la tierra.
A espada y en su carne lo aprendieron los héroes,
esos niños que hablaban la lengua de los búhos,
que entre risas salieron a jugar con el miedo
y en el polvo murieron asustados y solos.
- 130 Dejaron sus palacios
-esos ámbitos llenos de lujos y vacíos-,
mostraron a los reinos las brasas de su orgullo,
-

- la tierra estremecieron los grandes atabales.
En la hora inmensa de la guerra
(¡iqué alegría marchar contra los teucros!)
saboreaban la sangre de las uvas,
arrancaban espigas de mil trigos
y avivaban la hoguera sin ver que la ceniza
no sería de los leños solamente.
- 140 Y, con todo, dichosos aquellos que cayeron,
Ilíón, junto a tus muros en la aurora bravía,
o en las cóncavas naves se perdieron
mirando la altamar de las estrellas.
¡Oh Troya de las pálidas almenas,
piedra de nieve y resplandor, espina,
rescoldo de la antigua profecía!
A la sombra del humo, en el palacio
intacto aún, en su jardín oscuro,
sufrí viendo las grandes arquerías,
- 150 los caballos leonados, el aljibe,
la espesa hiedra de color de vino.
En el irreal atardecer de otoño
vi esa ciega espiral en desenfreno,
me disolví en la fuerza de la masa asesina
que bramaba en la lengua secreta de sus dioses,
viví su furia y su pavor de fiera,
sentí terror ante lo que los ebrios
son capaces de hacer: ser tigre o presa,
enceguecerse hasta matar, reírse
- 160 de su íntima visión como los locos,
gustar el gozo de la muerte ajena,
beber sangre caliente, irse por ese
camino vertical que lleva al ciego
centro en profundidad del acabóse.
El oscuro trenzado de mi vida,
-

la opaca historia de mis días,
liberaba su gris en esa furia
que tiene su hontanar en la venganza.
Se luchaba en las calles. La batalla
170 densa y desesperada se extendía.
Ardían sordos braseros. La violencia
giraba como giran los colores
de una burbuja transparente. ¡Cuánta
carroña para perros! Ahí quedaban
los que ya no tendrían que preocuparse
del mañana, del viaje, del regreso.
Una mujer de azul, una demente,
sonreía mirando las hogueras,
y Ulises, hombre solo, saboreaba
180 el pan con llagas del horror, sentía
con qué facilidad el poder puede
llegar al sueño criminal, veía
las tribus inquietantes (esa gente
con cara de babuino, de lobo gris, de perro)
bebiéndose los vientos, delirando,
sacudiendo la víbora en el fuego.
Era fácil morir. Nadie sabía
donde acababa lo imposible, donde.
En los días de mi carne no había visto
190 tanta desolación, tanta desdicha:
de los contornos y del mar llegaban
los esclavos a ver las humaredas
afligiendo la gloria de aquel reino.
Hombres, potros y sombras se movían
hacia el definitivo desenlace.
Esa violencia inmemorial venía
de las profundidades de una historia
menesterosa y cruel que así mostraba

- el gran mar de sus odios, ¡oh destino!
- 200 ¿Para qué más que la verdad? Sentía
en mi sombra crecer un tigre rojo.
Troya, la de los hermosos corceles;
la bien murada Troya, la secreta
colmena del temor y de la espera;
Troya, la que lo mismo que la luna,
en las noches azules parecía
sufrir la inmensidad del universo,
se quemaba sin fin en la llanura.
La violencia debe ser contestada
- 210 con la violencia, y el poder con la espada
de doble filo del poder. ¿No es esa
la dura ley del bárbaro y del griego?
Así ha sido, así es: hasta los teucros
(esos seres felices que vivían
siempre un paso adelante del destino)
se enmarañaron en los malos sueños.
Arreciaba el final. En los bajíos
de la marisma gris se refugiaba
el resto sin mañana de aquel pueblo
- 220 de lenguaje secreto y alma fiera.
¿En donde estaba Helena, qué haría Helena
(la reina que plantaba su triunfante
lábaro de ilusión donde quería,
infligía secretos sufrimientos
a tanto corazón y sometía
a su loco poder héroes y dioses)
en ese ocaso en que las olas eran
una especie de pálpito sombrío
y en el deshielo de la primavera
- 230 nuestra espléndida guerra concluía?
¿Dónde estaba la gente? Sólo un terco
-

- grupo de irreductibles resistía
entre las humaredas. A lo lejos
el violeta del mar era una ausencia.
Ocupada por príncipes y hogueras,
Ilión agonizaba. La venganza
que una vez conjurara sobre sí le caía:
yo era esa Ilión en llamas,
240 yo había estado en sus plazas hacía siglos de siglos,
yo la habría salvado de haber sido
otro mi nombre o mi destino.
Casi empezando a oscurecer, la urbe
-el mar que nunca duerme la miraba-
era un fuego habitado por vértigos y voces.
Recordé la batalla en que los teucros
nos quemaron las naves: se sentía
que por Héctor luchaban las estrellas.
¡Oh triunfos del poder, oh desventuras!
Anohecía cuando vi a lo lejos
250 el viento revocando esa humareda.
Troya, la de los barcos que traían
de exóticos países el sol rojo,
era fuerte y su imperio duraría para siempre:
desde aquel tiempo en que los clanes
vivían de las aves migratorias
y las mieles silvestres, los reyes cazadores
ahuyentaron las hienas de la tierra sagrada,
aniquilaron tribus a filo de cuchillo,
le dieron una playa y un hogar a su pueblo.
260 El núcleo rojo del incendio iba
desplazándose al gris, al ocre frío,
cuando crucé **La puerta de los reyes.**
Esa fuga en la noche era mi forma
de salvar el mañana, de salirme
-

- por atajos profundos, de negarte
predominio y rigor sobre mis días,
fuerza del mal, todopoder, destino.
¿Qué buscas? ¿Qué más quieres? ¿No te bastan
los inmensos políperos del odio,
270 las furias, las mesnadas asesinas,
las ciudades saqueadas, los aleros
y nidos consumidos por el fuego,
los éxodos del hambre y del espanto,
las preñadas abiertas a cuchillo,
los aullidos, los niños estrellados
contra los muros del pavor, la sangre,
ese espeso jarabe de cadáver
que lamieron los perros en las calles
de Ilión en plenilunio? El depravado
280 esplendor del incendio (esa belleza
que tiene su raíz en el tormento
del mundo y de las almas) me seguía.
Menos mal que mi sombra es sordomuda
y así no puede confesar el llanto
que vertí aquella tarde en que vi a Troya
muriendo entre la luz de las colinas.
Que el cielo se desplome y nos aplaste,
que la tierra se raje y nos devore
o que el mar se desborde y nos ahogue:
290 esos eran los miedos que acosaban
a los bárbaros teucros. Y no fueron
ni el cielo, ni la tierra, ni el oleaje:
fuimos nosotros quienes destruimos
su reino de candor y de aventura:
demolimos los templos, profanamos
las tumbas de sus héroes, nos bebimos
el vino de los cálices sagrados,
-

- violamos las princesas, arrancamos
la roja cepa de la vid que Príamo
300 trajera del oriente ultramarino,
rellenamos con piedras la cisterna
que cavaron los reyes sacerdotes.
No fue a punta de espada: los troyanos
forjaron su poder y sus riquezas
a la antigua manera: trabajando.
Era espléndida Ilión junto a sus mares:
herrerías, curtiembres, astilleros,
forjas, telares, ebanisterías,
laboriosos orfebres que enseñaban
310 el arte de la intensa filigrana,
criaderos de caballos, perlerías,
una flota pesquera, mercaderes
que a cambio del estaño, la obsidiana,
el cobre y los jarrones modelados
en el jade y el mármol de las islas,
se llevaban puñales, azadones,
cornamentas de ciervo, zapapicos,
pavos reales, ajorcas, pebeteros,
avellanas, marfil, pescado seco,
320 ámbar, pieles, cerámica vidriada,
especias y perfumes de la India,
pergaminos, coral, esparaveles,
bolas de lapislázuli, cereales,
figuras en mayólica, laúdes,
esos barriles donde al fin sosiega
su natural respiración el vino,
dijes robados en las tumbas, nueces,
lana, sedas, sandalias, lino fino,
dagas de cobre o pedernal, azogue,
330 ocarinas, luciérnagas, imanes,
-

herraduras, estribos, alabastro,
gerifaltes, café, ganado humano,
tigres, liras, braseros, colibríes,
uvas pasas, aceite, malvasía,
potros del Asia que sudaban sangre,
caparazones de tortuga, espejos,
hachas, sierras, azuelas, cerraduras,
cerdos salados, cítricos, melones,
conchas de múrice, algodón, incienso,
340 higos de Transilvania, caviar negro,
naipes, dados, añil, drogas, licores
(los jeques del Magreb no vacilaban
en cambiar una esclava por un trago),
cuentas de vidrio, cántaros, papiros,
resonantes monedas de oro rojo:
bregando a no dormir, un buen herrero
ganaba tres jornales en un día.
Era espléndida Troya. Incluso en esa
hora temible en que la mar bramaba,
350 y la tierra, como una solfatara,
se abría para tragársela, y la furia
que avienta las hogueras del espanto
la cercaba de púrpuras y brasas,
era hermosa en la tarde: parecía
que la luna y el sol en sus almendros
con un flavo furor se fusionaran.
Sufrió ese agonizar de pez espada
que se asfixia y batalla y al fin queda
su muerte rebrillando en las arenas:
360 sentí pesar porque los griegos somos
lúcidos y malvados, pero a veces
la desdicha nos hace compasivos.
Es que el cuento del ser no acaba nunca.

Recordé aquellas noches de otro reino
(imi infancia con abejas de montaña!)
en que la fiebre corporal subía
y lo mismo que un lobo sin manada
(isolitario habitante de las brumas!)
me estaba afuera, en el umbral oscuro,
370 viendo pálidas sombras en la playa
donde el viento del sur (como el susurro
de un arroyo en otoño) develaba
el denso resplandor de las estrellas
que en las olas se abisma y disemina.
Yo soñando los símbolos eternos
en mi reino interior y, mientras tanto,
(la espumita del mar, ¿de qué se ríe?)
se murió de vejez hace tres lunas
el águila de sol que soltaría
380 en el bosque sagrado a mi regreso.
Ya la muerte está haciendo su trabajo,
ya fermenta con agria levadura
la masa ciega del dolor, y en esa
borrachera del alma que ya vive
lo que presiente, lo que ansiosa espera,
te pareces, Ulises, me recuerdas
al árbol viejo que a la vez que ramas
ulceradas y secas tiene hojitas
empezando a nacer, nidos, retoños,
390 y hasta frutos dorados que colmaron
las promesas del sol y de las flores.
En las épocas duras del pasado
(ni principio ni fin: sólo un continuo
trenzarse de ansiedades y de esperas),
esos muertos hechizos revivieron:
vi entre sianas la torre de los cuervos,

el mar amargo que obsesiona y urge,
la brisa reanimando el fuego rojo,
la locura volviéndose batalla
400 (esa fiesta que a veces nos hermana
con el mismo enemigo: ¿no aprendimos
a jurar y a escupir como los teucros?),
mi ejército avanzando por la arena
con su paso de bestia fatigada,
ese entrevero, la estampida en masa,
la fatiga, las órdenes perdidas,
ciegas escenas de terror y fuga,
y esa rabia, la sed de los soldados
que se daban valor con un buen sorbo
410 de vino y en el vértigo embestían,
y delirando de dolor dejaban
en el polvo quemante las corazas
y así, semidesnudos, combatían
exponiendo a la luz del cielo en llamas
el púrpura mortal de sus heridas.
Íbamos como ebrios. No luchamos
(esa es la verdad límpida y pura)
por las puertas de Troya, por Helena,
por un efímero laurel: la guerra
420 fue cobrando en las almas vida propia.
¿Para qué más que la verdad? Si fuimos
a las costas del Asia, si afrontamos
la llanura y sus réplicas de fuego,
si cruzamos en pálido silencio
traicioneros torrentes de montaña,
si bebimos ceniza, si sufrimos
el olor a fritanga que esparcían
las mugrientas cocinas en el aire,
si vimos a las tropas (según fuera

- 430 fluyendo la batalla) disolverse
en el vino del triunfo o del espanto,
es porque fuera de la guerra (esa
mala hierba que crece noche y día)
no hay nada que sea real: sólo el combate
le confiere al vivir pleno sentido.
Inmerso en ese mar fui conociendo
(icelebra y agradece, sombra mía!)
las pequeñas insidias de las horas,
la pira funeral, los reyes locos
- 440 (iengendros de taradas dinastías!),
los bajeles al paio con sus velas
abandonándose al azul y al viento,
el sonido del fuego en las maderas,
los potros desbocándose con luna,
esas tribus en fuga por el sueño.
El destino es así: los reyes nacen
con la vida ya hecha; los soldados
se ganan el vivir y hasta la muerte
(afrontan el azar como quien tiene
- 450 cogido a un lobo gris de las orejas
y no quiere dejar que se le escape)
en la lucha y a pulso cada día.
En mi lidia sin fin con el cansancio
(la liebre se retrasa y, como siempre,
quien llega en el ocaso es la tortuga),
fatigaba las noches amarillas
y agobiado y sonámbulo vivía
rebuscando en los tréboles perdidos
el frágil talismán, la primavera.
- 460 ¿Y quien quedará en pie cuando regrese
el viento, el hosco rey (lo inesperado
ya es casi lo habitual en nuestra vida)
-

- y esta guerra en la sombra continúe,
y la niebla devore al que haya sido
marcado desde ayer para la muerte?
Supones demasiado, te imaginas
(eres el hombre de las muchas almas)
que lo sabes, que puedes oponerte
a las redadas del azar. No sueñes:
- 470 no calientes la nieve, sombra mía.
En este atardecer en que los ciegos,
los hijos de los dioses color tierra,
abren sus corazones a la espera
y salen al encuentro del que viene
cruzando el espejismo de las olas,
esta desdicha natural, la vida,
esta fiebre de inciertas remisiones,
se bebe mi ansiedad, esa neblina
que se anega en el gris de los bajíos.
- 480 La fuente que refleja los ayeres
-hiedra y carcoma- de la gruta umbría,
y la brisa con esa ligereza
que alivia la opresiva pesadumbre
del peñasco y el bosque verde oscuro,
evocan en mi espíritu las vigili-
as de los años malignos que pasamos
dando vueltas en torno a las murallas,
hiriendo la ciudad a hierro y fuego,
fatigando los pardos arenales:
- 490 de lo tanto que ansiamos la victoria
nos hicimos iguales al beduino
que devora la res con todo y sangre.
Eran noches inmensas, eran reinos:
los perros de los mares relataban
historias de cromáticos perfiles
-

para un entorno de furor y luna
(las fieras acercándose al oasis,
los chacales rondando las hogueras),
ebrios de un vino turbio maldecían
500 el arte de la vela que inventaron
los dioses y los príncipes mortales,
y necios y soeces (se reían
y juntaban las frentes) ultrajaban
la hermosa lengua que nació del canto.
Como una flor cortada para un muerto
me persigue ese olor a sudor agrio,
a cerdo y a licor, a campamento.
¿Qué se hicieron, oh patria, tus colinas,
el suave resplandor de tus olivos,
510 las fuentes aluviales de mi anhelo?
Pero yo soy tu burla, tu rey loco:
a causa de Selene y de las brisas
he olvidado mi lámpara en las olas
y mi nave en lo azul de la montaña.
¿Y quien me pagará el tiempo perdido,
el cultivo profundo del ensueño
que en sílabas de amor se disemina,
la larga incertidumbre del marino
que en las noches enfermas y sin aire
520 depende del azar y las estrellas?
El poder de los reyes (insaciable
crisálida de infamias y aventuras,
enconado rescoldo, irremisible
conflicto entre la espada y el destino)
es un cruel plenilunio color sangre
y ese púrpura en mí se llama Troya.
Mirándola morir fui comprendiendo:
la garra mata pero no disfruta

- el mundo y su verdad: sólo la mano
530 (la mano que debido a la pericia
del arisco pulgar que sigiloso
se aproxima, distancia o contrapone
al ritmo de los cuatro inseparables,
abre, cierra, trabaja, pulsa, siente,
y en su mímico juego hace posible
que el logos interior, el verbo ciego
se colme de color y de sentido,
que un niño con los párpados cerrados
perciba y reconozca la violeta,
540 o que el hombre sin voz, el perro mudo,
exprese lo que siente y sustituya
con el signo la sílaba perdida)
se hace cuenco y remanso para el agua,
sujeta con firmeza la madera
o suave precisión la hojita verde,
se tiende en amistad, muestra la palma
surcada por las líneas del destino.
Quien ha sobrevivido a la masacre,
quien ha pasado por la hoguera negra,
550 quien ha visto al amigo con los párpados
llenos de hormigas y los pies mordidos
por las ratas, es otra especie de hombre.
Si yo realmente fuera un rey, un héroe,
tendría que haber podido conjurar la tormenta,
la siega de un linaje de antiguos semidioses,
la guerra que duró toda mi vida:
habría tenido que salvar a Troya,
esa ciudad más bella que la fruta del dátil.
Para que mi alma mida su propia singladura,
560 la espuma, esa blancura que viene desde lejos,
revive mis irreales pretéritos, mi origen.
-

Miro la mar, sus ocre, la cúpula inquietante
que saca sus fulgores de las profundidades,
y es lo mismo que cuando frente al espejo negro
desde mis propios ojos el silencio me mira.

Atenea, la hiriente, me lo dijo:

"Ulises, yo conozco tus idas y venidas,
tus astucias de rey rico en ardides,
los sueños con que sabes distraer tus esperas.

- 570 No te mientas así, no continúes
tu farsa de pronósticos y olvidos,
y no digas después que no sabías,
que nunca te enteraste de lo que aquí ocurría".
Costra de maldición, sangre reseca,
¿a qué tanto añorar, a qué conduce
ahondar a golpes de martillo el clavo?
Entre los muchos locos que soy, entre las tantas
presencias que fatigan mi vana carnadura,
hay alguien (un espectro) que escribe en la ceniza
580 todo lo que mi sombra silencia por orgullo.
Si este es el tiempo de los desengaños,
este tiene que ser el tiempo mío.
En las noches perdidas, cuando Circe
caminaba descalza por la arena,
y esos vientos a rachas del verano
requemaban las hojas escarlatas,
y la luna orillándose al abismo
helaba con aceite y cera muerta
las azules heridas de las rocas,
590 sintiendo el mar amargo, recordando
las furtivas auroras de otros días,
mi sombra funeral, mi yo fantasma,
se enfrentaba como un recién nacido
a la necesidad de transformarse.
-

¡Esas noches irreales del verano!
A flor de oscuridad Circe danzaba,
y en los giros y vértigos del baile,
la serpiente sin párpados, la ciega,
(ni el guerrero más fuerte lograría
600 dar un paso tras esa mordedura)
su alta figura en espiral ceñía.
Flores agrias, especias y de Chipre
la inquietante y dorada malvasía,
saturaban de olor el aire denso,
y en el núcleo más íntimo del fuego
que azulaba el entorno venenoso
(cuando el fuego es azul dicen que indica
la presencia de espectros y fantasmas)
de aquel niño dichoso que había sido
610 la voz ya muerta susurrar se oía.
Ha caído la noche sobre el mundo:
ahora debe probarse la constancia
del hosco cazador que empecinado
en quitarle su reino al ciervo rojo,
sigue un rastro de olor por la espesura.
Ulises: en la hora del vacío
mira y siente qué amargo es el destino
que somete a los pálidos humanos
a la niebla temprana y la tardía.
620 Lo que ha de ser será. Si el viento quiere,
en la nave que sube a la montaña
(¡oh velero fantasma de mi espera!)
cuando apenas hay luz para que un hombre
pueda verse las venas de las manos,
y la brisa incesante en los pinares
desenreda su larga serpentina,
regresaré a mi patria por la ruta

- que nunca imaginé: la pesadilla.
Locura sapiencial, fulgor oscuro:
- 630 no me abandones en el mal momento
en que arrecia la sed y un fuego fatuo
me avisa la presencia de las furias
que vienen por el resto de mi ensueño.
Ya estoy harto de ayeres y recuerdos:
es hora de que mi alma los reúna
y los suelte en el vértigo de un grito.
A pesar de mis hambres y batallas
me carboniza el corazón, me quema
las escorias del alma, me sosiega
- 640 sentir que nace en el rencor la rosa,
ese símbolo blanco del olvido.
¡Oh gruta de las hondas arquerías!
Por amarga que sea mi recia vida
(uno se cansa, se fatiga, tiende
a dejarse morir) en este tiempo
en que le pago al mar pena y castigo,
sé que aunque vana o miserable es todo
lo que tengo en el mundo y saboreo
su amargo devenir como ese vino
- 650 que la maga añejaba en sus tinajas
con un gusano de rosal al fondo.
Yo miro el mar, sufro la mar, yo miro
el sol desamparando su hermosura,
la balsa carcomida por el sarro
de las olas, el azul degradándose
en gris, en azulgris, en ocre viejo,
y siento que debajo de la espuma
innumerable en su esplendor se abisma
el dios de ojos hundidos, mi enemigo,
- 660 el que busca, el que sigue, el que persigue
-

la urdimbre sin retorno de mis pasos
desde que la desdicha me maldijo
y maldito quedé, y así prosigo
(nadie puede oponerse a su destino!)
dejando transcurrir ajenas horas
en mi añoranza sin intermisiones,
porque tuyo es el reino del espanto,
Poseidón, padre ciego del demente
Cíclope que me tuvo prisionero
670 (estoy viendo aquel ojo pavoroso,
la risa de sus dientes carcomidos:
lejos del viento y de su luz, hundido
en la densa neblina del hechizo,
Ulises, el monarca, se hizo Nadie),
en un vasto sepulcro, y este lince,
este gato montés de los caminos
que a la luz amarilla del verano
(lese inmóvil verano de las islas!)
disfrutaba en un largo ocultamiento
680 la brisita marina que en las tardes
inquietaba los altos limoneros,
y enamorado de la vida errante
buscaba por cavernas y pinares
los oscuros orígenes del fuego,
no hizo más que pulir durante lunas
un jade verdeoscuro, quemar vivas
las hormigas aladas del insomnio,
y sentir a lo ciego que a su espíritu,
(¡a su reino febril!) se le metía
690 una racha del mundo de las sombras.
¡Y llaman héroes a los reyes locos!
Héroe yo, pero no porque la guerra
(esa crasa demencia que venía

esparciendo los duelos y las ruinas)
 exaltara mi nombre y mi renombre
 entre un agrio sabor de multitudes,
 sino por la paciencia con que supe
 (en aquel tiempo mi esperanza era
 todavía mayor que mi amargura)

- 700 acoger entre signos y tormentos
 este misterio de mi propia vida:
 ¿no me vieron los vientos y las olas
 erigiendo la torre de los sueños,
 mi vida en medio del azar, mi día?
 ¿Quien rescata ese ayer? ¿Quien me redime
 aquella interminable primavera
 en que mi nave de africana teca
 fatigaba las islas del Egeo,
 ese piélago azul que ahora descansa
- 710 bajo el amparo de la Armada griega?
 ¡Oh desmadres del vino y de la risa!
 Dátiles, moscateles, mandarinas
 ají, cebollas, pimentones rojos,
 salpicaban de olor y de sabores
 los ruidosos festines que empezaban
 cuando el príncipe Ulises le arrancaba
 los ojos al cordero y le ofrecía
 el jugoso manjar a su invitado.
 Más arduo que la guerra es el deseo
- 720 que devasta mi ser cuando a sus horas
 (sombras de luz y sombras azulgrises,
 casi fuego por dentro el claroscuro),
 la sangre se enfebrecé y me reclama
 su orgulloso derecho a la alegría,
 y en el fuego, la noche y la montaña,
 se hace burla de amor, me desespera

- ese aroma de rosas casi ausente.
¡Qué ciega tu ansiedad, qué rumorosa,
qué innumera tu espuma, mar amargo!
- 730 Noche a noche mi sed vuelve contigo:
qué cambiado y qué extraño, qué distinto
te ve en sueños el niño que comía
mango biche con sal junto a las olas.
Es a ciegas, a tientes, a neblinas
(alguien oculto en la floresta mira
el sigiloso cazador, sus ojos,
su pálido perfil a contraviento),
como el alma fatiga esas orillas,
las memorias, el tiempo que ahora fluye
- 740 más rápido que ayer, más pavoroso.
Hay reflejos, hay sol, hay parpadeos
hay venenos de víbora en el vino
cuando en la tarde mi ansiedad evoca
(es la fase sonámbula en que a solas
la abeja reina del pavor, la bruja,
escupe su maldad sobre las rosas)
la alcoba de las gemas soterradas,
el hambre de la maga, las castañas
asadas en invierno a fuego suave,
- 750 los conjuros de sílabas arpías,
el rito de las máscaras azules,
los menjurjes expuestos a la luna,
el regusto del hongo del centeno,
el rojo colibrí, los camaleones
(esas almas de ayer que todavía
no han hallado reposo), las violetas
(las pálidas violetas que hacia el alba
traían visitantes espectrales!),
la lamparita de ámbar, el brasero,
-

- 760 esas manzanas negras en el plato,
el cáрабо al acecho, los turpiales
a medio devorar por el angora,
las termitas aladas que rondaban
los cirios encendidos, y la maga
reviviendo el amor, el arte brujo,
preparando perfumes (se llamaban
Azul, Llégate a mí, Sombra del mundo),
maceraba sin prisa esos ramitos
de apretado jazmín hasta que el fuego
770 despertaba en el cántaro sombrío.
Si el mal paso hay que darlo, darlo aprisa.
Desde aquí, desde el gris, desde las rocas
que abigarran de sombras y rumores
los abetos de polen amarillo,
esta brisa que pálida regresa
a lo pleno y profundo de la noche
(hay humo en el oeste, los jirones
de neblina se aferran a la espuma
congelada, y al fondo se divisan
780 grandes anillos como soles rojos),
me revive la sed que me quemaba
cuando el negro bajel que conducían
al unísono el viento y el piloto
(una noche profunda se extendía
sobre el reino del mar y en las tinieblas,
en el agua temible del desvelo,
no brillaba otra luz que el alma mía),
se acercaba al país de los cimerios:
una leve película de hielo
790 doraba el agua muerta y, al henderla,
mi velero de roble y roja proa
generaba un sonido de hojas secas
-

(esas hojas quemadas que en otoño
 casi crujen al tacto) que anunciaba
 el púrpura y la sal de una ribera
 (antes que el fuego y que la sal oscura
 ahí estaba esperándome entre brumas
 ese sordo lugar de lejanías)
 donde apenas llegar (no tuve tiempo
 800 de engañar mis temores en la espera),
 sonámbulo de espanto y de fatiga
 hice un hoyo en la arena con mi espada,
 ofrecí libaciones (estoy viendo
 la fragante aguamiel, el dulce vino),
 y ebrio de miedo degollé las reses,
 y la sangre al correr como la seda
 se fue perdiendo entre las verdolagas,
 y las almas saliendo del Erebo
 se congregaron junto al pozo negro
 810 con un sordo y profundo murmurío,
 y el espectro amarillo de Tiresias,
 tras saciar su agria sed (yo padecía
 el espanto de ver en su mirada
 esa imagen final, la que se queda
 congelada en los ojos de los muertos),
 me dijo que a mi patria volvería
 y que lejos del mar y sus furores,
 de viejo y en sosiego moriría.
 Mi viaje es demasiado largo para mi vida:
 820 el resto del periplo lo concluirá la muerte.
 Ahora
 (vivir es un asunto de pausas, de momentos:
 el corazón se cansa del mundo y su dureza
 y en sueños uno cambia de piel y de deseos),
 yo que fui rey de tribus y reuní muchedumbres

que cubrieron a Grecia como las grandes aguas,
soy entre hurañas gentes el solo, el olvidado,
el que a sí mismo tiene que cerrarse los ojos.
A veces, en las tardes, a la hora de la brisa,
830 cuando el tedio revienta su burbuja sombría,
vuelvo a ser aquel niño fiero de los playones
que miraba los sauces a través de la fiebre,
se imaginaba el alma como un humo azulado
y hablaba enfermo y loco de las islas doradas
desde donde podía llegarse al horizonte:
si pierdo, nada pierdo, pero si acaso gano,
tendré todos los reinos del mar, el arco iris,
las brisas de la Aurora de azafranado velo,
me dije al apostarle mis naves al ensueño.
840 Luna de nacimiento, mi playa era la tarde,
y así cuando mi padre me regaló unos árboles
yo sentí que era fácil ser feliz en la tierra.
Sol de mejores tiempos, recóndita alegría:
consuélate un instante de haber sido dichosa
y de las viejas penas alégrate, alma mía.
No te fíes de la lenta duración de las horas.
La usurera memoria que no olvida una deuda
hace pausas oscuras en lo lento del día:
el tiempo sólo es tiempo después de que ha pasado
850 y la espuma no es blanca cuando nadie la mira,
y así, quien lo creyera, este Ulises ya viejo,
antes que rompa el alba, velando en plena espera
(mientras la sombra deja sin perfil al helecho
y perdura una cierta sutileza de verde
en la fiebre de un sauce resistente al invierno),
siente subir de un fondo de abismal amarillo
las serpientes que tienen el olfato en la lengua,
los espíritus que gimen en el bosque nublado,

los seres que se nutren en las profundidades.

- 860 Te sacaré los ojos y haré que te los tragues,
 Nadie, piojo en mis manos, gusano de las uvas,
 decía el Cíclope en esas noches en que velaba
 (iera un rencor en vela!) cuidando su rebaño,
 bebiendo vino negro, masticando amapolas,
 y Nadie (yo era Nadie) guardaba sus palabras
 con el fiero designio de clavarle una estaca
 en el ojo al endriago de apestosos ancestros
 que siendo real miraba como una pesadilla.
 Yo era Nadie, la rata, la hambrienta sabandija:
- 870 no había nombre ni origen debajo de mi rostro;
 súbitamente el mundo fue sólo ese esperpento,
 esa horrenda presencia que hacía aullar a los perros,
 ese ser que anudaba mis alucinaciones.
 Yo no quería matarlo: quería dejarlo ciego
 (matar, qué cosa fácil, y qué bien que lo hacían
 esos hombres peritos en morir mar adentro),
 quemar esa mirada que podía reducirnos
 a ser sólo una mancha de humedad o de grasa
 en las rocas del antro donde la gota de agua
- 880 ritmaba la latente pulsación, el sigilo
 de la red, de los nudos, de la urdimbre asesina
 (itodo lo que tejieron las malignas arañas!)
 en esas madrugadas en que hondísimo, lejos,
 percibía el enfermizo quiquiriquí del alba.
 Nadie se despertaba sintiendo en un regusto
 lo amargo del destino. Siempre supe que el mundo
 (las tierras trabajadas a diente y a pezuña,
 los gajos de uvas verdes en la lluvia de otoño,
 los campos de amapolas cruzados por jinetes,
- 890 los fúnebres cortejos a través de las dunas,
 los tambores que llaman a los antepasados,
-

las lunas amarillas, los bosques donde anidan
 las urracas azules, el mochuelo leonado)
 no era lo que soñaba. Me alegra que así fuera:
 en la amargura el niño febril calla y aprende.
 ¿Qué será del engendro que en los amaneceres
 sacaba de los grandes barriles de madera
 pescados de ojos muertos y pálidas escamas
 que devoraba crudos y sin más aderezo

- 900 que un chorro de limón o vino negro? Mi sangre
 (imi corazón de tierra parda y roja, sombría!)
 se heló cuando la bestia de la mirada rota
 (¿a dónde iré, destino, que mi mente no vea
 los párpados, el ojo reventado y sangrante?)
 me predijo en la furia del enceguecimiento
 (ioh, medusa, salúdame al bastardo asesino!)
 que volvería a mi patria tarde y en nave ajena.
 ¿Qué pretende la vida? Dímelo tú, destino.
 Es una miserable manera de aprender, pero algo
- 910 me enseñaron los vientos de furia que trajeron
 esta guerra imposible donde quien gana, pierde:
 la carne hace patente la pus y la gangrena,
 el cuerpo nos fue dado para ver a la muerte.
 Como en las grises horas de mi niñez a orillas
 del torrente sombreado por las grandes acacias
 (atados a la muela, los esclavos
 cantaban en las tardes cantos de los caminos),
 mis demonios se emboscan, hacen día de la noche,
 reviven el rescoldo de una embriaguez oscura
- 920 (los feacios, amantes de manejar los remos,
 beben para matarse, para acabar con todo),
 y ante la mar que vierte sus entrañas amargas
 soy lo mismo que el hosco prisionero que sueña
 con lograr la imposible remisión de su pena.
-

- ¿Qué es lo que nos has hecho, destino, fuerza ciega?
 ¡Sol de las almas muertas, lampadario sombrío!
 El oso gris, el dueño de las mieles silvestres,
 respira en lo profundo. Desde siempre lo supe:
 la muerte es una sola y en la penumbra gime
 930 el girasol que sufre su propia brujería,
 pero fue en esa guerra donde vi hasta qué abismos
 puede llegar la hambrienta raíz de la desdicha
 que aflige a cuantos hombres comen pan en la tierra.
 No pensé demorarme (¡la guerra iba a ser fácil!)
 y veinte años pasaron, veinte años que en mi vida
 se sienten como el golpe del mar contra la playa.
 La gentuza sin nombre, los nómadas errantes,
 los gitanos que viven cerca de las hogueras
 y aman los pedregales donde crece el espino
 940 y acecha la cerasta, la serpiente cornuda,
 (Laertes, sabio de alma, domador de caballos,
 les impuso un tributo pagadero en abejas),
 sabrán decirme, acaso, qué celada me tiende
 la mar azul, la madre feroz de las batallas.
 ¿Qué es el hombre, qué puede, qué conoce, qué
 /anhela
 ese gris terroncito de astucias y mentiras?
 ¿Quien era yo? ¿Quien era? ¿Qué anhelaba aquel ebrio
 que un día recio de vientos sonámbulo se fuera
 por la sal de esa orilla nigromántica y bruja?
 950 Lo inquietante es que ahora me siento casi un teucro
 (un teucro porque uno no es de donde nace
 sino de donde tiene sepultados sus muertos)
 y el mal (esa carcoma tenaz para el trabajo)
 se fermenta en la sombra como en aquellas noches
 en que el bosque de pinos deformes, torturados,
 exhalaba sin prisas el vaho de un humo verde,

mis pisadas hacían crujir piedritas blancas,
y Circe, la inquietante, se desceñía ese manto
que se agitaba en ondas aunque no hubiera brisa.

- 960 "Frótame con esencias de flor de limonero",
susurraba la maga soltando esos cocuyos
que guardaba en parejas entre nísperos huecos:
su lujuria era un ansia de reposo, una fiebre,
un verano aguardando nubarrones de alivio.
¿Quien entre los que beben junto al hogar percibe
lo tan necesitado de sombra que es el fuego?
El sueño, que a su modo lo sabe siempre todo,
sugiere una promesa que deja mi alma ciega,
mi corazón a medio latido de la muerte.
- 970 ¡Morir! Se dice pronto, pero qué maravilla
de lentitud es ese fluir, ese susurro
con que la luz libera sus vértigos oscuros,
y el mar, el mar violeta, la playa de Calipso,
esta orilla que nunca se congela en invierno
hunde en las lontananzas del azul este día.
¡Pero hermoso es el mundo con su espiga de lágrimas!
Aquiles lo sabía: más vale ser, decía,
jornalero en la tierra que monarca en el Hades.
Tantas cosas eternas han sido relegadas,
- 980 ese infinito lleva tanto tiempo cerrado,
que ahora, en el momento de la sed, me pregunto
qué hice mal, qué ceniza vio la suerte en mi mano.
Desde allá, desde el centro de la tarde soleada,
y a través de las ramas, entre reflejos hondos,
esas nubes en forma de flor, de peces rojos,
me sugieren espectros evocados al alba,
y hacen que las pulsiones de mi sangre descendan
a niveles más bajos que en el sueño profundo.
Un hombre viejo y solo, caminando la orilla,
-

- 990 lanza cascajos negros al azul de la espuma
 y al hacerlo revive la luz de aquellos días
 (el mar, una incesante lengua de mar, lamía
 las playas invadidas de amarga verdolaga
 donde jugaba un niño parecido a una estrella)
 en que mirando a Ítaca (idelirando lo hacía!)
 deseaba desprenderla de su roca profunda
 y al azar de los vientos y las corrientes ciegas
 (ila impaciente maleza de mi fiebre crecía!)
 soltarla a la deriva, mirar la estela errátil
- 1000 y la siniestra joya, la luna de los muertos,
 trizándose en astillas de bronce y de zafiro.
 Mi corazón ansiaba darse a la mar, perderse:
 los barcos que llegaban a pedir agua dulce
 (una insignia, cien hombres y tres juegos de velas
 tenían esos bajeles que allá se aparecían
 rasgando el horizonte sordomudo y extraño)
 agitaban las aguas amargas de mis horas
 malogradas por tantos intervalos vacíos,
 la sed de lejanías con la que había vivido
- 1010 se anegaba en la furia y el dolor del verano,
 y si, ya en el ocaso, por el camino solo
 cruzaba una familia de músicos errantes,
 caía en el desespero como en una cisterna,
 el potro desbocado de mi ansiedad gemía
 y ese sol misterioso del sueño que no quema
 pero ennegrece y ciega me arrasaba la vida.
 A la hora de los espíritus
 (cuando la luna cruza los parajes baldíos
 y los demonios bajan del aire estremecido
- 1020 por una flor que sufre su poder amarillo),
 algo en el centro rojo del fuego palidece.
 Eso es lo que mi sombra siente cuando Calipso
-

- atiza las maderas y una brasa ya negra
 con lívidas punciones de fuego se revive
 y un toque de ultratumba fugaz entenebrece
 sus ojos inmortales, el azul del hechizo.
 ¿Qué de extraño que ahora mi voz reviva y cante?
 La magia que nos hace despertar a los sueños
 (¿cómo podría la tierra generar una rosa
 1030 si el humus no guardara la fragancia y el fuego?)
 me revela un enigma que alucina este día:
 porque la roca es muda puede el agua del cerro
 ser susurro en la brisa, rumor entre las hojas.
 El moho que no descansa (¡mi memoria!) revive
 la tarde en que llegamos a las playas del Asia,
 el sol que parecía hecho de hielo rojo,
 la línea de la costa quemándose a lo lejos.
 Fuimos como enemigos, íbamos en manadas
 a darles a los teucros la muerte y el destino.
 1040 (¡Héctor era la guerra y una guerra perdida:
 el hombre de los sueños y triunfos malogrados.
 Fue una lástima grande que así muriera el héroe,
 ¿pero cómo es posible negociar con el caos?).
 Ahí estaban (sedientos, agotados, ansiosos:
 el rumor de la brisa dejaba en sus oídos
 susurros que llegaban desde el Asia profunda)
 los príncipes nacidos de la siembra de Zeus,
 esos predestinados al poder que uno a uno
 perecieron al filo de las espadas teucas
 1050 y a las puertas de Troya, la inexpugnable, dieron
 sus carnes a los perros y al gris Hades el alma:
 Asia es un cementerio de antiguas dinastías.
 La guerra deflagrada por el rapto de Helena
 (ahí confluyeron todas las vertientes amargas)
 avanzaba entre furias a través del espanto
-

- que su ciega presencia generaba: lo mismo
 que un águila que sale de pronto del dorado
 resplandor y al ataque se lanza entre chillidos,
 una súbita furia requemaba las almas
- 1060 en extenuantes rachas de fuerza y de amargura:
 Ulises, el prudente, por momentos tenía
 la mente más torcida que una pata de perro.
 ¿En qué ayer, a qué horas, a la luz de qué día
 las olas de más golpe del azar me llevaron
 (tu azogue, mar amargo, saturaba mi vida:
 di ese paso en la niebla de un mal presentimiento)
 a sentir a mi lado la presencia de Aquiles
 (ese hosco y venenoso tornado de la guerra
 que más que un lobo era él solo una jauría),
- 1070 la intimidante sombra de Agamenón Atrida
 (el Rey, el Rey de reyes, el que tenía en sus manos
 pesadas el destino de la Armada y de Grecia),
 el miedo a que me hiriera mi propia cobardía?
 Quítale al amarillo lo que lo hace amarillo
 y al púrpura ese tono de príncipe demente
 y verás, alma mía, que el gris de la nostalgia
 es una vieja herida que duele en primavera.
 ¡Oh luna, ya era tiempo de acabar este día
 en que a la luz ceniza del mar he recordado
- 1080 los demenciales héroes que en plena flor cayeron:
 el que se iba metiendo a la batalla
 cubierto de oro como una doncella,
 el que llevaba siempre a los combates
 el pañuelito malva de su esposa,
 el que lucía en los hombros una piel de leopardo,
 el que ostentaba un arco
 hecho con una inmensa cornamenta de buco!
 Ayer, unas palabras al azar me llevaron
-

- a esa tarde de otoño en que mis locos
1090 compañeros mataron a los bueyes sagrados
(reían con risa ciega, devoraban
trozos sanguinolentos y sus ojos
arrasados en lágrimas veían
el horrible prodigio: los cueros serpenteaban
y las carnes asadas y las crudas
mugían de dolor en los braseros)
y el Sol, enfurecido, amenazó en la altura
con descender al Hades y alumbrar a los muertos.
Y aquí junto a las grutas, aquí en mi ocaso solo,
1100 aquí en este paraje donde empiezan las brumas
(es en mi propia sombra donde empiezan las brumas),
recuerdo, casi tiento como tiento este roble
(aún le azulan la forma los rumores del día),
el momento en que Aquiles, parecido a la noche,
saca del arca negra la copa primorosa
(la consagrada, la que nadie usaba),
y tras purificarla con azufre
y rocío de los montes, bebe y ora:
"Zeus Soberano, Dodoneo, Pelásgico,
1110 que reinas en Dodona, la de los fríos inviernos...".
Penélope juraba que hay dos puertas
(una de cuerno y otra de marfil amarillo)
para los leves sueños: los que vienen
por el suave marfil son engañosos;
en cambio los que llegan por el asta del ciervo
le anuncian al durmiente cosas ciertas.
¿En qué límite irreal, en qué arrebató
(¿sería en las nueve lunas de ansiedad y tibieza
en que ciega en la sombra se formaba mi boca,
1120 o la tarde en que gris y requemado
por el sarro del mar llegué a la playa?),
-

- vi la oquedad en la que habita y reina
 la ninfa de los ojos de violeta?
 Esa gruta blanquísima que abriera
 la diosa del amor en la montaña,
 oculta los murmullos de una fuente
 protegida por sauces verdeoscuros
 que en las noches de luna azul y negra
 en que la sed del olvidado ansía
- 1130 las sílabas que llaman a los sueños,
 se inclinan sobre el agua sin origen
 curvando con sus ramas brisa y sombra.
 Tu olor y tus sabores y toda tú, Calipso,
 me impregnan esta noche febril en que percibo
 largas sombras que giran en el sur de la luna.
 (Cuando el paisaje toma los colores del fuego
 y en los húmedos antros del alma, ciego y solo,
 se duerme el tigre blanco de la melancolía,
 mi corazón saciado de asombros imagina
- 1140 esas lunas con algo de reptil al acecho).
 Eres joven: la vida
 apenas si ha pasado su sombra por tus ojos.
 Y, sin embargo, eres más vieja que la luna:
 tú conoces los juegos del azar, el origen,
 la malicia del agua que fluyendo a lo ciego
 finge no darse cuenta del mal que hay en la tierra.
 Las tres sílabas negras de tu nombre contienen
 todos los viejos himnos, las músicas errantes,
 ese azul de los mares que nos cambia la vida.
- 1150 No me hables de las horas. Oh amor, esa es mi duda:
 todas las noches oigo que llaman a mi puerta
 (tanta sombra no es nada, pero hay alguien
 agitando en su centro ese vacío),
 y salgo y miro el árbol de coral, el estanque,
-

y maldigo el hechizo pero pálido vuelvo
al lecho en que me aguardan tu olor oscuro y brujo,
los racimos dorados, su secreta latencia,
lo suave, la tersura del terciopelo rojo.
Déjame ir. Permíteme volver. Necesito

- 1160 (mira que ya el verano declina y los hayedos
perciben los primeros colores del otoño)
que perdones y olvides mis promesas, mis besos,
todo lo que te dije por amor o locura.
No llores. No me culpes: mira que desde niño
siempre vi mis auroras a través de la fiebre.
Mi única realidad ha sido el sueño:
después del arrebató de la vida
esa lámpara azul fue desde siempre
el segundo primer asombro mío.
- 1170 Un lobo de estos bosques en el jardín aúlla.
¡Oh Calipso, las Furias vienen ya por nosotros!
¿Quién puede con la vida, con esa sombra-duende
(no a todos nos es dado comprender sus designios)
que me hace ver mi propia realidad en la ciega
muerte-hiedra que trepa por muros y ventanas?
El sueño es un atajo hacia el destino
(esa palabra es insondable:
proviene del misterio, de veneros recónditos,
de las más abismales raigambres de la vida)
- 1180 y el destino un espacio de sombras, un desvelo,
una ciega estampida de animales oscuros,
Así ha sido, así es. Como el demente
ciervo que en pleno plenilunio bebe
con más miedo que sed en los dominios
del tigre y del azar, siento que cae
en el hosco remanso la hoja seca,
ese filo, la azul pluma del fuego.
-

- No es que tenga esperanza: es que ya nada
me puede suceder. ¿Quien me recibe
1190 todas las cosas dulces que se volvieron agrias?
En esta noche densa de fervores y brumas
me oprimen los poderes y tormentos del mundo,
y en las tonalidades azules de la sombra
percibo girasoles y venas, ojos muertos,
sangres sacrificadas en las torres oscuras.
Los dioses siempre vuelven: sus ojos azulgrises
no han logrado borrarlos ni el mar ni las hormigas.
Compadece, deplora mi destino.
El espacio de anhelos, el hechizo
1200 del que ha estado viviendo mi alegría
(recuerdo aquel otoño casi inmóvil,
esas lunas en gris que transcurrían
por encima del tiempo y de la pena),
se fue como se fueron (sol y nada)
los nidos en la brisa, las hogueras
y la imagen del agua entre mis dedos.
¿A qué estamos jugando? Noche a noche
mi obstinado cansancio, mi fatiga
de durmiente sin aire ni respiro,
1210 lucha por reanimar ese rescoldo
y sentir qué tan íntimo es el sueño.
No quieras retenerme, no me atajes:
ni el mismísimo Padre de las olas
puede impedir que a mi heredad regrese.
Tú no lo sabes: en lo muertos años,
por mi reino del mar ante los dioses
oraron las santísimas arpías.
Toda la tierra es sed que espera y vive.
En estos prados de violeta y apio
1220 he podido acordarme con espanto
-

- de aquel suave país en donde siempre
 es el atardecer, el triste reino
 de esa gente sin fuego que mastica
 un loto dulce y de color de leche
 que mata la memoria y el deseo.
 ¡Oh Calipso, Calipso! Ciertas noches
 (iqué deliciosas lágrimas, qué sueños
 en tus ojos azules!), cuando miro
 la mar negra y radiante, los reflejos
 1230 (amarillos quemados, sienas grises)
 irreales de la luz en los pinares,
 el opaco rubí de mi añoranza
 emerge del furor alucinado
 (hay, Calipso, rosales trepadores
 creciendo en los veleros que se pudren
 en el fondo del mar, hay ecos grises
 recogiendo mis pasos, hay fantasmas
 custodiando los cofres en silencio),
 y temo por mi tribu (la imagino
 1240 sacando de la tierra bulbos ciegos,
 raigambres de jazmín a media noche),
 y el soplo seco del mistral me trae
 el olor de esos nómadas (el resto,
 el retoño final, el remanente
 miserable de un pueblo de los montes)
 que mi gente acosara en un inútil
 y ciego ir y venir: se nos perdieron
 de golpe en la floresta, se ocultaron.
 Por más que rebuscamos nunca vimos
 1250 el lívido reflejo de una hoguera,
 un rastro de ceniza, una pisada.
 Se confinaron, desaparecieron,
 a cielo abierto se nos esfumaron.
-

- No sentimos un grito ni un susurro.
Eran mudos. Acaso conocían
el modo de vivir de los espíritus.
Ni la brisa en los sauces, ni el venado
(solitario habitante de los bosques),
ni el furtivo leopardo en la espesura,
1260 lograron un tan íntimo sigilo.
¿Qué los hizo invisibles? ¿Qué poderes
propiciaron el largo ocultamiento
de esas gentes así desvanecidas
en el ámbito irreal de la neblina?
Esa tribu de locos adoraba
las estrellas heladas, el rocío,
la diosa de cobriza cabellera,
y en sus danzas extáticas sentían
en pleno atardecer un manto blanco
1270 descendiendo en la brisa desde el cielo.
¡Cuánto tarda este viaje, cuánto tarda!
Cuando el mar era el mar color de vino,
desoyendo los íntimos temores
(no te apegues al eros, alma mía,
abandona ese pulpo a sus ensueños),
mi astillada soberbia quiso en vano
aprender a vivir con el hechizo
que abandona al azul la lejanía.
Más sabio que el amor y que los dioses
1280 es tu don de consejo, desengaño:
tú que todo lo has visto nos recuerdas
cómo acaban los sueños, nos adviertes
que el tibio soplo de la vida pasa,
que el embrujo del mundo no es eterno.
Como el viento es el viento y es más fácil
dar consejos que trigo (las arpías
-

así lo decidieron y no hay nada
que tú puedas hacer, alma perdida),
Circe quiso en sus antros retenerme

- 1290 con astucias, con ruegos, con hechizos.
¿Es cierto, entonces, que los dioses aman,
que sus bocas malignas saborean
susurros de ilusión y de abandono?
Con el alma como una seda rota
pero no desgarrada todavía,
me fatigo mirando las colinas,
los caminos con curvas en horquilla,
el túmulo a la sombra del olivo.

- La brisa que en sordina me acompaña
1300 hace (ilenta!) sonar horas eternas
y en el relente de la aurora (todas
las horas en el mar son una sola),
un espíritu de extraño desapego
se apodera de mí cuando percibo
su aroma de alcanfor y de hojas muertas.
¿Quien es el loco que con tanta prisa
recorre de perfil y luto rojo
los bosques consagrados a la luna?
Detente y reflexiona que no vive

- 1310 solamente en Selene la alegría.
Extraviado, febril, casi perdido,
este desierto corazón percibe
esos sordos colores, la hoja seca,
las brumas harapientas del otoño.
¿Quien vino y quien se fue? ¿Quien va buscando
ese aljibe de luna donde el agua
toma y bebe la forma del reposo?
Este anhelo de andar ya es el camino.
En la luz pura luz, en la luz alta
-

- 1320 (sí: desde siempre, desde casi siempre,
una secreta irrealidad, un sueño,
fatigaba mi sombra sin sosiego),
siento que todo es leve, que ya nada
me puede retener, que un fuego vivo
convierte mi añoranza en alegría.
En este único instante de la vida
que nunca volverá , que a duras penas
alcanzo a percibir (pero en secreto
y en germen y en enigma ya contiene
- 1330 la sombra de imposibles realidades),
me hiere la ansiedad: ¿qué significa
ese oro en los viñedos? ¿Quienes llegan?
¿Qué vienen a buscar en mi pobreza
(ipero si ya es tardísimo, alma mía!)
los que pisan cantando las arenas?
Los dioses nacen locos. Esa risa
desesperada, cruel, irreprimible,
que agita los viejísimos castaños
y las neblinas y el viñedo blanco,
- 1340 toca el misterio de mi ser, me arranca
una costra del alma: necesito
(inadie vive en tan hosca profecía!)
que me mire la luz, que el sol me cuide,
que al menos un relámpago me vea.
¡Fuga y misterio del azul, gemido,
ola que amarga su dolor difunde!
En lo íntimo, cierto, me conmueve
ese hondo cielo en el que se reflejan
el largo sueño en azulgris del agua,
- 1350 muertas fosforescencias de oro y humo,
esas nubes lechosas que parecen
sepulcros navegando en la llanura.
-

Esta noche habrá niebla en los hayedos.

Oh Calipso, Calipso, rosa oscura:

¿no te quema un poquito mi desvelo,

el ansia con que busco en las orillas

el hondo girasol que parpadea

sometido al relámpago y al sueño?

El gris libertinaje de la espuma

1360 fusiona en el furor de mi memoria

(iese infinito desapercibido!)

la luz roja y el polvo del ocaso,

ciegos pistilos de azafrán dorado,

las Pléyades y Orión, los humedales,

el lívido azahar, la estrella parda,

el incienso dorado de las brumas,

el fuego soñador, esas oscuras

sofocaciones del presentimiento.

¿Y tú a qué te dedicas, alma mía?

1370 Yo me bebo al pasar esta neblina

(ila noche de jazmín que apenas nace!),

esta luna mortal de incertidumbre

que nunca acaba de acabar, la pena,

porque soy griego y porque siempre supe

poner en su lugar (que aquí en mi vida

no ha sido ni será nunca el primero)

esta indigente realidad, el mundo:

a Circe, en aquel tiempo, le extrañaba

mi paciente desdén por sus orgías.

1380 Como aquel ebrio que al mirar la Armada

gritaba desde el muelle: "Naves, naves,

¿para ir a donde y a vivir con quienes?",

mi doble se resiente de la lluvia,

la misma opaca lluvia que no deja,

que no ha dejado de caer, que sigue

evocando en mí ser el mar amargo
que odio, que temo, que en el fondo anhelo.
Sordas raíces de aflicción reviven
(la luz, por suave o sublunar que sea,
1390 no vuelve del ayer sin sus terrores,
y ese ayer es la sed, el desespero,
la guerra que fermenta y enfebrecce
lo más helado de la sangre fría)
evocando la tarde en que sorteamos
ese paso temible donde Escila
(la que aúlla con una voz de perra
recién nacida en la furiosa espuma)
devoró a tantos de mis compañeros.
Esos tigres del mar eran los mismos
1400 que a la luz de una muerta primavera,
cuando casi tocábamos la costa
de la escabrosa isla, de la patria
(esa curva de playa donde hay pinos,
grutas abiertas en la roca blanca)
y podíamos ver a los que hacían
hogueras junto al mar, en mala hora
se dejaron llevar de su codicia
y soltaron los vientos encerrados
en un cuero de buey de nueve años,
1410 y después de indecibles sufrimientos
llegamos a Telépilo de Lamos.
Lo mismo que un espejo polvoriento de olvido
(¡cuánta muerte enterrada bajo el pinar espera
la brasa compasiva del amor, la alegría!),
mi alma casi no logra reflejar el asombro,
y al mirar la luz blanca que transfigura el bosque
me digo que es posible que tú también, Penélope,
paseando por los patios estés viendo esa luna.

- El viento y mi desvelo siempre han sido uno solo:
1420 es como irse muriendo desde el alma hacia fuera
sentir que el mar acaba las obras de la noche.
Mirando las inmensas, las gigantescas hayas,
(ibosque de nuestro padre, remanso de la luna!),
la sorda caracola del corazón gemía:
los demonios que anidan en los árboles huecos
conocen el insomnio que todo lo enceguece,
la sed, el vino de hongos de la melancolía.
Más allá de los montes que habita el ciervo rojo,
los grandes catafalcos bajo el mar se preparan
1430 a recibir los sueños en gris de los dormidos.
"No más: ya no soporto la visión de la nieve.
Lo que amo es el regusto del vino en la madera
y darle fuego al lento girasol y al zafiro
hasta que suelte el fondo la lámpara más ciega
y la cerasta salga del cántaro sombrío",
me dijo una vez Circe, confidente y amiga.
Siempre tuve (agridulce privilegio) el extraño
don de hacer que la gente me abriera los abismos
locos de su delirio: yo descifraba sueños,
1440 yo evocaba fantasmas, yo cremaba secretos.
Por eso sé que hay almas semejantes a ruinas,
a viejas fortalezas rocosas y dentadas,
a dédalos profundos, a templos, a mansiones
erigidas en medio de inmensas araucarias.
"Cédele el paso al loco que en el antro se ríe",
me suplicaba el ciego, mi doble de aquel tiempo,
en esas noches densas en que la sed ardía
y Circe caminaba como si hubiera luna.
Tengo viva esa sombra. Ebria de luz, mi alma
1450 (¿qué fuerza humana puede retener ese humito?)
se pierde y en el bosque, ya noche bien oscuro,
-

prende fuego a la torre de los ídolos mudos.
 Ese invierno estuvimos viendo pasar el lago
 del azulgris al púrpura, del púrpura al plateado,
 rebuscando guijarros de color sangre seca,
 recogiendo en las grutas carámbanos y brisas.
 Percutiente la leña chisporroteaba al fuego
 y conforme se fueron alargando las noches
 (el viento, ese insistente merodeador rugía:

- 1460 "Quiere entrar, quiere vernos el temor en los ojos",
 susurraba sintiendo sus aullidos errantes
 la demente que al Hades invocaba entre brasas
 y al insomnio llamaba "penitencia del sueño"),
 fuimos dos caminantes compartiendo la sombra
 de un árbol solo en medio del viento y de las dunas.
 Aquí estas, viejo rey, ya regresaste
 (tiempos locos requieren reyes locos)
 a los fieros enigmas, a la Esfinge.
 Como un ciego impasible ante una rosa
 1470 que aquel niño de ayer habría sentido,
 no percibes lo que hay de irreal en esa
 línea negra que llamas tu destino.
 Aún requeman tu sueño las visiones:
 lo ardiente de las costas enemigas,
 los tóxicos insomnios, las maderas
 de las naves pudriéndose en el puerto,
 el trabajo tenaz de la carcoma,
 los velámenes muertos, la batalla
 donde se ocultan Eris y Kydoimos
 1480 (los demonios unánimes del duelo,
 siempre unidos a Ker, el de la muerte),
 los malaugurios, la esperanza siempre
 pendiente de un hilito, los presagios,
 (¿por qué hay tantas hormigas en los sueños?),
-

- el caballo de roble (Troya sólo
pudo ser conquistada desde dentro),
y mirando el pinar transfigurado
por el sol matinal, sientes, percibes
(ileproso entre las flores amarillas!),
- 1490 el fragoroso prorrumpir del fuego,
el trigo color miel que incineraste,
brisas negras y pórticos en ruinas,
la espada roja y el pavor, el miedo
(esa rata que a todo sobrevive
y si algo sabe hacer es esconderse),
los olores a estiércol y a salmuera,
los corceles borrando con las patas
(esos cascos de hirientes herraduras!)
las bocas de los pálidos arqueros,
- 1500 las casas convertidas en sepulcros,
los enjambres de moscas azulgrises,
el fermento del sol enfebreciendo
la más agria carroña, los halcones,
el rencor insaciable, la venganza
que al raptar a la reina concitara
contra sí la soberbia dinastía.
- Los teucros con sus fiestas y su extraño
regusto por la muerte y por las flores,
evocaban en mi alma los espurios
- 1510 hechizos de las hordas amarillas,
los lívidos jinetes, los siniestros
engendros del pavor que masticando
carne secada al sol y entreteniendo
la sed con el relente de las noches,
desde el Asia brutal, desde sus reinos
podridos y violentos, entre el vaho
de sus ebrias visiones se venían:
-

salían casi del sol como los buitres,
atacaban no en grupos sino en masa,
1520 se lanzaban en ciegas estampidas
(de la tierra de nadie el viento seco
levantaba una fina polvareda
que quitaba el resuello y generaba
todo un ámbito irreal de apariciones),
de horizonte a horizonte se veía
la tormenta de polvo, devoraban
golondrinas, arañas, escorpiones,
adoraban el vértigo, danzaban
aullando alrededor de las hogueras,
1530 y de golpe, sin gritos ni chillidos,
saliendo del desierto a lo sembrado
(las tierras de las tribus sedentarias
que viven del trabajo de sus manos),
y casi adelantándose al espanto
que su solo renombre revolvía,
caían en tropel sobre las blancas
ciudades junto al mar (ahí esperaban
hallar sedas, estribos, malvasía),
quemaban en las urbes todo sitio
1540 de fiesta o de liturgia: se diría
un ejército gris de leñadores
cruzando con sus hachas por en medio
del bosque al empezar la primavera.
Y, siguiendo la estela de las bestias,
tras el polvo amarillo aparecían
los ladrones de alforjas y caballos,
los ciegos caminantes que traían
sol en los pies y en el mirar fatiga,
los cínicos beduinos que afirmaban
1550 que el robo es el mejor de los recursos

para ahorrarse trabajo. (¿No es, acaso,
lo mismo que pensaban los Atridas
repitiendo, diciéndonos que el bárbaro
es nuestro esclavo natural, un perro?).
Los demonios que anidan en las brasas
inspiraron sus códigos feroces:

"Quien sin querer se derramare en sueños,
adorará desnudo al sol naciente;

quien pisare, así fuere por descuido,
1560 la sombra de los árboles sagrados,
quemará en plenilunio un lirio rojo;
quien sude en la yacija de su hermano,
será tatuado y lucirá indeleble
una vulva rosada en plena frente".

Aquí estas, viejo rey, ya regresaste.

¿Y a qué más que a morir vuelves ahora?

¡Oh viento mensajero y libertino,
tú eres el dios, no yo! ¿Por qué preguntas
a un mísero mortal qué significan

1570 los sueños y su instinto migratorio,
el bosque del pavor y el niño lobo,
las hiedras alhajadas de rocío,
el mordido jazmín, la rosa huraña,
las viditas pequeñas (las hormigas,
el grillo, la cigarra del estío),
las estrellas erráticas, las torres
enlutadas y en ruinas del ocaso,
las ráfagas de luz sobre las olas,
la sierpe que en el polvo lengüetea,

1580 el pozo ciego y sordo de las horas,
los pútridos aromas de azaleas,
las tardes azulgrises del otoño,
las afluencias de piedra y amargura,

el polvo que me nutre y me reclama
 la rosa que a su reino pertenece?
 ¿En qué vino a parar esta mi vida?
 ¿Y qué es lo que ha pasado en estos días
 sino lo mismo que en los muertos años?
 Si la mar me amenaza, mi esperanza
 1590 es más grande que el mar: es horizonte.
 Mar eterno: me ofrezco a tu mirada
 como en esas mañanas en que tuve
 la dicha de sentir en armonía
 el latido secreto de mi sangre
 con el ritmo viviente de tus olas.
 Tú y el color azul tienen un toque
 de sed y de abandono, sombra mía.
 Lo he sentido esas noches de verano
 (¡tanto y tan poco te conozco, vida!)
 1600 cuando en los valles el jazmín florece,
 un agua de relámpagos revive,
 y evocando a la pálida me pierdo
 por agrestes senderos de montaña
 que me sirven de asombro y maravilla.
 Así me imaginaba a Prometeo
 acunando en el cuenco de sus manos
 (soplo vivo, luciérnaga escondida
 en la tibia oquedad de un calabazo),
 el pabilo que ya se le moría,
 1610 la lívida llamita que robara
 de la espléndida hoguera de los dioses.
 Lo llaman inconstante pero el viento
 nunca se cansa de esperar. ¿Qué nombre
 le daría el azar a este momento
 en que la espuma de la mar libera
 su secreta potencia de amargura,

- su obstinado rigor, su fuerza fría?
Yo elegí este destino y ahora tengo
que afrontarlo y vivir como quien lleva
1620 las garras de un merlín ciego en el hombro.
¿Qué anhelaba la maga, qué quería
reviviendo el amor, el arte brujo?
La llamita oro y malva palpitaba
en su nicho de piedra como un ala
esa noche en que Circe echó en mi copa
una droga feliz para el olvido,
y los tonos azules de la sombra
-ese casi velado claroscuro-
plenos de un ritmo poderoso y lento,
1630 helaron con su sol alucinado
el monótono lujo de los cuartos,
los jarrones color rojo cobrizo,
la cabeza en arcilla de Medusa,
el negro estambre de su flor, mi beso,
las rosas amarillas, aquel lecho
manchado de ansiedad y malvasía.
Ya saciado de asombros (¿pero cuando
se sacia uno de asombros? Al contrario:
se hacen más apremiantes a medida
1640 en que el alma los vive. ¿No sostiene
un antiguo proverbio que los ríos
van a dar a la mar, al mar amargo
que sin darse ni cuenta se los bebe
-ise los bebe sin fin!- y no se llena?),
me pregunto por qué se me reviven
-con el mar o la sed nunca se sabe-
esa densa inquietud, el clima Circe,
las noches de fervor en que la maga
percibía en las yemas de mis dedos
-

- 1650 (un latido que no es el de la sangre
en la carne mortal pulsa y vacila)
la fiebre del que aguarda y alucina.
Que no dé yo contigo, sombra ciega,
que no te sienta en el ocaso lila
despertando la víbora dormida,
revolviendo con brasas mi memoria,
susurrándome espantos y ansiedades
como en este momento en que me llegan
el Atrida y su cetro tachonado
- 1660 con clavos de oro rojo, los lamentos
por Héctor (¡vivo aún!) de las troyanas
cuando sale a enfrentarse con Aquiles,
el fuego innumerable de las noches,
los cantos encendidos, los soldados
lanzándose al estupro y al pillaje,
los corceles comiendo loto y apio,
y en el clímax sin aire de la guerra,
los incendios, las tropas arañando
casa por casa la ciudad en ruinas,
- 1670 los teucros defendiéndose a lo erizo.
Vencido por el sol de mis visiones
(el retorno oscilante del otoño
se ha llevado el jazmín y la verbena,
y el vino crudo de la sed exalta
las tres miserias de mi ser: la ira,
la indolencia mortal, la incertidumbre),
llego al centro del reino alucinado
y en el fuego, la noche y la montaña,
siento el lejano resplandor de Troya,
- 1680 aquel baile feroz sobre las brasas,
el soplo de la cólera de Aquiles.
Ese tábano loco de la guerra
-

era para los griegos y los teucros
no el guerrero ejemplar sino el ejemplo
del guerrero a seguir. Todos vivimos
la racha de furor, el tiempo Aquiles,
el año de los dientes apretados,
esa enervante atmósfera que el héroe
de intoxicante autoridad creaba
1690 con su sola mirada helada y fija
de pájaro asesino. ¿Qué apetencia
de muerte y de tragedia, qué desmadre
del impulso vital induce al guía
que en el combate, con su voz de mando
reparte los peligros y la gloria,
al crimen, al horror, a lo malvado?
"¿Quien será ese Monarca y qué secreto
en tan incierto corazón habita?",
preguntaba mi sombra cuando Aquiles,
1700 en las charlas a fuego crepitante
tras la cena en la tienda del Atrida,
sentencioso y huraño, con la furia
concentrada en lo gris del entrecejo,
lanzado a la demencia repetía
ciertas fieras consignas de otros años
("¡libios hay en el mar: ármense, griegos!"),
evocaba escenarios y batallas
("la guerra en el desierto se parece
a la guerra naval: las ondulantes
1710 arenas me recuerdan a las olas
y la espuma sin fin a los yerbales
de la tierra raquílica y baldía"),
y con duras palabras exaltaba
la voluntad del hombre que indomable
se le mide al Azar. Ese guerrero

- sin miedo, sin amor y sin mañana,
 había visto gloriosos capitanes
 copulando detrás de una humareda,
 a los reyes soberbios de la tierra
- 1720 matarse por la espalda entre festines,
 y por eso en las noches clamorosas
 (mi memoria es un vértigo, una brisa,
 un espejo cubierto por el polvo)
 preguntaba entre irónico y amargo:
 "¿dónde van a dormir los colibríes
 en mi reino de dardos y de hogueras?".
 Lo que no siempre, lo que casi nunca
 se sabe o se recuerda es que el caudillo
 (iy tengo de testigo al arcoiris!),
- 1730 precisamente porque vive a ciegas
 (sonámbulo fantasma que camina
 sobre filos de sed y de cuchillos
 y oye sonidos en el fuego y siente
 el mosto fermentar hasta que el vino
 se desborda en el cántaro sombrío),
 adquiere en la embriaguez del desenfreno
 esa especie de gris sabiduría
 que usa al loco y al sabio como espejo,
 y de ahí que en los sórdidos festines
- 1740 (¡ábrete, tierra gris; quémate, luna!),
 Aquiles, evocando sus campañas
 (un espíritu temible cabalgaba
 a ese potro del dios de las batallas),
 comparaba el avance de las tropas
 por la arena amarilla con el lento
 desplazarse en sigilo de su angora
 sobre el ancho edredón: cada pisada
 formaba un hueco que a su vez causaba
-

- una protuberancia en la que nunca
1750 faltaban los arqueros enemigos.
Desde el primer instante de aquel día
largo y febril en que dejé mis playas
con destino a las tierras enemigas,
estoy viendo el espanto, la desdicha,
ese abigarramiento de neblinas,
el tallo y el injerto venenoso,
el árbol de coral, la ira sombría.
El crudo amanecer en que trabamos
el combate mortal junto a las naves,
1760 vi a qué infamias nos lleva en su locura
esa apuesta sin límite: la guerra.
Es la noche profunda. Las mujeres
tejen canciones de ansiedad y espera
y en la brisa febril que hace que al roble
se le trepen los rojos alacranes,
evoco ese arenal donde chocaron
demenciales ejércitos y tribus,
mis tropas alistándose con miras
al asalto final, al desespero,
1770 la inútil mortandad, el mar oleoso,
los chillidos en gris de las arpías.
En el irreal atardecer de otoño
las líneas de los teucros se torcieron
pero aguantaron, y al final la esquiva,
la voluble fortuna que cambiaba
con la brisa de hoguera y campamento,
nos birló la victoria. Fue imposible:
sombríos, altaneros y violentos,
del eterno arenal iban brotando
1780 más y más falsos y tramposos teucros.
No logramos vencer. Pero esa noche,
-

comentando entre brindis el combate
(ese rito en que al polvo se le entrega
la sangre del mortal como alimento),
Aquiles, que había estado silencioso
y con una corteza de pan blanco
rebañaba la salsa de una fuente
(casi puedo tocar en la penumbra
los arenques dorados, los cangrejos,
1790 aquellas jaibas que sabían a vino),
dejó ir su cansancio, su desvelo:
"Lo he vivido: nada es más peligroso
que la victoria porque el alma humana
no la sabe afrontar: es menos duro
lograrla que asumirla. ¡Cuántas veces,
desafiando las dudas, el destino
se hizo cargo (¡por fin!) de mis batallas".
La vida con sus ásperos encuentros
(una larga corriente de amargura
1800 me arrastró en su fluir desde las noches
del sueño germinal, y así he vivido,
y así vivo y así, solo y oscuro,
en esta orilla moriré. No hay dioses:
un albur es ya mi última esperanza),
me llevó a la caverna que habitaba
Polifemo el pastor, ese maligno
dueño de cuanta espiga nace y crece
en los trigales de la pesadilla.
Ya saciado de oleajes, ya en sosiego
1810 mis pulsiones de sed y de aventura
(qué extraño que en la tarde, cuando tanta
fatiga inmemorial agria en la rama
los limones dorados, la uva negra,
en mi hora más amarga esté yo alegre

viendo a lo lejos el color sagrado,
ese reino azul cielo que no puede
disgregarse ni llevarse la tormenta),
evoco el antro gris: ya casi estaba
aprendiendo a vivir con ese miedo

1820 (¡y el miedo da una sed!) y resignado
a estarme quieto y respirar pasito:
sentía con pavor que se acercaba
la hora de entregar la calavera.

En ese útero inmenso revivía
el mar del nacimiento y de la muerte,
olas altas a escala planetaria,
el bulbo ciego del temor creciendo
en la tierra más negra y opresiva
de aquella deprimente primavera.

1830 Sumido en un pesar ensimismante,
ansioso de fugarme imaginaba
el dorado perfil de las marismas,
mi casa con la puerta hacia el Oriente,
ese olor de aquel patio en la mañana
(olor de suavidad, íntima brisa,
sosegado matiz del ciclamino),
los fuegos de los montes en verano,
la ramita cortada en luna llena,
el sol de Ítaca, el azul, mi nave

1840 alcanzando en la tarde el mar abierto.
Tal vez, sólo tal vez (¿quien lo sabría?),
en el púrpura irreal de los ocasos
(esas horas de sed en que la maga
a su amante mortal llevaba al lecho),
vivan aún (imágenes quemadas,
obstinado rescoldo, resonancia
del fuego y el azul de la verbena)

- la recóndita fiebre, el abandono
que absorto en mi visión, alucinado
1850 y más loco que el pájaro que habla,
me indujeron, herido por Apolo,
a buscar en el Asia la desdicha.
Decir Asia es nombrar el infinito.
Una tarde de invierno (vi a lo lejos
la rotunda muralla, las almenas,
el blanco sobre blanco de la nieve)
recordé lo que en Píraso me dijo
un viejo de las Cícladas: "Los teucros
sólo se hallan en paz cuando pelean".
1860 Y me dio este consejo: "Si te encuentras
al tiempo con un teucro y una víbora,
mata primero al teucro". La llovizna
que madura en agraz la uva de monte
no imagina la fuerza que despliegan
las malezas indóciles del odio.
Lo supieron los reyes. ¿No es el cetro
un peligroso albur, una desgracia?
¿Y qué resta, qué queda, qué nos dejan
el destino y sus ópalos sombríos?
1870 Concluído el banquete, cuando llegan
los perros a pelear por las migajas,
me pregunto (yo, el rey) de qué sirvieron
mi vigilante autoridad, las duras
batallas por el reino, las astucias
que en un juego mortal enmascaraban
mis rasgos y mi alma, los sollozos
en medio de las tumbas y las ruinas,
el aura de terror intimidante
que rodeaba mi nombre, los soldados
1880 penetrando en milicias hasta Epiros
-

- (y en los ojos, a causa de la guerra,
se les pintó una chispa de locura
que antes de padecerla no tenían),
el fermento, la añeja levadura
de una herencia asesina que lo mismo
que el hígado del héroe en el martirio
de su propio furor se regenera,
la intriga siempre ahí, los sacerdotes,
los pactos duramente negociados,
1890 los nudos que deshice con mi espada,
la servidumbre del honor, la recia
y concentrada voluntad de mando,
lo que no pudo ser, las esperanzas
de una estirpe litúrgica (mi padre
hizo sembrar un bosque en el paraje
donde uno de sus siervos le anunciara:
"Un hijo, rey Laertes, te ha nacido"),
esas pobres migajas de alegría,
mi sed, la gloria de la vid añosa,
1900 la sangre que la tierra se ha bebido,
los veleros en llamas, los despojos
ya juguetes flotantes de las olas,
el velo rojo del furor, la risa
del borracho en la fiesta del saqueo,
mi soberbia de príncipe nacido
de la lluvia de oro, los guerreros
que llegaron en ácidos enjambres
a las islas eólicas, los vientos
que el cielo nos negó, la lengua cruda
1910 que maldijo a los dioses, la amargura,
la demencial obstinación, la furia
de un errático azar que fluye ciego
y en contra de mi propia teogonía.
-

- Duele, claro que duele, ver que el alma
es hija del acaso y de las brumas,
que quien vence es la sed, que uno no ha sido
el creador de la mar ni de sí mismo.
No te involucres, loco, no te impliques:
recuerda el sufrimiento, los caminos,
1920 la piedad y el terror de aquellos días.
En el ciclo sin fin de los milenios
mi poder y mi reino sólo fueron
un efímero azul, un parpadeo.
¿Qué alteré en este mundo? ¿Qué lograron
mis órdenes, mis voces, mis fatigas,
esa clarividencia en la batalla
donde la espada gris iba escogiendo
(éste, aquel, ese otro) y recorría
las ansiosas falanges de los teucros
1930 como pasa inquietante por el suelo
recogiendo al pasar comida viva
la lengua de los osos hormigueros?
He aprendido a confiar en mis instintos.
Este desbravador de potros fieros,
este cruel asesino de ciudades,
este hombre de sudores que fatiga
el fondo neblinoso de los sueños
(saboreando el sudor conoce el amo
la salud y la fuerza del esclavo),
1940 ha sufrido las horas y luchando
con su propia soberbia, con su ira,
comprende que al final gana la muerte.
La belleza de Grecia no era Helena
(Helena es el amor, el arrebató
que induce a los mortales, a los hijos
bastardos del Dolor y la Penuria
-

- a robarse la luz, la misma luna,
a encender en la sombra entre gemidos
tus rapaces hogueras, Afrodita),
- 1950 ni esa playa escondida donde a veces,
a la mínima luz de los ocasos
(era el tiempo feliz en que las brisas
no tenían ni nombre ni destino),
un hombre melancólico sentía
deshacerse en lo suave de las olas
la espuma y su demente filigrana,
y arrancando la costra, reviviendo
fuegos fatuos y sueños burladores,
meditaba mirando los veleros,
- 1960 la tumba al pie del álamo, los tigres
bebiendo en el jardín de las estatuas.
La belleza de Grecia era el sentido
del honor en el alma del guerrero,
ese anhelo de amor y poderío,
la lealtad a la patria, las falanges
desplegadas en orden de batalla.
Lo vine a comprender aquella noche
en que vimos arder entre clamores
el rocoso talud del monte Ida,
- 1970 esa cumbre del Asia desde donde
con señales de fuego le avisamos
a Grecia la victoria sobre Troya.
Pero ahora en mi ser y en los pinares
(ese cansado azul va para viejo)
se despierta la víbora dormida.
En el pálido umbral se oyen los pasos
de los que vienen a enterrar mi sueño.
¿Y qué si mi ansiedad gime y suspira?
¿A mí no me respondes, sombra mía?
-

- 1980 Lluve en la tarde y en el surco gime
entre sol y penumbra el trigo verde.
Lo más noble del bosque, la caoba,
protege con su sombra poderosa
la glicina, la flor de piel oscura,
súbito en el pinar se queda inmóvil
un hondo tornasol de colibríes,
y en el lívido reino de la espera
me punza el corazón, se hace amargura
esta suave inquietud, este desvelo.
- 1990 Noches y noches de escarpada luna
(ese pozo febril, esa temible
luna llena que borra los recuerdos)
he fatigado la desierta orilla
buscando en el erial de las arenas
(¡estoy viendo ese mar donde Afrodita
se alimenta del blanco de la espuma!)
el secreto mortal, la rosa de ámbar,
mi lámpara y mi sol predestinado.
Noche a noche sonámbulo camino
- 2000 y tanteando el silencio me aproximo
como los cazadores, contra el viento
(así es la realidad, así es el hombre,
ese extraño animal que se aquerencia
en los lugares donde muere y sufre),
pero nunca he logrado (esa es mi pena
y la más fina flor del desengaño)
tocar la corza blanca de los sueños,
herirle el corazón, dar en lo rojo.
¡Sol del atardecer, luz de otro día!
- 2010 Circe, la de la voz maravillosa
(el caracol insomne del oído
preserva en su recóndita negrura
-

mil susurros de un verde color agua,
y en esta noche en que la alondra ciega
desvela su furor en los espejos
y el correr de la fuente tiene el suave
olor del azahar, ese murmullo
se cruza con mi sombra fugitiva
en el centro azulgris de las hogueras),
2020 quiso aliviar su eternidad tejiendo
el enigma mortal de los hechizos.
¡Oh mis Parcas, mis brujas, mis arañas!
Todas tejen: Helena y sus esclavas
fatigaban urdimbres y labores;
Penélope en las tardes distraía
sus horas con el ritmo de la rueca,
y tú, Calipso de los acertijos,
hilas con ansiedad sueños de oro.
Tres lunas dan sobre mi ayer umbrío,
2030 tres filos de marfil, tres ojos fijos,
pero el sol es el sol y en esa brisa
color atardecer se difumina
el sigiloso azul de los pinares.
¿Para quien ese azar se hizo destino?
Así como al pasar hace y deshace
formas el viento con las hojas muertas,
la lluvia parda que remueve y cubre
el marchito esplendor de la hojarasca,
se ha llevado (¡por fin!) la sangre seca
2040 al doble abismo de la mar, al Hades,
al país sin retorno del olvido.
Esta noche habrá niebla en mi memoria:
beberé vino rojo y, ya bebido,
evocaré en el bajo plenilunio
la extraña forma en que llegó a mi vida

- (¡oh lámpara del mar, ensueño mío!)
esa belleza por la que respiran
en mi reino jazmín y primavera.
El rescoldo revive y tú, Calipso,
2050 quieres mi corazón para quemarlo.
Alondra, ven a ver, mira esta brasa,
mira esta flor que al macerarla saca
los tormentos del alma: ¿no percibes
que al crujir en el alba la madera
(¡la solícita madre del navío!)
se hace astillas la luna en el aljibe,
se agrieta un iris de horizonte rojo
y se hiere con filos de rocío
ese rostro en mi sueño fugitivo?
2060 Recuerdo ese temor y en el espejo
(la imagen es más alta que la vida)
como una corza blanca la amenaza
de la felicidad. Luego vinieron
madrugadas revueltas y febriles.
Eso fue en otro tiempo. Te prevengo
(por si no lo has notado, sombra mía)
que aquí no estamos en tu reino errante
sino en el mundo real. Así que deja
ese no puedo más, esa fatiga,
2070 los ácidos inviernos de ceniza,
aquel zafiro de cazar alondras.
Mientras el cuerpo cuida de sí mismo
y en un reposo de animal enfermo
se abandona a los sueños y se olvida
de los que fueron sus mejores días
(¿qué se hicieron mis goces, aquel vino,
los pasos reverentes de la danza?),
la sombra rota que mi rastro sigue
-

(ila muerte que me borra los caminos!)

- 2080 sufre la fiebre y el furor, percibe
el limo azul de la ansiedad, el pozo
del relámpago en gris, el agua muerta
que siente repulsión por las estrellas,
la orquídea con señales de veneno,
las horas idas, el inconsolable
encono del furor que es la memoria,
el zafiro disuelto por los dioses
en leche de mujer, en vino rojo,
la corteza, las ásperas heridas,
- 2090 esa rodaja de limón (ila luna!)
emergiendo en azul del inframundo.
¿Quien eres, luz de luz, quien eras antes?
Yo que en mis sueños sin final he visto
el encordado corazón del arpa,
las violetas amargas, las rapaces
hogueras del azar y la locura,
y desde siempre, desde casi siempre,
al hilo de las sílabas febriles
he tocado las lindes, he vivido
- 2100 añadiéndole nudos a la sogá,
al llegar al azul de las sirenas
fui como el toro de los sacrificios
al mástil por mi gente encadenado.
Esos sordos fantasmas (lo que estaba
cerrado a la ilusión con cera muerta
era su corazón, no sus oídos)
me cubrieron de burlas y de risas,
y al igual que el durmiente sudoroso
(mi ansiedad era un reino en el que todo
- 2110 se estaba sometiendo al abandono),
alguien preso en mi carne resentía
-

- el velero y su gris arboladura,
 los trinquetes dorados por el viento
 (ese viento feroz y silencioso
 que alteraba el color de las espumas),
 la exhausta calma de mi sed, el día,
 la andrómeda inquietante, las opacas
 tonalidades del temor, la fiebre,
 la cruel intensidad del amarillo,
 2120 los densos rojos en furor y en fuga,
 el resplandor errante que se iba
 deslizando sin fin por las amuras,
 y en lo lento y lo denso del oleaje
 entre ansioso y amargo percibía
 (el esclavo y el rey somos iguales
 ante la muerte y ante el mar bravío),
 nidos de aves extrañas, girasoles,
 cornamentas de ciervo (¿eran raíces?),
 los extraños, los blancos animales
 2130 copulando en el agua, los murmullos,
 y ese aroma de frutas de otros mundos
 que deja la nereida en las espumas.
 Así como en las tardes de otros años
 escondido en los sauces escuchaba
 el furtivo acercarse de la sombra
 que borrando el azul y el horizonte
 desde el mar palidísimo venía,
 pude oír unos leves golpecitos,
 unos toques fugaces de sonido
 2140 que llegaban en grupos, en parejas,
 y alterando su ritmo a cada giro
 de la brisa febril pasaban lentos
 o en ráfagas de incierta ligereza,
 algo así como cuando con los dedos
-

imitamos el trote o el galope
de un potro que se acerca y que se aleja.
Unas gotas de música sombría
me borraron de golpe la mirada,
y a la lívida luz del arretrato

2150 se me fue disolviendo en lejanías
el incierto país de las sirenas.

Con este corazón enfurecido
en sed, en soledad, en desespero,
evoqué los rituales junto a Circe,
los tambores de cuero de venado,
el ritmo terapéutico del trance,
su amargura de flor cortada y sola,
el azul que su túnica esparcía,
esa noche en que ardieron incesantes

2160 las violetas, la adelfa venenosa,
y la maga me puso entre las manos
la copa en la que bebe y adivina.

Desde el gris mirador del abandono
y habitado hasta el alma, poseído
por mi propia visión, por el enigma
(¡oh destino: mi nave no es el mundo
y la vida en mi nave no es la vida!),
recordé mi país, aquellos días
del vino y de la dicha perdurable,

2170 el velado revuelo de los sueños
en el orto de Sirio. Pero luego,
así al aire del alma, desquiciados,
sin saber a qué horas (una lástima,
una auténtica lástima), empezamos
a despreciar el mundo. ¿En qué momento,
a causa de qué azar, por qué locura
nos vino a parecer tan poca cosa

- la casita del sol, el universo?
 Prisionero del gris me fue agarrando
- 2180 la modorra sin sueños, el hastío,
 esa cruel ansiedad que no se alivia
 sino viendo nacer el arcoiris,
 y agobiado me dije: la ceniza
 ya está en lo germinal; mata tu doble,
 mata y come del muerto, sombra mía.
 Y súbito (¡así fue!), súbito el aire
 (¡esa lívida luz de espuma y oro!)
 vibrante en su quietud se hizo armonía,
 y entre ciegas pulsiones y medusas
- 2190 una ráfaga densa, un soporoso
 y apretado pavor (¡esa neblina!),
 sobrevino del mar y tres gaviotas
 partidas por un tajo en todo el centro
 de su ritmo de vértigo y altura
 cayeron a mis pies, y así amarrado
 al madero brutal de pies y manos
 (maldije y supliqué pero los sordos
 me ataron con más nudos todavía),
 padecí entre tormento y maravilla
- 2200 el castigo incesante de la carne,
 la dormición en vela de mi alma
 sonámbula en su red de girasoles,
 y vi mi soledad y vi la orilla
 y en la orilla perdida un ciervo blanco
 muriéndose entre juncos y amonitas.
 Siempre he sido un adiós, un navegante,
 y mi oficio es morir: la vida sigue,
 y descifrando el devenir llamamos
 destino a la letal incertidumbre.
- 2210 Pero he vuelto a nacer. Hubo otra hora
-

- que también fue la de mi muerte: nadie
vivió jamás lo que mi sangre en ese
devastador instante en que el hechizo
de repente cesó. Luego el siroco
(metálico y agudo como un clavo
quemaba mis retinas el reflejo
de un puñal olvidado en la cubierta)
destructor de las almas, los petreles
en pánico y furor, las humaredas
2220 que ofuscaban un sol acuchillado
de plata y de azafrán (íese sol rojo!),
y la blanca, la altísima figura
con rostro de relámpago que al irse
difuminando en la brisita fría
los restos auditivos, esos ecos,
fue emergiendo del mar alucinado.
El mar es mi destino. ¿Qué sería
lo que vieron allá en el horizonte
-¡qué vislumbre, qué lámpara, qué hoguera!-
2230 los ojos de ese dios que me obligaron
(así amarrado como estaba y casi
borracho de cansancio y pena negra)
a girar la cabeza? En la perdida
dimensión de los sueños (esos sueños
eran del loco, de mi doble ciego:
mi sombra fantasmal nada sabía)
quedó esa imagen. Su significado
me elude y me confunde: en adelante
ese tema es asunto del destino.
2240 Así ha sido, así es: agria y oscura
se aletarga la savia en el cerezo,
el ácido jazmín abre sus venas
y en el aire un olor de hojas quemadas
-

me revive aquel tiempo. No nos dimos
ni cuenta del susurro de los años,
sobre nuestros ensueños ha llovido
la eterna soledad, y mi añoranza
se refugia en el gris: esa neblina
la devuelve a su azul predestinado.

2250 Las hogueras de Troya me persiguen.

Los ojos de mis párpados, mis ojos,
habían sentido en el ayer umbrío
el alma de la luz que viene al mundo,
pero una cosa es ver el limonero,
el humo de la patria en los ocasos,
el fluir de las lentas estaciones
(cuando brotan las yemas uno sabe
que ya viene la errante primavera),
y otra mirar en la mansión en llamas

2260 un caballo de dientes amarillos

encabritarse en el portal, meterse
y rasgar entre coces y relinchos
cortinajes color verde reseda.

Ulises era y Nadie soy. ¿Quién vive
-en mi sombra, mi carne y mi resuello-
el engañoso juego de mi vida,
una vida que ya casi no es mía?

Y al cabo, ¿qué de extraño? Ya se sabe
que el mal no tiene origen: el mal siempre

2270 se precede a si mismo: el alma ciega
simplemente lo encuentra y continúa.

Las sinergias amargas, el oleaje,
los torcidos trabajos del destino,
me arrojaron al vértigo, y ahora,
fatigado de culpas y castigos,
estoy aquí bajo la acacia yerta

- mirando el mar como en aquella tarde
tan cerca del azul y tan lejana
en que llegué, Calipso, a tus dominios,
2280 a tu reino de grutas y jardines,
y borracho de sed vi la bahía,
el sol, el blanco sol, el ciervo rojo
trasegando la muy pálida orilla,
y bajo el limonero verdeoscuro
que me diera su amparo y su reposo,
las corrientes erráticas del sueño
me llevaron dormido a la sal negra,
a esa playa del Asia misteriosa
donde tantos trabajos padecemos,
2290 y envidiando la suerte de los reyes
que regresaron a la patria tierra
sin que el mar les robara un compañero,
y ya bajo la sombra de sus robles
olvidaron los crímenes, cobraron
viejas deudas de amor y compartieron
el sabor de ese vino que había estado
añejando su aroma en las tinajas,
fui llamando en susurros a mis muertos
-¡Antíloco, Patroclo, Ayax, Aquiles!-,
2300 pero al ir entendiendo que soñaba
logré al fin despertar, abrí los ojos
(debí dormir lo que demora un alma
en llegar a los términos del Hades,
o la araña en tejer el laberinto
que atrapa el abejorro y el rocío),
y en la estéril arena vi a la bruja
(la luna que arrastraba por el polvo
su amarilla, su anciana cabellera),
y quemando mis lágrimas en ira
-

2310 y en ardiente furor saqué la espada
 -la espada azul con que maté mil teucros-
 y a ciegas me lancé contra las olas.
 Esto es duro de oír: el desencanto
 es un tesoro porque nos recuerda
 que la vida se acaba, que el hechizo
 no dura para siempre, que al fin gana
 el gris todopoder de la ceniza.
 Ya me dieron por muerto, ya me tienen
 en lo más sin memoria del olvido.

2320 Pero en este momento en que las nubes
 que cruzan hacia el sur cubren el monte
 y se siente sangrar la vena oscura
 del agua en lo profundo de las rocas,
 este enredado corazón quisiera,
 ¡oh patria de mi amor y mi amargura!,
 desplegarse hacia ti como la brisa
 se despliega en los ámbitos azules.
 Nadie hizo nunca semejante viaje.
 ¿Qué lengua de mortal puede narrarte,

2330 ¡Calipso de mis noches insoladas!,
 el mal presentimiento que me vino
 la tarde para siempre memorable
 en que al dejar mi reino vi a lo lejos
 las montañas, el puerto, los veleros
 al viento y a la luz abandonados?
 Nevó un día, una noche y otro día
 en mi playa interior. La inquieta gloria
 del rey, del navegante, del jinete,
 no les dejaba ver a los guerreros

2340 (la voz de Agamenón nos convocaba:
 ¡un país y su ejército en camino!)
 el pálido contorno de mi sombra

mordida por tarántulas oscuras,
 el secreto desvelo, la carcoma
 que incesante y febril me trabajaba.
 ¿Pero a quien puede el príncipe, el que debe
 tener puño de hierro y sangre fría,
 hablarle de su sed o de sus penas?
 "El soldado combate por el Jefe

2350 y el Jefe por el triunfo; quien no es griego
 es un perro, no un hombre, y para el perro
 tengo la espada todopoderosa":
 así exclamaban los soldados míos.

¿Y a esas fieras del mar, a esos hambrientos
 animales de presa que acampaban
 por clanes a las puertas polvorientas
 de orgullosas y herméticas ciudades
 -ilas ciudades nacidas de la tierra
 y el trabajo incesante del esclavo!-

2360 para luego atacarlas entre aullidos
 como atacan los lobos: en manadas
 (en las playas del Asia los he visto
 devorando la res con todo y sangre),
 iba Ulises, el rey rico en ardides,
 a salirles con signos y presagios?
 Nadie sabrá jamás lo que me dijo
 en los antros del humo la Sibila
 que descifra en el trance sin sosiego
 los bestiarios y antífonas del sueño.

2370 Pero no hay nada oculto: los secretos
 se abren caminos entre las malezas
 ácidas del erial donde respiran
 la cobra del jazmín, la naja roja,
 y la tierra rasgada por el hierro
 se hace herida viviente que supura

- densos latidos de rosal en vena
 como cuando del alma fluye el canto,
 y los dedos que pulsan el cordaje
 implacable y quemante de la lira
 2380 sueltan a flor de sombra ese profundo
 cocuyo de la música que esparce
 fuego y polvo de fuego con las alas,
 y la voz del aedo, fiebre y luna,
 se afantasma en lo irreal del arrebato.
 íftaca de mis muertos, patria mía!
 Voy por ti preguntándole a la brisa
 y aunque llego a los términos del día,
 no hay humano calor que me consuele
 ni lumbre que me dé sabiduría.
 2390 Todo es como es y todo acaba
 como debe acabar. ¡Oh boca ciega:
 la madre tierra que te dio alimento,
 ahora te ha de tragar! ¿Acaso eres
 mejor que los que en Asia se quedaron,
 los príncipes de Grecia que el destino
 -ipor el honor del puro sacrificio!-
 se llevó a perecer de mala muerte?
 No te engañes, Ulises: ¿no has sentido
 que la vida te queda un poco grande,
 2400 que el inhóspito azul ya te abandona,
 que te has ido enredando a la desdicha
 como una hiedra gris que en el otoño
 ya no puede siquiera con la brisa?
 ¿A donde iré perdido? En el ocaso
 (¡bosque de vaporosos esplendores!),
 el centro rojo de la sombra muere,
 los potros de dorada cabellera
 deliran en los grandes centenales
-

- y un soplo denso de jazmín revive
 2410 esa fiebre (¡fatiga y pena negra!)
 que se alivia mirando el arcoiris.
 Sé que quieres rendirte al abandono:
 bébete un sorbo de licor amargo,
 repite el nombre que te embriaga el alma,
 lánzate al mar desde las rocas grises
 y otro rey loco morirá en las olas
 engañado y feliz. Quien lo diría:
 tus caprichos, Ulises, me recuerdan
 a esos niños feroces de las playas
 2420 que se rayan la piel por naderías
 y a pleno sol en la desierta orilla
 con fijeza sonámbula se miran
 y se juegan minucias (una pera,
 un dado de coral) a un solo envite
 que pierde el que primero parpadea.
 Sueño somos, del sueño procedemos.
 Un relámpago azul de medianoche
 conmueve con su irreal escalofrío
 el cansado rumor de los veleros.
 2430 ¿Para qué abandoné mi patria tierra,
 la garza real que en la marisma gime,
 la casa del amor bueno y confiado?
 Mi altanero desdén, mi hipocondría
 (¡ansiedades, pesares que no faltan!),
 me indujeron a dar ese mal paso.
 Pero todo fue culpa de los dioses:
 esa maldita tradición sagrada
 me fue indicando desde el mismo origen
 la violencia, la puerta sin salida.
 2440 ¿Qué saben del vivir los inmortales?
 ¿Y qué pueden saber de nuestros sueños
-

esos seres de luz que no trabajan
(isi hasta tienen palomas de ojos verdes
que les llevan al lecho la ambrosía!),
ni han gustado la muerte, ni perciben
el cósmico esplendor con que la vida
forma del barro su criatura humana?
Es hora de partir. El lirio rojo
esparce en este bosque para ciegos
2450 su polen de ansiedad y pesadilla,
sueños no descifrados me persiguen
en forma de humaredas y medusas,
y es otoño sobre los encinares
y atardece en las olas: ni el destino
pudo haber hecho el mar de otra manera.
Soy navegante y entre más conozco
la tensa red del universo, menos
lo logro comprender. ¿Qué es lo que quiere
el Azar que nos rige: que admiremos
2460 entre lellos y huraños lo bien hecho
que le quedó este mundo? Nadie sabe.
Así ha sido, así es. El tiempo todo
lo ve, lo mira fijo, lo enceguece:
las cenizas azules del verano,
el cielo rojo entre los encinares,
esas manchas de fuego temblorosas
en el agua en penumbra del espejo.
¿Qué más puedo esperar? En esta orilla
el altivo azafrán, la escolopendra,
2470 mi demonio, mi víbora querida
(iese ofidio que silba sus furores!),
sienten las almas de los insepultos,
y el mar que no se cansa, el obstinado
mar de Ulises, mi mar (como aquel día

de voces y de sol en que salimos
de Ilión y los azares y los vientos
nos llevaron en vértigo hasta Imaro),
es azogue y es sed y es oro mate.
Ya es silencio mayor, ya es el ocaso,
2480 ya soterra su lámpara el orgullo:
lejos, muy lejos de mi sombra quedan
los reinos hechizados por el viento,
las minuciosas alucinaciones,
esas horas sin tiempo, tan distintas
de las tardes en blanco del hastío.
Pese a las furias, a la incertidumbre,
la cálida corriente que atraviesa
la noche de los siglos, el abismo
(la he sentido gemir en el verano
2490 cuando arrecia el calor y las acacias
abren sus flores de color de rosa
y el aire se remansa y la marisma
huele a semen, a sal, a leche agria),
me revive el amor. Quien lo diría:
¡estoy en los comienzos de mi anhelo!
¿Qué dicha es esta, pues, que no es la misma
que me daban el canto, los veleros,
el relincho del potro entre las olas?
¡Íntima plenitud! ¿De donde nace
2500 este soplo agorero que me ofrece
no la paz sin batalla sino el gozo
a pesar del tormento, en el tormento,
más allá del tormento? En la penumbra,
los terrores que vienen por mi vida
me invocan a la maga, sus vigiliass
consagrandos entre voces y susurros
aquel vino de lágrimas doradas:

- su suave luz el alma me colmaba,
el áspid de la música se erguía,
2510 la fiebre en su furor de enredadera
trepaba desde el sueño y era como
si este cuerpo, mi cuerpo, imaginara
que se estaba quemando, que ya ardía.
Mis sandalias están que se caminan.
Es hora de volver, es el otoño:
ese dejarse ir, ese abandono
de la brisa en lo pálido del día
(un día de belleza perturbada
por la nieve en la sombra del pasado),
2520 me recuerda esa tarde opaca y sola
en que llegué febril a los dominios
-limperio, honor y reino!- de la maga,
y no fue sino ver la pétrea casa
sola en la blanca cicatriz de arena
para que hasta mi sombra presintiera
lo que harían las luciérnagas insomnes
con mi alma ciega, con mi mente herida.
Alegría, rosal de tierra ajena:
isi volvieras a mi, si a mi volvieras
2530 como en el tiempo en que el mañana estaba
oculto en el azul de la promesa!
¿En qué momento se corrió la aldaba?
Nadie lo vió venir: era el destino.
Sobrevino en la luz como el siroco
que viene desde el África quemando
los inquietos rebaños de la espuma.
En la guerra la magia es salir vivo
y por eso será que anda mi historia
(el viaje tras la gloria que un rey loco
2540 se propuso buscar para su daño)
-

en boca de los bardos que trasiegan
las playas de las Cícladas, el Asia,
las rutas del incienso y de la seda.
Inquina, malestar, rabia, desdicha:
esa es tu suerte y tu verdad, Ulises,
tu salario de sangre, tu destino.
¿Qué juego enfermo y miserable es este?
¿Quien no suspira por volver, quien puede
resignarse a morir en tierra extraña

- 2550 sin mirar otra vez la flor en forma
de estrella en lo profundo del olivo
cuando es el alba y en la mar violeta
resplandece la luz del cielo griego?
Aquel a quien su patria ha destinado
al sacrificio por haber nacido
de un linaje escogido (sacerdote,
rapsoda, mago y rey era Laertes;
¿y no somos nosotros una rama
del olivo sagrado de Atenea?),
- 2560 es otra clase de hombre: cuando Héctor,
hiriéndolo en el vientre con la lanza
mató en duelo a Patroclo, y los corceles
inmortales (Janto y Balio, los negros
hijos del viento y la feroz arpía)
quedaron sin jinete ni llanura,
Aquiles, esa brasa de furores
(ino se apodere nunca de mi alma
semejante rencor, tanta desdicha!),
temiendo que las moscas se arrimaran
- 2570 a las ciegas heridas y engendraran
gusanos que pudrieran el cadáver
(el alma de Patroclo había bajado
gimiendo al Hades porque aquí en la tierra
-

- dejaba un cuerpo vigoroso y joven),
 pide a Tetis, la ninfa, que derrame
 unas gotas de néctar y ambrosía
 en la nariz del héroe y así quede
 preservada de pus y de gangrena
 la muy maravillosa lozanía,
- 2580 jura matar al príncipe troyano,
 dar su carne a las aves y a los perros,
 y lo mata clavándole la pica
 de hierro en la garganta que es la parte
 por donde más ligero sale el alma,
 y ya muerto le horada los talones,
 lo ata a su carro de combate, puya
 los corceles que vuelan delirantes
 arrastrando al caudillo de los teucros:
 la negra cabellera se esparcía
- 2590 por el suelo que sirve de techumbre
 a las grutas del Hades, y rendida
 al peso y al ultraje de la muerte,
 abría un surco en el polvo la cabeza.
 Así era el implacable: sordo y ciego
 arrastró los despojos enemigos
 por entre las ovejas, los cabritos,
 los bueyes y los cerdos que se asaban
 para el banquete fúnebre; ya noche,
 sus manos homicidas degollaron
- 2600 doce príncipes teucros, y sabiendo
 que jamás a la patria volvería,
 se cortó la dorada cabellera
 que conservaba espléndida, y la puso
 entre las manos del amigo muerto.
 Yo no era diferente. Yo había sido
 jinete y navegante hecho a la espuma
-

- y a la sal y a la sed y al murmurio
innumerable de la mar amarga,
y buscando en el Sur de los atlantes
- 2610 la espada bendecida por Apolo,
vi cómo los guerreros consagrados
vivían a la luz de la Venganza
(la diosa de las uñas encarnadas),
se enfrentaban armados a las olas,
tendían emboscadas en las rutas
del zafiro y del ámbar, arrojaban
toros a los volcanes, exponían
sus muertos a los buitres de la luna,
sufrían la añoranza y el orgullo
- 2620 (ese orgullo de tigre que prefiere
pasar hambre a comer carne podrida),
quemaban en la fiebre de los himnos
la sombra y el olor del enemigo.
Pero también cuando la sed arrecia
y me muerde la víbora del vino
(ese vino ligeramente ahumado
que la ternura de Calipso aroma
con un toque de flor de limonero),
evoco entre pulsiones de fatiga
- 2630 los días malditos de la calma chicha
en que el viento del mar se nos moría
y por más que los remos se afanaran,
el sol (¡el ciego sol!) nos consumía,
y mi sombra evocaba en los ocasos
la caverna de luz, la gruta madre
donde habita entre tigres y palomas
la diosa huraña, la mujer morena
revestida de sol y que descansa
los pies sobre el alfanje de la luna,
-

- 2640 y alucinaba con el bardo ciego
que me dijo en Esmirna que los dioses
decretaron jugando nuestra muerte
a fin de darles a los venideros
un motivo mejor para sus cantos.
En esas madrugadas en la cueva
del cíclope asesino, vigilado
por el ojo brutal, siempre hacia el alba
(la noche desvelada y la amargura
son malas consejeras: nos inducen
2650 a la sed, al furor, al desespero),
tuve un sueño difuso y recurrente:
en la luz y la gloria del ocaso
y entre un ciego clamor de aves marinas,
regresaba escorando una velera
nave de teca y sol, y de repente
el barco se esfumaba en los reflejos
de cobre de la mar, y yo quería
tomarlo en otro puerto, yo tenía
que abordarlo y seguir, pero el navío
2660 signado por un hosco maleficio
(de lo más leve de lo irreal venía
esa alucinación que cada luna
era un humo espectral sobre las olas),
me dejaba de nuevo: "No es posible,
debo estar en la rada cuando llegue,
necesito alcanzarlo como sea",
susurraba mi sombra en la brumosa
luz amarilla del pavor que aprieta
ese nudo febril que es lo que grita
2670 cuando cierra su red la pesadilla.
Todo el tiempo que estuve prisionero
del cíclope soñé con esa nave,
-

ly era errátil su estela por mi sueño!
Alguien canta. La larga luz dorada
transfigura el azul de los olivos,
por veredas ajenas viene el viento
y el leve estremecerse de las ramas
finge espectros, me aflige, llama el miedo.
Circe ha puesto su mano

- 2680 -la sombra de su mano!-
sobre mi corazón. Los reyes marcan
sus esclavos, sus toros, sus soldados,
y yo, destino mío,
llevo su sello, su tatuaje, he sido
vendido como un perro a la desdicha.
Circe, la de los párpados violetas,
era un fuego en acción. Circe, la maga,
maceraba la flor de la verbena,
mimaba en sus alcobas gatos de semen negro,
2690 invocaba el coral, la hoz de la luna,
y en las noches irreales del verano
-lampadario, marfil, rosal a ciegas-
abría viejos armarios, preparaba
brebajes de tarántula y de olvido,
sonreía mirando su leopardo,
su felino de límpidos oídos.
A veces, ciertas noches
(a la orilla del lago de los grandes helechos
desde mis propios ojos el silencio me mira),
2700 el mundo es el reflejo de una vana burbuja
flotando en el abismo y el vacío.
¿Qué es lo que pasa? Quiero
olvidarme de todo lo que sé de mi mismo.
Ternura, punto débil:
mi alma demente y fugitiva
-

- contiene en sí momentos
de apariencia inmortal. Ahora comprendo
que soy un esperar siempre en espera
de íntima plenitud. ¿Quién ha logrado
- 2710 ser todo lo que puede ser un hombre,
ese animal que entre ansiedad y nada
llega sin terminar a su acabóse?
- Vuelvo a ver esa tarde en que arribamos
a las playas de Circe. Un sol mostaza
ardía los mortecinos arenales.
Era ese irreal instante del ocaso
(mi alma resplandecía como la sombra
de la flor del jazmín sobre la nieve)
en que una rumorosa incertidumbre
- 2720 evocadora de los días perdidos,
prefigura el morir, quema la espuma,
nos abre el corazón al plenilunio.
Era la hora en que los moribundos
(esas pobres crisálidas que el frío
va enredando en su pálido capullo),
sostienen en los dedos temblorosos
una hojita de luz, ciegos perciben
que hasta las letras de su nombre hieden,
sienten en lontananza la estampida
- 2730 de unos potros que bajan al abismo
por el polvo amarillo de la luna,
y ese nudo que en sueños se hace grito
casi brama de sed en su garganta.
Llegamos a las playas donde gime
la garza azul, el cormorán anida
y embrujada por álamos inmensos
canta el agua dorada del deshielo.
En algún otro atardecer el gozo
-

- habría sido total, pero ese día
2740 no me bastaba el simple sobrevivir. Sentía
rabia contra los dioses, contra el mar, contra el duro
rostro de pedernal de mi destino:
a mi alma le resulta
más comprensible el bien que el mal, la suave
brisa del sueño que el rumor del Hades,
la luz que lo sin nombre del ocaso.
De furia y de fatiga se me nubló la vida:
¿cual de los infinitos
-el de la mar o el del espacio mudo-
2750 puede albergar el ansia del náufrago, su luna?
Nos metimos al bosque. Dos días permanecemos
ocultos como liebres. Al tercero,
subí hasta los peñascos azules y a lo lejos
divisé entre neblinas la morada de Circe.
En esta hora de los desvaríos
rememoro ese instante: la luz (una luz tenue
que no venía del cielo sino de las arenas)
les daba a los pinares un aire de fatiga.
Ya cerca del umbral me fue llegando
2760 un polvoriento olor a limonero.
Como de la hendidura de un peñasco
salen en loco enjambre las abejas,
así brotan del alma los recuerdos:
había en el suelo flores en forma de gusanos,
ardía la silueta torturada de un roble,
cantaba un solo pájaro demente en las acacias.
Los grises acertijos de la luna,
los nogales floridos en el alba, las brasas
donde gime el oscuro sufrimiento del fuego,
2770 no tienen los irreales matices de esa hora
que nacía de los oros de un otoño tardío.
-

- Recuerdo (aunque mi vida
 era olvido y presencia del olvido,
 la amnesia también tiene sus alucinaciones)
 el arco iris sobre el bosque roto,
 aquella blanca cicatriz de arena,
 los jirones de ocaso color humo
 espesándose en lentas bocanadas de sombra.
 ¡Qué resplandores de azafrán, que frío!
- 2780 No era el mundo de siempre, ese que permanece
 inmóvil en la luz, fluye en el agua
 y a su génesis vuelve con el viento.
 Era el reino del mal: era la maga.
 ¿Qué destino o qué azar hizo posible
 que mi sombra estuviera preparada
 para ese instante de pavor? La casa
 -la lepra de sus muros- daba un olor a sombra.
 Había un jardín en ruinas. Había un perro.
 La luz castaño y púrpura del bosque amenazaba
- 2790 ese universo desolado, inmóvil,
 sin regreso posible al soplo vivo
 que le diera existencia y crecimiento.
 Todo es cuestión de aguante en esta vida.
 Lo ignoraban mis pobres compañeros
 cuando llegaron al umbral: ardía
 la sombra azul de los olivos; una
 ciega estridencia de cigarras iba
 colmando las recónditas encinas;
 un céreo desangrarse de cortezas
- 2800 señalaba el comienzo del verano;
 el canto suave, quejumbroso, ciego,
 del oscuro sinsonte en la maleza,
 inquietaba esa brisa que sentía
 la impaciencia de hacer lo que hace el viento.
-

¿Qué buscaban ahí, qué presentían?

Los intriganon la quietud, el humo,
la dormida blancura de las rosas:
hechizados cruzaron los umbrales
y Circe hizo de cerdos su destino.

2810 Circe, en las horas muertas,
vertía en mi vino drogas contra el llanto y la ira:
quería que mis ojos olvidaran
el mar y su ilusión fabuladora,
los desvaríos de la espuma,
mi periplo de soles y horizontes.
Debo haber dormido poco en las noches
de aquella primavera color aguamarina:
mi doble, el cazador de caribúes,
recogía virutas de arco iris,

2820 a la hora de las brisas el limonero ardía
y, en lo profundo de la sombra, Circe
abría las piernas para mí, gemía,
agriaba con su hedor de loba en celo
las orquídeas dormidas en el lujo.
Un sueño (¡lo que soy!) me tiene vivo.
Ya el mañana es ayer y de repente
-porque todo en el sueño es repentino-,
temo cerrar los ojos y ver la casa muerta:
aquella ruina de jardín, el lago,

2830 esos lotos a flor de agua profunda,
la luna errante por el mar, el árbol
de ardorosa raíz y flor de leche,
la epeira con su cruz de plata viva,
los parrales, las fresas dulciamargas y espléndidas,
los cocuyos insomnes que en la noche florecen,
la esmeralda dormida sobre su terciopelo,
la lenta escolopendra color ámbar,

- las cerezas del año, los mapaches
amamantados por la corza blanca,
- 2840 los almendros de savia rencorosa,
el orégano azul junto a la fuente,
los animales de pezuña hendida,
el mal espíritu que me atormentaba,
la esclava siciliana (¿qué se harían
su voz color de atardecer, sus ojos?),
y las rosas silvestres y aquel hosco deseo
y la copa labrada en oro rojo
y los grimorios de la pena negra,
esos densos ocasos en que la sed quemaba
- 2850 y lenta, lenta, lenta,
con una sola y larga respiración la brisa
exhalaba neblina sobre los girasoles.
Recuerdo aquella estancia: había un espejo mate,
había un velo trenzado con púrpura violeta,
había un telar y un lino
tejido por las yemas de sus dedos.
Circe, la hija del Sol y de Persea;
Circe, la de las artes retorcidas;
Circe, la madre de los acertijos
- 2860 (¿qué enigma cifraría
esa lámpara en forma de flor de limonero?),
era sacerdotisa, vidente, bailarina,
pero es así, tejiendo, como yo la recuerdo.
A la brisa de Circe (mi destino
era una aparición llamada Circe),
supe que el viento desencanta, quema,
preserva los saberes milenarios.
Por esa tarde siento fatiga y pesadumbre:
ahí estaba la casa que un niño viera en sueños
- 2870 al amparo de un álamo en lo blanco del día.
-

Debajo de aquel árbol el sopor me vencía
y en los hondos ocasos que venían de las olas
(el agua ya quemada de mi ansiedad formaba
la luna de un remanso sin aire ni sosiego,
y entre temor y anhelo, tormento y fantasía,
el gato me miraba como si sonriera),
le dejaba a las brisas al pasar el cuidado
de despertar al niño que ignoraba las horas.
Ahí estaba la casa del estanque sombrío.

- 2880 ¿Así, pues, no eran tenues reflejos de espejismo
(dudaba: los ansiosos tenemos sueños reales)
el arce rojo, el perro, la indolencia del humo?
Una de las más viejas encinas de este mundo
(dicen que en las montañas de Iliria crece un árbol
que a quien duerme a su amparo le da la vida eterna)
fatigaba sus ramas protegiendo la entrada.
Era una larga cinta de ondulante llanura.
A lo lejos los picos tocados por la nieve,
la escarpada frontera de otro reino, esa hilera
2890 de espectros ascendiendo las laderas umbrías,
y ahí, sola en lo inmóvil de la temperatura,
grande como las puertas de aquella ciudad alta
(tuvimos que atacarla con hombres de montaña),
la casa y ese aroma febril de ciclamínos.
Al corazón lo cansa la dureza del mundo.
Como quien busca a tientas un puñal en lo oscuro
(no todos los trabajos tienen nombre: la vida
aún no da con la clave más íntima del sueño),
sonámbulo y perdido por torres y azoteas
2900 ("Quien juega a los fantasmas, llega a serlo", decían
más bien a ciencia cierta que a ciegas los Atridas),
toco el aire dormido, mi reino, la neblina,
el agua que a las noches de ayer regresa y canta.
-

- No fue que me contaron: es que yo mismo he visto
 los vanos y ventanas de las mansiones muertas,
 el rojo de las hojas caídas del almendro,
 los grandes bueyes blancos arrastrando en parejas
 con tozuda paciencia lo extenuante del yugo.
 Hay praderas quemadas de azafrán, hay presagios,
 2910 hay tantos, tantos filos agrediendo mi vida,
 que aquel niño que oía las brisas cantarinas
 y contaba los cuervos del mar en pleno vuelo,
 percibe el doble abismo del tiempo y de la nada:
 un mal paso y comienza la piedrita que crece
 a crecer y creciendo se hace culpa y destino.
 Por eso intensa y fervorosamente
 oí el palacio inmenso, sus puertas infinitas
 (la casa de la maga tiene tantas alcobas!),
 y en los atardeceres (¡tormentos del hastío!)
 2920 maldije viendo el sauce que no proyecta sombra,
 los libros sibilinos, el perro, las violetas,
 los grandes travesaños de madera de acacia,
 las pieles de serpiente, la mirada cerosa
 del ser de ojos felinos que me velaba en sueños,
 los conjuros escritos sobre uñas de diamante,
 el ciclamor oscuro de la melancolía,
 los helechos añosos y la ardorosa seda,
 esa tersa locura del rosal, las arañas,
 los gusanos ocultos en la flor del cerezo,
 2930 los cirios fantasmales, el pangolín, el arpa
 de oro fundido en forma de cabeza de ciervo,
 el pavo real, el agua muerta de los jarrones,
 las hojas de repollo pudriéndose, las uvas,
 la sala que en las tardes olía a cueró de cerdo,
 los patios, los ocasos de un amarillo frío,
 los pozos que en las noches de sed y desespero

- le daban a mi sombra su réplica de luna.
No sé ni quiero (¡es tarde!) saber lo que pasaba
(hay presencias que pueden devorar una vida)
- 2940 en ese tu azaroso corazón, Circe mía.
¿Qué secreto, qué magia tiene el poder que todos
-príncipes o gitanos- damos hasta la vida
por mirar a los otros desde las altas torres
donde el viento celebra su victoria vacía?
¡Oh Circe, mala fiebre, mala sed, mala espina!
Nunca vi que la maga comenzara un esfuerzo
(¡qué fantasiosas eran las yemas de sus dedos!)
sin dejarlo cerrado, perfecto, concluído.
Le hacía mal a mi sed, me atormentaba
- 2950 hasta enfermar a causa de su amarga belleza
cuando en las noches densas de fervores y brumas
febril incineraba los ramilletes secos
(los pétalos crujientes y negros revivían
un instante al tocarlos el naranja del fuego)
y viendo esa ceniza me dominaba el alma
el pálido arrebató de la melancolía.
Por mis pasos contados he llegado al lindero
más allá del que nadie debe pasar si quiere
regresar a sus lares, a su ser, a su origen.
- 2960 No sé cómo ha nacido tanta sed en mi sombra.
La tierra trabajada bajo los cielos grises
(¡la tierra no es del hombre, la tierra es de la araña!)
segrega una luz densa que ciega los colores,
y solo, enmarañado en mi ansiedad, sufriendo
el púrpura que pasa por la flor y la quema,
en las fosforescencias del mar siento mi alma
bebiéndose este ocaso de absintio y de amargura.
Mi corazón ahíto ya no aguanta más brumas:
déjame, muerte huraña, la luz de este mi día,
-

- 2970 permíteme que sueñe como en aquellas noches
de lunas tan intensas que quien quería descanso
debía dormir cubriéndose el rostro con un lino.
Una historia contada por Nadie para nadie:
eso han sido mis años, eso ha sido este día.
Yo mismo soy el velo que me oculta la dicha:
lo he visto cuando un soplo de luz besa los mirtos
y en el alba no hay nada para mi alma vacía.
Y, sin embargo, a veces, escuchando a los faunos
(el canto es el secreto saber de los saberes:
- 2980 eso decía en mis años remotos en la isla
la tribu de las barcas, el pueblo que en las noches
sacaba su alimento de las profundidades),
mi denso, mi obsedido, mi depravado insomnio
percibe que en lo ciego y en lo azul de los lagos
tiene donde y de donde vivir la luna llena.
Nada me fue donado, nada me vino fácil.
Es que la mar no tiene memoria: mis veleros
se alejaron, se fueron y hasta el fin de este día.
¿De quien serán ahora mis potros color brasa,
- 2990 la fuente, el agua viva que gime en los pinares
con un sonido hiriente de seda que se rasga,
la ramita de mirto donde vi entre las brisas
una sola hoja verde resistiendo el invierno?
En peores cañadas me ha cogido la noche,
pero en esos momentos en que la sombra gime
y hasta la piel quemada del girasol me duele,
recuerdo aquellas noches de a dos y de a tres lunas
en las que el vino rojo de Grecia nos quitaba
las ganas de sentirnos un poquito inmortales:
- 3000 pecamos y sufrimos por falta de paciencia
y esa ansiedad revela lo efímeros que somos.
El mar que murmuraba, caracol en mi oído,
-

¿no era mi ancestro eterno, mi añoranza, lo mío?
 Súbito se agitaron las aguas, sus terrores,
 y mis sueños estaban en la ruta del viento.
 Nudo y alma del mundo, mar de Nadie, la guerra
 (mil reyes no lograron domar esa locura)
 engendra entre furores, tormentos y fatigas
 la violencia sin nombre, la medusa más vieja.

3010 ¿Quien soy? ¿A qué he venido? ¿Qué me aguarda?
 /¿Qué busco?

El sol que me da vida no sabe que yo existo,
 la mar que me alimenta ni siquiera me advierte.
 ¿Y de donde les vino su poder a esos dioses
 ciegos como nosotros, sordos como nosotros,
 locos como nosotros? El árbol de mi reino
 cayó, pero en la tierra negra de la melancolía
 (todo debe, alma mía, por ti ser acogido
 sin quejas ni suspiros y aceptado en silencio),
 un bosque ha ido naciendo de las semillas muertas.

3020 Sucede, algunas tardes, cuando el sol ya declina
 y en las islas ha sido largo y diáfano el día,
 que el aire queda puro y, allá en el infinito,
 mi corazón formado de arcilla y de horizontes
 presiente que ya viene cruzando los ocasos
 el alba en que seremos como el amor nos hizo.
 Desde allá, desde el reino de lo desconocido,
 llegan vertiginosas, como a través del fuego,
 las pálidas presencias que invaden y que agitan
 el bosque de los sueños y nos revelan todo

3030 lo que de incomprensible se oculta en nuestra vida.
 Qué extraño que aún ahora mi sombra rememore
 (todas tus malas obras, Ulises, te acompañan)
 los carros de combate cubiertos por la nieve,
 mi nave siluetada contra el ocaso frío,

- el rumoroso ritmo de la caballería
 cortando como un filo caliente la llanura.
 Era la tarde y era su vislumbre sombría.
 Las hondas dimensiones del azul me decían
 que otro sol había muerto: mi corazón sangraba
 3040 y una espesa neblina de otoño recubría
 el brutal punto muerto de la tierra de nadie.
 Allá en el fondo cierran el azul horizonte
 los pinares, el monte del ruiseñor, la espuma
 que teje y entreteje la brisa de mi espera.
 ¡Y oír a los aedos exaltando a los héroes!
 Héroe yo que sin patria ni alero he resistido
 tantos años sufriendo la visión de las olas,
 el mar enfermo y loco, su furor, ese olvido:
 se levantó a deshoras el viento del destino
 3050 y el día de mi regreso vino y se fue mil veces.
 Lo sé, mi alma lo sabe: la fibra dolorida
 de la ilusión se tuerce por la naturaleza
 irrealizable y fiera de tanto sueño mío,
 y en esas horas densas en que la mar jadea
 y hay grises ventanales que dan sobre los bosques
 y espejos que duplican mi ayer de brisa y luna,
 malos presentimientos me invocan a la maga
 que en las vicisitudes del azar fue perdiendo
 de locura en locura su reino carcomido.
 3060 Las noches en que nadie podía mirar su rostro
 (la ponzoñosa luna del alacrán venía
 goteando mieles negras por la selva sin aire
 que hasta los dioses temen pisar: la pesadilla),
 mi sombra conversaba con los ramajes altos,
 con las lilas de Persia, con las maderas blancas:
 las palabras que cuajan en imágenes muertas
 apenas si consiguen evocar su mirada.
-

- Quien sale a cazar tigres seguro encuentra uno.
Es a mí a quien las furias por el piélago buscan,
3070 es mi rastro el que siguen por el claro de luna.
Quise ser amo y príncipe en el juego del mundo
y (sentirlo me embriaga de dolor y de encono)
lo que encontré en el Asia fue el mal, la sed de Apolo
(el de los pies dorados, el que hiere de lejos),
bebiéndose los ojos de los agonizantes.
En las vicisitudes del azar, en los agrios
horarios de esos años de hierro que se fueron
dejando cicatrices en la tierra soñada
(esa roja lujuria, la violencia, teñía
3080 la estepa que florece cuando la luna gira
y el toro se arrodilla bajo la espada de oro),
me aliviaba el recuerdo del reino que era mío:
una ciudad pequeña sostenida en el agua,
y en las afueras, cerca de la orilla del río
(ilas rocas se sumergen a pico en lo profundo!),
el templo azul, la gruta secreta de los sauces.
Yo siempre he venerado las puertas, los umbrales,
las íntimas penumbras del dolor. Una noche
(la maga parecía no estar; el aire denso
3090 disolvía los muros, no había muros:
a mis pies empezaban los eriales, las dunas),
sintiendo un soterrado reír (¿de quien sería
esa risita tenue, maligna pero suave,
que hiriente se burlaba de mí, que me seguía?),
odié (¡maldito espejo!) mi alma ciega en el alma
temible de esa sombra que me tuvo en su mano.
La lumbre de los cirios en el aire temblaba,
y el viento, ese dios de las grandes distancias
(¡en mis sueños te espero, furia de sol!), lanzaba
3100 rizos de fuego y sombra contra la luna blanca:
-

el rocío que en las noches rezuma el alabastro
 teñía de misterioso fulgor esas estancias
 donde hay flores y estatuas consagradas al humo,
 hondas habitaciones olorosas a espliego,
 telarañas dormidas en lo tibio del aire.

Me desvelaba el odio: sudaba imaginando
 la manera más lenta de sacarle los ojos
 a esa bruja que amaba los zafiros, las rosas,
 y sus vides regaba con la sangre del cerdo.

3110 ¿A qué infames deidades, a qué horror he servido?

¿Cuando sibila alguna me anunció cosas buenas?

Esa noche en que Circe me dijo que tendría
 que bajar a la fría morada de Perséfone
 a buscar a Tiresias, el adivino ciego,
 supe que mi destino era morir dos veces.

¿Yo invocar a las almas, yo descender al Hades?

No ambiciono ni raptos ni visiones en vida:
 prefiero ver que hogueras me depara la muerte.

Alguna vez, a orillas del raudo Titaresio,

3120 fatigando esos valles de Tesalia que un día
 trabajaron las tribus de las montañas negras
 (eran gentes amargas, hombres para la guerra,
 fieras desmesuradas en el amor: los vimos
 rematar silenciosos a sus propios heridos),
 casi no reconozco la tierra del relato:

"¿Son estos deslumbrantes campos de girasoles
 que llegan a las landas, al mar, al horizonte,
 los mismos que en las duras batallas de aquel tiempo
 se tragaron a miles de bestias y jinetes?

3130 ¿Quien imaginaría que por aquí pasaron
 los pálidos guerreros del sol, los navegantes
 que en plena travesía, cuando la calma chicha,
 empujaban los potros al mar en un intento

de preservar el agua dulce de los porrones?".
 Lo sé, siempre lo supe con saber entrañable:
 fuera de la batalla no hay nada real, ni el sueño.
 Mi vida se ha escondido con la luz en las olas,
 pero antes de que lleguen las lluvias del otoño,
 las ráfagas de viento sobre las dunas muertas,

3140 me beberé hasta el alma tu copa, sufrimiento.

Reordenar los poderes, erigir el asombro
 en norma y en destino y en porvenir ansiaba
 cuando cambié mi reino por el mar. No sabía
 (los felices ignoran lo esencial) que mi vida
 es un bosque brumoso: la misma luz no logra
 (oigo un roce profundo de ramajes, un fuego,
 los caballos ocultos en las cóncavas naves,
 la víbora silbando que ni una alondra ciega),
 darle forma y perfiles a las nieblas umbrías.

3150 La vida cotidiana es mi mayor castigo.

A veces, en las tardes, cuando mi doble cruza
 las ruinas olorosas a jazmín, los pinares,
 buscando la caverna donde se oculta el héroe
 que hace mil años duerme y aguarda en las montañas,
 pensamientos que llegan en tropel, en enjambres,
 me llevan a un palacio secreto, me recuerdan
 las noches en que Circe conjuraba la orgía:
 empezaba entre mimos a vestirse de andrajos
 a su carne ceñidos por soberbias alhajas,

3160 cerraba las cortinas a fin de que no entrara
 la para sus bulbules martirizante luna,
 invocaba esa diosa de los mares que adoran
 los cretenses que beben vino negro y disfrutan
 con la sangre que brota del morrillo del toro,
 y mi sombra buscaba por hondas galerías
 (¿acaso es demasiado pedir que la Medusa

- cierre por un instante sus ojos azulgrises?)
 el tiempo, el hosco tiempo del mar y de las piedras,
 y así, casi vencido por la visión oscura
- 3170 (la sombra me sorbía: yo era una gota ciega),
 sufría esa secreta vibración de tormento
 sin saber si el demonio se ocultaba en mi fiebre
 o en la rosa que Circe sofocaba en su mano.
 Por una vez quisiera liberar mi alegría.
 Quiero, no he de negarlo, que la música suene
 como a mí me complace o que no suene: despierta,
 asómate a las torres a mirar, alma mía,
 no sea que ya estén cerca los que a enterrarme vienen.
 Es el fin. Estas manos que tantas, tantas veces
- 3180 les cerraron los ojos a los amigos muertos,
 están que se trabajan: quieren vivir la cruda
 sensación del que toma la segur y la azuela
 y corta los abetos y desbasta los troncos
 y entreteje los mimbres y diseña las velas
 y hace el timón y amarra las maromas al mástil
 y alista los parales y arroja al mar la balsa.
 Camino y no me oigo, no me siento los pasos:
 con tanta luna blanca no se duerme el aljibe
 en donde el agua busca la forma del reposo.
- 3190 Aquí estoy. Es mi hora. Por el mar van insomnes
 los que hacen sus negocios fatigando la espuma
 mientras en este reino de las adormideras,
 la sed, que es una especie de criatura nocturna,
 devora las migajas del ayer, mi alegría.
 Aquí estoy. No dispongo más que de un breve instante
 (no recuento las horas, ya no hay tiempo en mi vida)
 para expiar mis locos y errátiles ensueños.
 Nunca sabrás, Calipso,
 con que ansiedad mi anhelo se teje y se desteje.
-

- 3200 En esas noches densas de fervor y de gozo
en que la llama viva deja un margen de sombra
(el amor siempre empieza por la carne y es carne
hasta que el fuego blanco lo quema y transfigura),
las rocas que parecen un palacio de arena
me recuerdan los muros de Ilión, la destruída,
(por dondequiera que uno pasara los veía:
ahí estaban mirando la mar esas almenas)
y mi desidia sueña con plácidas hogueras
y enciende fuegos suaves y te adivina el alma
- 3210 remirando el reflejo de la lumbre en tus ojos.
Los turpiales que vienen a llorar en las tardes
(¿qué mal me auguran esos intérpretes del cielo?)
me reviven mis juegos de hosco rey en las playas,
ese inmenso dominio del girasol (¡el día!),
el temor que me daba parecerme a los bosques.
¿Y de donde le vienen a mi ser estas cosas?
Hay tantos encinares, tanto mar, tantas islas,
y es aquí a donde llegan a gemir esas aves.
El reposo da fiebre y hasta la dicha cansa
- 3220 y olvidando los juegos del poder y la espada
(hay un algo en la guerra que es como el mismo viento
que atraviesa las noches del desierto y del humo)
mi ansiedad fluye suave y el mañana que temo
(itodo lo que le falta por sufrir a mi sombra!)
se diluye en la calma de esas fiebres inmensas
en las que el vino duda para evocar los sueños.
Sé que miles de griegos olvidaron la guerra:
algunos hasta dicen que Troya no ha existido
(pero hay niños que sufren porque sus pocos años
- 3230 les negaron la gloria, la ocasión de ser héroes).
Es comprensible: somos mensajeros, soldados,
hombres que recibimos órdenes de muy lejos.
-

Hace ya tanto tiempo que no he visto mi cara
 (a veces la recuerdo según la vi entre brumas
 en ese espejo negro que ocultaba la maga)
 que apenas si las lunas ancestrales del agua
 perciben la sedienta raíz de mi desdicha.
 ¡Oh las violetas grises de la ansiedad! El tiempo
 (si eres diosa no puedes ignorarlo, Calipso)

3240 no es más que un espejismo: tú me ves ya en mi
 /patria.

En las noches errantes que del mar regresaban
 (así es la sosegada precisión de la luna),
 con un pulso de danza las espumas venían:
 cada demonio tiene su signo, su perfume,
 y tú revives ese furtivo escalofrío.

Perdámonos, Calipso:
 despídeme esta noche de aquella vid umbría.

Hay azul en tus ojos para toda
 la eternidad. Yo apenas si percibo

3250 el reflejo dorado del mar, la maravilla,
 el gato gris que baila por el claro de luna,
 la brisa de los bosques, el ser de ojos dorados
 que al mismo tiempo viene de perfil y de frente,
 pero tú ves el tenue pasar de los espíritus,
 el inmóvil susurro de una abeja en el aire.
 Atardece en las olas: he vivido otro día.
 Entre ansioso y hastiado, para engañar la espera,
 mirando los pinares, el mar del azul grande,
 recuerdo (eso no tiene ni gracia ni sentido
 3260 pero me gusta y une suavemente a la vida),
 las rosas que al conjuro de tus pasos brotaron
 en medio de la nieve. Oh Calipso: me duele
 esa copa de vino que ya no beberemos.
 Puedo sentir tu pena, mi viaje ha comenzado:

el mar es ese agite que siempre reaparece.
 Este es el fin. Quisiera decir que he de añorarte,
 que te enviaré una rosa de las islas errantes,
 que extrañaré este reino del jazmín y del agua
 donde hay valles secretos parecidos a Ítaca.

- 3270 Oigo el mar, oigo un soplo febril de tramontanas,
 y entre agrias asperezas (imágenes imaginaciones!),
 la penuria me ofrece su violeta de barro.
 ¡Oh Calipso: tú sabes más que yo de mi mismo!
 Esa tu voz de un verde color agua
 evoca en mi memoria recónditos lugares:
 jardines que tomaron el rostro del desierto,
 las ruinas azulgrises de Nínive la muerta,
 las fuentes escondidas a donde llega el ciervo
 y se embriaga la luna bebedora de sombras
- 3280 y se lava los ojos la mujer más amarga.
 Aquí recapitulo presencias, voces, ecos:
 a la hora de la brisa mi corazón anhela
 esa reunión de todas las cosas en el sueño.
 En mis días de sol y cielo abierto
 he cruzado las míticas ciudades:
 Mesa, abundante en palomas;
 Micenas, rica en oro;
 la hermosa Hira;
 Tebas, la de las siete puertas;
- 3290 Dodona, la sombreada por vetustas encinas;
 Calidón, la de calles empedradas;
 Zelea, al pie del monte Ida;
 Efira, en la ribera del Seelente;
 Pédaso, pródiga en viñedos;
 Lirneso, en donde Aquiles cautivó a Briseida;
 Antea, la de los amenos prados;
 Argos, generosa en trigales;
-

- Camiro, la de los muros blancos;
 Cnido, diseñada en la luz por Afrodita;
 3300 la pedregosa Esciro;
 Lemnos, la de escarpada costa;
 Licia, situada a orillas del torrentoso Janto;
 Cerinto, la marítima;
 Caunos, la de las tumbas labradas en las peñas,
 y en los ásperos tiempos de la ira,
 en veleros de sol y rojas proas
 llevé a los cefalenios y a la flor de los héroes
 de Croacilea, de Samos, de Zacinto,
 de la escabrosa Egílipe y de Ítaca,
 3310 a los enclaves del furor, al Hades,
 y ni en el continente ni en las islas
 que salpican de bosques el Egeo
 (¿por qué reviven en la sombra mía
 las memorias de Circe? Tal parece
 que en las noches perdidas -loro y humo!-
 sus ojos azulgrises me dejaron
 una extraña señal sobre la frente:
 su marca es un enigma y el enigma
 consiste en que mí ser le pertenece),
 3320 vi nada comparable a ese palacio
 que me quería sorber como si fuera
 una gota de miel o de rocío.
 Es inútil, es tarde. No hay manera
 de refutar una experiencia viva:
 aún recuerdo el momento en que medroso
 llegué al umbral de la morada oscura
 (ahí tenían a mis pobres compañeros,
 los que fueron borrados, los que nunca
 volverán a la patria: dormiditos
 3330 quedaron en el polvo de la tierra:
-

- este ciego periplo por las olas
lo asumo sobre mí en nombre de todos)
con el vivo temor de quien percibe
la víbora y su entorno venenoso.
Ahí estaba la casa de la bruja
perdida entre los pinos polvorientos.
Lo mismo que la cáscara reseca
no deja ver la maravilla oculta
(iel fruto y su sabor rojo por dentro!),
3340 ese tosco exterior no permitía
presentir la inquietante maravilla
que anidaba en sus ámbitos umbríos.
Sólo cuando crucé la puerta negra
y vi a la maga de la voz de seda
(no lograba apartarse mi mirada
del hechizo temible que tenían
sus ojos de un azul casi violeta:
el reino del ocaso parecía
girar alrededor de su presencia)
3350 percibí la medusa, las febriles
sombras de suave furia que anidaban
en la casa del mal. Triste me dije:
"Este loco espejismo, esta guarida,
sólo pudo erigirse con la ayuda
de poderes perversos". Lo recuerdo:
tres rosas amarillas sobre una piel de tigre
parecían sugerir que ahí sucedían
cosas del mundo fantasmal. En tantas
navigaciones por la mar amarga
3360 había visto el furor de la tormenta
hervir como la espuma de una leche embrujada,
pero nada en el mundo comparable
a esa casa cuidada por leones
-

mansísimos y tristes que venían
 a lamernos las manos. En mis noches
 de insomnio y de memorias sigo viendo
 sus recónditos patios aromados
 por la sombra del árbol del incienso,
 la fuente de aguas embellecedoras
 3370 cerrada a todo acceso, la cocina
 custodiada por negros sordomudos,
 esas secretas galerías que daban
 a unas íntimas salas de muebles y cortinas
 con variados matices de un mismo color rosa,
 sus cuartos olorosos a canela
 (¡oh Circe, estéril madre del enigma:
 ni diosa ni mujer tuvo en sus manos
 tantas llaves de vértigo y de oro!)
 donde había escaparates, candelabros gemelos,
 3380 cofres ornados con esmalte y luna,
 braseros, pergaminos de irreal caligrafía,
 ropas ceremoniales, flautas de hueso, dagas
 y bulbules ya ciegos que comían
 higos secos y pasas del Oriente.
 Por un designio grande y misterioso
 siempre he sido un extraño aquí en el mundo,
 pero jamás como en aquellas tardes
 plenas de maldición y de amargura,
 mi oficio de hombre, mi labor, mi lucha,
 3390 este anhelo implacable de alegría,
 reposaron al fin sobre las brasas.
 Ahí estaban los míticos umbrales.
 Recordé mi temor cuando Laertes
 me ordenó que tomara Croacilea
 y me dio lo mejor de los arqueros
 y ya casi al partir me puso al cuello

- la soga verde con la que yo mismo
me tenía que colgar si fracasaba.
¡Qué inconstante es el sol, qué irreal y vano!
- 3400 Como aquellos beduinos que comían
huevos de salamandra y flores muertas
(creían que su reino era secreto
y asesinaban a los extranjeros
que el azar y los vientos arrojaban
a las lívidas playas; pero en sueños,
y haciéndome pasar por sordomudo,
visité sus recónditas ciudades),
mis diferentes almas alucinan
el rojo bogavante entre las redes,
- 3410 el nudo de tres vueltas del desvelo,
la marca del esparto en el ahorcado.
Al igual que la rana cuando el cielo
se oscurece de súbito comprende
que el águila mortal que presentía
se le viene ya encima y salta y huye
y un relámpago verde cruza el agua,
desde lo más profundo de mi mismo
y porque padecí su poderío,
supe que la mujer de los enigmas
- 3420 (ciertas noches los perros enlunados
al sentirla pasar daban gemidos)
era un riesgo mortal, un soplo nuevo.
Esa era la verdad: ahí se vivía
de un día para otro; la conciencia
procedía por atajos, por fugas, por destellos,
y ciertas noches densas anulaba las rosas
ese olor que tenemos en común con el cerdo.
En las tardes azules, al momento
de iniciar su labor, Circe clamaba:
-

- 3430 "Perséfone inmortal, suelta el ovillo,
 atempera el telar, abre tu espejo,
 da belleza al trabajo de mis manos".
 La estancia rebosaba de calor y era como
 si uno estuviera dentro de una gran rosa blanca.
 Circe fue mi otra sed: al descampado,
 en una noche de ansiedad y pena,
 asomado al brocal de la cisterna
 (estoy muerto -pensaba-,
 mi vida se ha escondido con la luz en el aire),
- 3440 no vi la luna en el cenit: vi el rostro
 de la maga que desde la eclíptica sombría
 velaba por mis pasos en desvelo.
 No sé ni nunca quise saber qué sucedía
 en ese corazón. Mi alma tenía
 que combatir ahí: la delicada
 y apremiante tibieza de su piel me quemaba,
 y en esas noches claras (tan claras que no era
 la luna sino el aire rumoroso de estrellas
 el que hacía que la encina proyectara una sombra),
- 3450 bajo las lamparitas de marfil o de barro
 el amarillo rosa de su carne era un sueño.
 Esa mujer imagen del misterio
 tenía el todopoder, no la sonrisa,
 y en ocasos como este la recuerdo
 tensa y febril en su liturgia muda
 probando el fuego de azufrar la casa,
 macerando el más lepra de los lirios,
 descendiendo con pámpanos oscuros
 en los largos cabellos casi azules
- 3460 la escalerita en espiral que daba
 al patio inmenso donde se reunían
 los enanos, los mimos, los cantores
-

- que van por los caminos y las cortes,
y saliendo a través de los jardines
al estanque oro y gris del que emergían
glorietas en azul que al reflejarse
simulaban un templo sumergido:
estoy viendo, percibo, casi toco
los olivos de pálidos ramajes
- 3470 que sombreaban el prado y habitaban
guacamayas insomnes y curiosas,
los braseros, las lámparas de aceite
ardiendo entre los nichos de las rocas,
el íntimo esplendor, el fuego quieto,
el agua, las columnas rezumantes
soportando las altas arquerías.
Así eran los huraños plenilunios,
las noches en que hiciera lo que hiciera
(saborear uvas negras, desvivirse
- 3480 por un aroma de jazmín asirio,
sonar junto a la lumbre la ocarina,
pulsar casi dormida los láudes
templados para voces virginales),
su corazón de pájaro quería
haber hecho otra cosa. En aquel tiempo
mi ansiedad esperaba del mañana
(ese de pronto, ese ojalá, esa duda,
ese quien quita que tal vez se pueda)
que acogiera en su reino de horas blancas
- 3490 aquel sueño que quise y ya no quiero.
Mal conoces las furias, alma mía,
su sordo frenesí, sus ligaduras,
el íntimo pavor con que a los ciegos
se les pierde la luz en la mirada.
Mal conoces las furias, mal el sueño,
-

- y si anhelas vivir (en el sentido
recio de la palabra) es necesario
que sin temores y sin pausa vayas
preparando esa vida venidera
3500 desde esta tierra de nuestros caminos
en la que no tenemos, tú lo sabes,
ni refugio, ni hogar, ni campamento.
Heme aquí por parajes demenciales
(las nubes deshaciéndose en jirones,
pinos erguidos contra el cielo rojo
y ese enjambre de tordos picoteando
la silvestre aceituna del otoño)
reviviendo esas noches en que Circe,
perdida en lo febril del plenilunio,
3510 rezaba el vino, se reía por nada,
y narrando sus viajes evocaba
las islas prodigiosas que florecen
más allá de los límites irreales
en que el tono del mar se hace inquietante,
el desierto mortal donde uno sólo
se equivoca una vez, las caravanas,
el pan a medio hacer de los errantes,
los espejos de bronce que protegen
a las almas del mal y que en Sicilia
3520 les ponen en las manos a los muertos,
la mangosta y el áspid, la venganza
del guerrero que asándolo al rescoldo
se come el corazón del enemigo.
Alguna madrugada, junto al fuego
(ese fuego naranja que luchaba
con la fuerza del rojo y del violeta,
me situaba de golpe en el pasado;
ya no estaba con Circe: era la brasa
-

- del leño de mi hogar lo que veía),
3530 le dio por recordar oscuros cantos,
y así como con suave melodía
y en hondo consonar de pulsaciones,
la monótona lluvia armonizaba
con el gris que en la cítara nacía:
Circe hablaba de reinos abolidos
y era el relato de la maga y era
suficiente destino por un día.
¡Oh afortunado azar! Yo, el olvidado,
el único ante el mar, el rey Ulises,
3540 revivo este rescoldo trashoguero,
lanzo al aire la ciega serpentina,
y casi adelantándome a las horas
me anticipo y recuerdo mi mañana.
Un arrendajo azul roza mi frente,
la quema con la brisa de sus alas
y se pierde en el bosque donde crecen
las hiedras consagradas a la luna.
¿Qué será de la maga? Esta es la hora
en que hace ofrendas a los cinco fuegos,
3550 susurra sus conjuros, les prepara
pastelitos de arroz a los demonios
en el patio sin fin donde vivían
el león que cuidaba nuestro sueño,
el ibis vencedor de la serpiente,
el gato y la ginesta que trepaban
al almendro a matar pájaros ciegos,
el ganso con modales de borracho,
los hijos de la gran araña viuda,
el leopardo guardián de las hogueras,
3560 el búho y el turpial que se reían
de noche en el profundo limonero,
-

- el pobre cerdo aquel que suspiraba
 cuando Circe le daba un latigazo.
 Roído de recuerdos, resintiendo
 la viciosa espumita de las horas,
 trazo signos irreales en la arena,
 me tiendo en el brocal del pozo ciego
 (hay abejas muriéndose, hay hormigas,
 hay jazmines deshechos en el agua),
 3570 y por momentos en la tarde sola
 casi fuera del mundo mi fatiga
 descansa de la mar y las arpías.
 No comprendo la vida. Distráido
 (como un ciego mordiendo un fruto rojo),
 rememoro mi ayer largo de pasos,
 el eros del poder y de la guerra,
 los fermentos asiáticos, la furia
 que me puso la espada entre las manos,
 mi amarga juventud, la pena negra,
 3580 los cruceros terribles que forjaron
 el alma militar de los aqueos.
 Como un roble en su centro conmovido,
 arraigado en la sed recibo todo
 ese azulgris que del poniente viene,
 converso con la muerte, la hilandera,
 y atrapado entre vértigo y desvelo
 (no corras bajo el rayo, no des gritos,
 animal de las dunas, sombra mía),
 este mordido corazón se vierte
 3590 en lágrimas que atraen a los espíritus.
 Yo lo sé y de qué modo, yo lo digo:
 ni la luna en su más velada fase
 oculta lo que cifra o mimetiza
 el lenguaje creador de teogonías.
-

- Sólo y amargo fui, solo y extraño:
las furias me tocaron y el destino
que me dio tanto mar no me dio hermanos.
Ya no sé ni quien soy. Mi desespero
enfrenta los relámpagos, los ecos,
3600 se abisma en el amor: a ese destino
doy mi vida, mi reino, mi alegría,
doy la tierra sin términos del sueño.
Esta es mi voluntad, este mi anhelo:
resistente, flexible y obstinado,
evitando del mar los fuegos fatuos
(a esos dioses dementes no les debo
ni súplicas, ni ofrendas, ni favores)
y el ensueño febril, he decidido
esconderme en la luz. Ya me cansaron
3610 el desenfreno en el tropel sagrado,
esos naufragios en que a duras penas
logré salvar mi piel y mis andrajos,
los ultrajes al árbol de la vida
cuando arrecia la furia y el destino
se decide al azar de las espadas.
"Tú si que vas a disfrutar la muerte",
me dijiste una vez entre los sauces,
Circe de mi ansiedad, araña mía.
La barbarie silvestre del beduino
3620 y esa astucia sutil de las mujeres
en asuntos de amor y de venganza,
alteraban tu voz cuando soltabas
uno de esos insultos proferidos
en un ataque de melancolía,
describías parajes hechizados
y ciudades que no eran sino un punto
de tinta en los antiguos portulanos,
-

- o narrabas la noche en que los libios
vieron aparecer en sus ensueños
3630 el primer animal de ojos azules.
Así era en el Oriente cuando Aquiles
-¡el relámpago Aquiles!- preguntaba:
"¿Por qué será que los troyanos luchan
con tan suicida voluntad? ¿De donde
sacan esos bisonños principitos
tantas agallas y furor? Dominan
el arte fiero de volver las tornas
al combate perdido: cuantas veces
estuvieron a punto sus jinetes
3640 de arrojarlos al mar lleno de ojos,
de hacernos escupir sangre y salmuera,
de exterminarnos en la ardiente playa.
No transigen, no ceden, no regalan
un palmito de tierra. Es asombroso:
los he visto reír mientras morían
en los combates a corta distancia,
avanzar engullendo las arenas,
saborear el furor como si fuera
un zumo de relámpagos y rosas.
3650 Sus reyes les han dicho: no hay arreglo,
ni vuelta atrás, ni remisión, ni olvido:
defiendan su ciudad y, si es preciso,
déjense sepultar bajo las ruinas.
Nueve años hace que a sufrir llegamos,
en las pútridas aguas se han deshecho
las naves, los velámenes, los remos,
y aquí estamos muriendo de a poquitos
con la lepra en el alma y el vestido.
Son asiáticos: quieren agotarnos
3660 de cansancio, de sed, de lejanía,
-

hasta que a la final, desesperados,
desistamos, nos demos por vencidos".
Ajax pensaba que lo hacían por miedo:
"Es porque saben lo que les espera
si cruzamos la **Puerta consagrada**.

Cada teucro lo tiene decidido:
si he de pasar el resto de mi vida
partiendo piedras como esclavo en Grecia,
preferible morir aquí en la patria".

3670 En las noches perdidas del otoño
cuando mi sombra bebe niebla líquida y canta
(hay súbitos crujidos de maderas,
hay álamos despiertos en el centro del frío,
hay abejas erráticas muriendo),
el rumoroso mar, todo él oscuro,
me dice (iloco estoy!) que mi conciencia
es también un lugar (toda persona
es un hondo lugar) donde batallan
las brumas y la ardiente profecía:

3680 siento el humo que sube desde el Hades,
el doble abismo del amor y el sueño,
cosas que traje de mis pesadillas.

De niño me asombraba que ni el ciego
todopoder del huracán lograra
llevarse entre bramidos y relámpagos
(ilos estoy viendo parpadear en rojo!)
el eterno y azul fondo del cielo,
y ahora me conmueve ver que nada
(ni los años, ni el tedio, ni la guerra,

3690 ni este viaje sin fin por el deseo)
pudo hacerme olvidar, Ítaca mía,
el humo de mis vidas anteriores,
esas hiedras que el viento quema en sueños,

- el profundo jardín de las acacias.
 En ese sitio en que la luz remansa
 sus más íntimos oros, sus azules
 (era mi reino, mi hontanar, mi alero,
 era mi bosquecito contra el viento),
 seguirá refugiándose en las tardes
 3700 la de voz verdadera, mi alegría,
 la que ve la belleza de las horas.
 Ahí deben seguir esos aromas
 de atigrado jazmín, la siempreviva,
 los limones dorados, el almendro,
 la hormiga y su furor en miniatura,
 los macizos de adelfas, ese aljibe
 temible de mirar en luna llena.
 Fue como el viento dijo que sería:
 la noche sin retorno de la infancia
 3710 se ha llevado el secreto del rocío.
 En este atardecer púrpura y negro
 (¡pero hay vetas de azul y de oro rojo!)
 el fuego baila de dolor y el ave
 que adorna con luciérnagas su nido
 (¡oh secreto del dios, oh maravilla,
 oh derramado resplandor del vino!)
 trenza el mimbre y el trébol agorero.
 Ansioso de encontrar los hontanares,
 el oscuro jardín del abandono,
 3720 el rosal y la piedra de alabastro,
 el príncipe del reino cruza el bosque,
 pero el lobo lisiado, el de tres patas,
 sabe que bajo el manto de colores
 hay tuétanos y sangre, hay carne y hueso,
 y nada anhela más el perseguido
 que ser perseguidor, que inspirar miedo.
-

- Me marchó: tomaré la ruta larga.
Sentimientos de culpa sumergidos
(no le estorbes al viento, no me sigas,
3730 no lo hagas más difícil, sombra mía)
afloran en el mar donde abandona
su rasante inquietud la golondrina.
Nunca sé qué contar a mi regreso,
pero si sé, Calipso, que si vuelvo a la patria
(en los tiempos revueltos apenas si es posible
ser caudillo y morir de vejez en la cama),
alguna noche fría, charlando junto al fuego
(tras la cena adornada con higos, aceitunas
y tomates abiertos en aceite de oliva),
3740 bebiendo vino rojo le contaré a un extraño
(Telémaco, aquel niño tamañito
que se dormía en el cuenco de mis manos,
ya debe ser un alto retoño de palmera),
qué brasas y qué hielos me quemaban el alma
la tarde en que los griegos nos reunimos en Áulide:
vi ese cielo sin fin, la mar violeta,
las naves arribando entre clamores,
la asamblea de los reyes en el puerto, las armas,
las tribus agrupadas por clanes y centurias,
3750 el cobre de los grandes atabales,
las danzas que cortaban el aire y el aliento,
las riadas de jinetes que venían
de unos reinos arcanos que se hallaban
más allá del azul y del verano
(aún siento el sudoroso resuello de los potros,
la tierra estremecida por los sólidos cascos,
por esas herraduras con arte claveteadas),
la oscura sed, el ansia de aquellos desbocados
(¡"Estamos por encima de la Moira!", decían
-

- 3760 los rodios que se embriagan y duermen a caballo
y nacen ya con una cicatriz en la frente)
que de un solo suspiro se bebían un pellejo,
y al comparar el éxtasis, la audacia,
la desmesura de los que negaban
el misterio insondable del destino
con las torres, baluartes y murallas
de la obstinada Ilión (la urbe intocada
que nadie vio vencida por vencedor alguno),
recordé la pregunta que un aedo
- 3770 nos hizo junto al mar: "¿Qué pasaría
si una fuerza irresistible chocara
contra una cosa inconmovible?", y ebrio
me imaginé la risa feroz de las Erinias,
el odio desmadrándose en batallas,
las piras consumiéndose en la noche del Asia.
Pero si hay un recuerdo que quisiera
borrar de mi memoria, sepultarlo,
y después de enterrado relegarlo al olvido,
son esas noches densas de fervor y de anhelo:
- 3780 el viento que mataba los toros se venía,
una pálida luna cubría de cera muerta
las ya de por sí fúnebres hojas de los granados,
mis íntimos temores brotaban (ieran llagas!)
y Circe, la del depravado encanto,
como esas lianas grises que atrapan la neblina
(en aquellas opacas madrugadas
en que estuvimos, Circe, tan juntos y tan solos,
supe que desde niña ya tenías
un fulgor mortecino en la mirada),
- 3790 conjuraba las voces y los presentimientos
y en sus dedos febriles (esos largos
dedos que recordaban las patas de una araña),
-

luchaba el erizado jazmín de mi desdicha:
 no brotó en lo profundo del Erebo una rosa
 de arraigos tan amargos en la melancolía.
 "Esta es la noche blanca, vívela en mi desvelo".
 Recuerdo tus palabras, Circe, mientras la luna
 (ya es demasiada luna para una sola vida)
 finge su laberinto de marfil amarillo.

- 3800 Hay discordia en la casa del temor, hay un roble
 -las lluvias le han dejado las raíces al viento-
 muriendo con las horas, la luz y los inviernos.
 Teje, Circe, desteje, urde, trama, hila el hilo,
 dedícale a tu sueño lo que queda del día
 que ya vienen errantes las tinieblas de afuera.
 Distante, silencioso, casi ausente,
 como un rey que reprime la plebeya ternura,
 en las noches irreales del solsticio de invierno,
 mi corazón a medio latido de la muerte
- 3810 sentía fugarse el alma (¡y era un humo violeta!)
 y pensaba en Aquiles cuando jura venganza
 y viste la armadura que fabricara Hefesto
 y se ciñe la espada de bronce y ve a lo lejos
 (en la pálida aurora la ciudad no se oía)
 las dentadas murallas de Troya, y maldiciendo
 la máscara dorada de Agamenón, suspira,
 y abraza el gran escudo semejante a la luna
 (isus fieros resplandores llegaban hasta el éter!)
 y se queda mirando las tropas que al unirse
- 3820 formaban la figura de un águila en la arena,
 y un relámpago blanco (¡la locura!) lo toca
 y su propio caballo le predice la muerte.
 Esa tarde lloraron por Héctor las troyanas.
 Odio tu nombre Circe, tu reino de neblina
 ("cierra la puerta y deja todo ese sol afuera",
-

dijiste una mañana del tiempo de las uvas),
pero se acerca el día y más y más la hora
de incinerar tu rastro, tu olor, tu plenilunio:
el aire que respiras se lo dará a las brasas
3830 y tus ojos dorados a unas vastas hogueras.
Hay en el centro de mi vida un lago
al que nunca llegaron ni la luz ni los sueños:
ahí late el profundo corazón de la sombra
y la quietud del agua tiene un sabor a espera
y en noches de abandono mis diferentes almas
(la pena casi siempre se refugia en lo umbrío)
buscan los hontanares del abismo, las fuentes,
la nada que se siente venir desde las olas.
Eso es lo misterioso: sé gobernar un reino,
3840 sé manejar los remos, sé ganar una guerra,
pero no sé quien soy. Todo fue inútil:
las aventuras de una desilusión, el viaje,
las naves a sus brisas de sol abandonadas.
Esto es antiguo para mi: he bebido
mosto de viñas sin podar, sudores,
zumos que tienen ciertos privilegios de olvido.
Eso no impide que recuerde, Circe,
el café que tus manos aromaban
con un toque de anís o cardamomo,
3850 el aire inmóvil en lo gris, tus dedos
exprimiéndole luz a una violeta
mientras fiero y audaz a maravilla
devoraba el merlín su rata viva
y una lluvia en oblicuo se cernía
sobre los polvorientos girasoles.
Qué cansado me siento en esta hora
en que el hilo sin término, el dorado
nudo de la memoria se desenreda y quema

- (ique aquí se acaben de morir mis ojos!)
- 3860 las falsas evidencias de lo real, mi certeza,
el lento juego de las variaciones,
y florece el azul escarabajo
y hay un rumor como de muchas brisas
y el sabor de lo blanco en las espumas
(iel puñado de sal que aviva el fuego!)
- revive y las criaturas de la mar se reúnen
y por las hendiduras de las rocas se salen
a ver el plenilunio las almas de los muertos.
Nada en mi sombra dice que el ayer fue de hogueras.
- 3870 La lenta luz dorada del insomnio, la fiebre
(esperanzas, temores, presentimientos: esas
son las cosas que nunca lo abandonan a uno),
me siguen por secretas estancias, me acompañan
(no me mandes, destino, más de lo que mi alma
puede en la noche blanca soportar) y me cuidan
por si la sed se vuelve visión, delirio, brasa.
Esa incierta promesa (que siempre habrá un mañana)
te ha mantenido, Ulises, febril y a la deriva,
zarandeado por tantas y tantas ventoleras
- 3880 de orgullo y de furor. Ahora lo sabes:
el presente es hermoso porque es real, no hay mañana
(¡hoy es mañana, imbécil, hoy es ayer y siempre!)
- y ese azul horizonte me atormenta el deseo,
esas ganas de irse que en el alma se avivan
a medida que uno ve alejarse a los otros.
Niño se nace y niño se muere en este reino
donde en las noches solas se sienten en los bosques
espectros que se llevan a los turpiales muertos,
frutos rojos que brillan a la luz de la luna,
- 3890 las cortezas que hieren las armas de los duendes,
esos puñales hechos con un solo zafiro.
-

Es más lo que me espera que lo que se ha perdido.
 ¿Qué es lo que pasa, entonces? ¿Qué tienes, alma mía?
 Nada que no se alivie con un poco de olvido.
 Quiero sentir de nuevo tu sabor, tu alegría,
 ciruela de mis montes, terroncito de patria.
 Todo, todo tranquilo. No se mueve ni un alma.
 Esa luna (declive, precipicio) no quema
 pero ennegrece y deja delirando la playa
 3900 donde en las noches suena (ífilo y furor!) el arpa
 y, sentados en grises calaveras de vaca,
 mirando el amarillo tostado de las hojas,
 los reyes harapientos que escupen en el fuego
 y entre las espirales de la niebla de otoño
 presienten formaciones en estampida, tigres,
 los miedos, la pesada respiración del oso,
 cuentan viejas historias de ira y terror, leyendas
 (hay rezos, hay un roble de arañada corteza,
 hay gajos de uvas negras a los pies del ahorcado),
 3910 invocan los espectros que suben desde el polvo,
 los ciegos centinelas del reino de los sueños,
 el jazmín y su intenso renacer por el agua.
 Así éramos nosotros en las antiguas noches:
 rastreando las marismas, los caminos hundidos,
 fatigando un lenguaje farolero y baldío
 ("por allá te caeremos, buen amigo",
 murmuró Aquiles al prender la pira
 de Patroclo, furor y pesadilla,
 mientras los mirmidones lo miraban
 3920 en medio de un silencio rencoroso),
 caminábamos viendo lo solo del bajo,
 las murallas cubiertas de salitre,
 las dársenas al fondo del estuario sombrío.
 La ciudad parecía tan ahí, tan cercana:

- bastaría con tocarlas para que las vetustas
puertas de los suspiros en el polvo cayeran.
Pero los sueños muerden como el vino
y en esa guerra ciega de una sola batalla
(¡una eterna batalla que nunca se movía!),
- 3930 el río de las olas que trabaja fluído
fue engendrando otra guerra paralela: el hastío.
Los héroes y sus potros lo sabían:
el polvo y el calor de este verano
serían en pocas lunas el fango del otoño,
y esos lodos la nieve del invierno y la nieve
el germen de otra amarga primavera.
Aquiles extrañaba las campañas de antaño:
la marcha interminable, la sed, el despiadado
azuzar en las tardes a esos hombres
- 3940 curtidos en la guerra de montaña
que apenas si avanzaban con los pies doloridos,
que añoraban el mar, que se alegraban
de hallar panales, nueces, pequeños cursos de agua.
Su astillada soberbia padecía
ante la sobrehumana resistencia
de la ciudad de Príamo, y su vesania
(¡iese rencor que somos!) descansaba evocando
la antiquísima ruta de más allá del río,
las ciegas bocatomas del infierno, la Estigia.
- 3950 Así era el hosco rey: espada en mano
y absoluta (¡absoluta!) lucidez de objetivos.
Anárquico, brutal, impredecible,
arrogante, zafado, generoso:
a ráfagas y pausas su alma fiera
(tú nuestro sol en la batalla fuiste,
tú lúdico y fatal, tú Aquiles eras)
mixturaba el furor y la ternura.
-

- Una noche nos dijo: "De niño les tenía
 más miedo a las arañas que a la muerte,
 3960 pero aquí, solo y ebrio, me deleito en la epeira
 que baja del almendro por esa sogá blanca.
 Mírenme bien: Aquiles, el hijo de la estrella,
 etnarca de las islas y señor del Egeo,
 lleva en su ser las voces, el olor, la mirada,
 casi que la ceniza de los troyanos muertos.
 Yo que vi desde un rojo peñasco de Sicilia
 (ahí crece el jazmín y el horizonte
 se ofrece a nuestros ojos infinito)
 ese sol maravilla, la campana del mundo,
 3970 ya no tengo ni patria, ni la sombra de un reino.
 Todo fue para nada. ¿De qué me serviría
 macerar mi memoria, quemar un lirio negro,
 ahorcar al mensajero que trae malas noticias?
 A pesar de haber sido príncipe ante los dioses,
 mañana en estas dunas moriré como un perro.
 No sabemos (y es acaso mejor que no sepamos)
 qué anuncia esa Presencia que trasiega las brumas.
 ¿Quien en Grecia pregunta todavía
 por la suerte de tanto desterrado?
 3980 Aquí, solo, borracho por el zumo del dátíl,
 maldigo entre gemidos esa sabiduría
 que florece y que aroma pero que no da frutos.
 Maldita seas, maldita, patria que así te olvidas
 de quienes en las noches hambrientas añoramos
 esas mieles silvestres, esos panales viejos
 que el oso gris se come con todo y sus gusanos.
 Malditos sean tu nombre, tu ayer, tus malos sueños,
 y maldita sea Helena, la madre del destierro".
 Es extraño: yo siempre, o casi siempre,
 3990 vivo en la realidad. Pero hacia el alba,

la luna en azulgris (esa ventana
 que da sobre mí ayer) mira y enciende
 las ruinas donde el viento anida solo,
 la airada carne del rosal florece
 y el grillo que estridula entre las hiedras
 (el llanto de los bosques que no oímos
 los pálidos humanos, lo perciben
 los insectos metálicos que habitan
 esa totalidad alucinada)

4000 emite unas señales que reviven
 mi reino de horizonte fugitivo,
 la luz del mundo primordial, las olas,
 el tiempo loco de las teofanías.
 No tienen fin las cosas del enigma.
 Los dioses siempre vuelven: que lo digan
 los demonios del aire que me vieron
 mendigando ante pórticos extraños,
 las cuerdas de la cítara que Circe
 pulsaba cuando al fin sobrevenía

4010 el mal espíritu que me atormentaba,
 las noches de ansiedad en que las jarcias
 crujen como los cuernos de Selene
 en los deshielos de la pesadilla.
 Todos los dioses se parecen: quieren
 mirar en el altar nuestras ofrendas
 (carne, sangre, doncellas, vino rojo),
 oler rosas y lágrimas, beberse
 la enigmática sal de las plegarias,
 sentirse eternos, pero el sacrificio

4020 que realmente los colma es nuestro miedo.
 No soy grato a los dioses. Hay motivo:
 nunca les tuve suficiente miedo.
 La ley de la cosecha (uno recoge

- con creces lo que siembra) se me cumple
 en este ocaso en que por malas artes
 (esas cosas terribles le suceden
 a quien duerme o camina entre los muertos)
 se deshace en mis manos la piedrita
 rota y azul de la ilusión. Me duele
- 4030 porque soy hombre, porque soy de Grecia
 y porque soy un rey, ver que mis días
 (río arriba la sed, río abajo el sueño)
 se los lleva ese tedio que envenena
 los pequeños quehaceres del olvido.
 De un íntimo lugar de la memoria
 (ahí perviven mi sed de medianoche,
 el celo y el furor del ciervo rojo,
 la brasa de las hondas profecías)
 me llega el plenilunio en que subimos
- 4040 y acampamos por clanes junto a Eleusis,
 la ciudad de los mirtos: se anunciaba
 un combate hasta el último suspiro.
 Toda la noche ardieron incesantes
 hogueras junto al mar: esa batalla
 se hizo célebre en Grecia y en las islas
 por haberse librado entre palmares.
 ¡Oh recóndita brasa! La memoria
 recuerda los otoños y el instante,
 y es vana su labor: sólo la tierra
- 4050 que siempre ha estado ahí sabe y comprende
 lo que es el devenir. Recuerda, Ulises,
 la sorda muchedumbre que batía
 como un embravecido mar de leva
 las plazoleas íntimas, el templo,
 los muros rechinantes de blancura,
 ese ámbito mortal donde sentimos
-

la risa inextinguible de los dioses.
El rito de la daga fue cumplido
(siempre tras la victoria nos venía
4060 el sopor de las bestias, la fatiga)
y después de la finta contra Eleusis
las brisas y el azar nos condujeron
hasta un valle recóndito: recuerdo
la tierra roja y parda, los altivos
álamos de hojas blancas, mis temores
(en las auroras de la guerra nadie
tiene seguro el despertar, el día),
la espesura de ajenjos, esa luna
(su pálido quehacer es fascinarnos,
4070 inducirnos a ver pozos dorados,
ríos de corte profundo, helechos
color atardecer, torres de humo)
desgastada y febril como una daga,
las ruinas olorosas a verbena,
el orégano gris, el agua muerta
bebiéndose la luz de las estrellas:
un reflejo de quien sabe qué hoguera
rebrillaba en el filo de la espada
que un jinete en la sombra sostenía.
4080 Mi estrategia sonámbula burlaba
las sugerencias del azar. Dejando
esas montañas que tan sólo cruzan
la neblina y el rey de los venados,
salimos a una pálida llanura:
el mar, el terco mar, ese demente
laberinto que crece y que delira
(porque el mar es el germen, el origen,
el lugar de nacimiento del mundo),
se esforzaba con ciega desmesura

- 4090 trabajando sin fin para la nada,
y así, calmoso y lento, como cuando
el alma fatigada de las brumas
se rinde a la pereza del buen tiempo,
otro Ulises que aún no conocía
la espina negra del rencor, la pena,
saboreaba el descanso, ese murmullo
enjambrando en los sauces, percibía
la cólera risueña de sus tropas
(superado ese amargo sentimiento
- 4100 de vergüenza que sigue a la victoria)
desahogándose en cantos ya perdidos
y, al ritmo de las sílabas, los potros
que en la sombra temblaban de fatiga
(la noche hizo brotar en los peñascos
lomas verde y musgo alucinado),
pisoteaban dichosos los jazmines
aventando en el alba sus aromas.
Juguetes somos del azar: el día
se alarga en gris cuando Patroclo muere
- 4110 y Aquiles, al saberlo, palidece
y con los ojos turbios y riendo
de ira y sollozando por su amigo
("mi otro yo", lo llamaba), despedaza
su túnica de púrpura, se quita
el poderoso yelmo de penacho
de crines, a dos manos
se enceniza la rubia cabellera
y se tiende en el polvo y las esclavas
dando largos chillidos se arrodillan
- 4120 y afligidas lo besan y lo lloran
como si él fuera el muerto. (La locura
vive al ritmo del sol. Nadie comprende
-

- lo fútil del poder: tarde y aurora).
¿Tú todavía por aquí, fantasma?
Rebelde a la visión iluminada,
comiendo pan y maldiciendo el trigo,
el héroe de los ojos amarillos
(obsesionado por el viento, el viento,
quiso en sueños domar el unicornio,
4130 imperar sobre el queso y los gusanos,
ser un rey a lo grande en el Egeo),
sigue ahí recordando en los ocasos
los banquetes a bordo del velero,
el arpa rota en el azul, su día,
todo ese ciclo de alucinaciones:
los juegos del poder lo enloquecieron
y las lunas del mar lo remataron.
Ni la sangre, ni el hierro, ni los cantos,
lograron evitarlo: estaba escrito.
- 4140 Los poderes del mal tienen un sueño.
¿Qué guerra es esta, pues, que no redime
ese ayer infinito que perdimos
tratando de vivir vidas ajenas?
Yo soy un devenir y el mar es ciego.
Hazlo por mí, destino: mata y quema
mi saudade febril, esa violeta
que sabe a enfermedad, a mal de tierra.
¡Tú y tus secretos, loco, tú y tus dudas!
Ahora sólo me orienta el extravío.
- 4150 Aquí no estamos en tu reino, Ulises,
sino en la vida real. La monedita
de oro rojo del alma fue fundida
en el crisol de la ansiedad. Quisiera
un girasol a plenitud, un potro
más rápido que azor o golondrina
-

- (en ese desvariar nos parecemos
los guerreros al viento de las dunas)
en esta noche en que el jardín en toda
su azul profundidad respira y duerme
4160 y el viento en los almendros se detiene
como en un soporoso mediodía
y una bífida lengua de serpiente
desenreda en los pálidos helechos
el silbo y su furtivo escalofrío.
Desde antiguo se sabe que los griegos
somos mudos en nuestra habladuría,
pero sacando de los viejos antros
("aquí suena el tam-tam, aquí es el baile",
dicen los pescadores de Sicilia)
4170 las arcaicas deidades de la guerra,
el lenguaje cifrado de la guerra,
el siniestro misterio de la guerra,
es preciso contar, ir destejiendo
el viento ajeno del ayer, la historia
casi inmóvil y en gris del tiempo muerto.
"Tiene rota la sien la sombra mía.
Ojalá hubiera muerto", dice Helena
viendo el estrago y el furor. La reina
de suave caminar que atravesaba
4180 los aposentos de arenisca roja,
los hondos corredores, los gemelos
recintos del amor y de los ecos,
oliendo un azahar (así olvidaba
las pulsiones de muerte, los venenos,
la ciudad gangrenada por el miedo),
era un suspiro de la luz. ¿Qué tiene
de extraño que los hombres alucinen
y olviden sus miserias y se maten
-

- por una flor así? Siento mi sombra
4190 penando por orillas de sequía
cuando pienso en la reina prisionera
trasegando en las noches amarillas
las estancias de polvo y de oro muerto:
se acercaba al remanso sin sosiego
(el espejo de bronce que incesante
duplicaba esos ámbitos irreales),
sonámbula y sedienta susurraba
un conjuro secreto y al oírlo
el agua en brisa y girasol se abría.
- 4200 ¡Oh misterio el del alma! ¡Qué secreta
sube en la sombra tu oración, Helena!
Hay lémures mirando las estrellas,
hay telarañas en el espejismo,
hay más de una realidad: qué incierto
el plenilunio en que mi sombra pasa
sin pausa del furor al arrebató
y una ráfaga azul se desenreda
silenciosa y letal en los pinares.
Superviviente consumado (y eso
4210 demuestra que no he sido ningún héroe:
los guerreros del temple puro y duro,
los buenos, los mejores, yacen muertos),
he saboreado el pan hecho en campaña,
he manoseado el sedimento rojo
de las tierras extrañas, he sentido
el fuego devorando vela y nave,
la sal, los arenales donde nacen
extraños seres para el mar amargo,
esa ruina de sol, esos cipreses,
4220 la abrumadora escolta de mis penas,
la luna color trigo del otoño,
-

- los caminos, el viento solitario
 desde el inicio de las noches blancas,
 y por eso, por haber soportado
 tanto, sufrido tanto, resistido
 tanto desierto sin rosal ni sueño,
 acabé despreciando los fantasmas
 inconsistentes del poder ("los teucros
 no parecen un pueblo sino una
 4230 gris alucinación", nos dijo Aquiles
 viéndolos avanzar por las arenas)
 y de risa lloré cuando burlamos
 la fuerza de los Cíclopes: ni ellos
 eran tan fuertes como se sentían,
 ni nosotros, los pobres saltamontes,
 tan poca cosa como nos creían.
 La vida, ese momento que no llega
 sino una sola vez, sufre y espera.
 No hay encinares en el mar, Ulises.
- 4240 ¿Y ahora qué harás con lo que amas?
 Tienes que despedirte. ¿Es que no quieres
 ver los signos, las luces de advertencia,
 los íntimos destellos del otoño?
 ¡Desátame, rencor, que viene el día
 y es hora de volver a mis veleros!
 Ese amor que comienza por las venas
 (ilamparita sonámbula!) revive
 el atareado palpitir, el pulso,
 el perdido latir de mis esperas.
- 4250 ¡Oh resquemor de la ansiedad! ¿A donde
 irá el buey que no are y a qué playas
 irá Ulises que un dios no lo maldiga?
 La desgracia me enseña y lo que aprendo
 es que el mar es el mar y que la pena
-

sigue siendo mi orilla de abandono.
Un anhelo recóndito y oscuro,
más íntimo a mi ser que el alma mía,
revive y el rescoldo lucha en contra
de los poderes últimos. ¡Qué instante:

4260 lo que se puede hacer con un celaje
lo hace la brisa entre las araucarias!
El fatum y el azar (¡la estrella doble!)
arden en ciega plenitud, el tiempo
(¡ese susurro sin intermisiones!)
se remansa en las hiedras y mi sombra
recapitula en el amor la vida:
las memorias infames, los ayeres
y la sal misteriosa que preserva
esa mórbida sed de las raíces.

4270 ¡Colina del espíritu, fuerza mía!
Este bosque formado por el viento,
con sus claros de arenas amarillas
que se tragan de golpe los caminos,
agita el aire denso de los sueños
(odios, remordimientos, cicatrices
que necesitan respirar, terrores)
y mi aversión agónica al murmullo
del mar entre los muertos caracoles.
Y en las noches inmensas, cuando pasa

4280 la luna por delante de los álamos
y murmuran los duendes, y el oído
(el sentido que nunca nos engaña)
discierne entre los ecos la perdida
voz siempre niña del amor, mi doble
abre un amargo girasol, lo quema,
y fatigado de vivir, herido,
por espejos y túneles desciende

- al reino de las aguas primordiales
donde vierten sudores azulgrises
4290 esos antros que sueñan con el trueno.
Me inquieta ese confiar, ese abandono
con que la luz que ve, siente y espera
(¡el tigre con los ojos en la mira!),
se abisma en la neblina, hosca neblina
que ni ve ni percibe, hondo latido
que no alcanza ni a ser presentimiento.
Desde siempre mi doble lo sabía:
hay una infancia germinal (el niño
que en las playas erige y pisotea
4300 su velero de arena, es una imagen
que prefigura el fin) y hay otro inicio
casi imposible de lograr: el viejo
que cultiva su rosa, que la cuida,
que le sirve de sombra y centinela,
anticipa el misterio del retorno,
la vuelta del eterno todavía.
¡Oh ciclo de mis vértigos: la tierra
recubierta de nieve reconoce
el imperio del sol cuando regresa
4310 reclamando su reino y entre brisas
le devuelve una tibia primavera!
Nadie elige su ayer. En mala hora
has nacido, Telémaco, hijo mío.
¿Qué poderes te dejo, qué legado?
Una islita en el mar no es tierra firme.
El gris es parte de la infancia. ¿Crees
que porque eres aún niño en las playas
no tienes nada que olvidar? No has visto
la víbora en el cántaro de barro,
4320 no has probado el veneno, no imaginas
-

lo que hacen con el alma esos recuerdos
que en las noches desiertas nos arrasan.

¡Oh destino: me debes una vida!

Pero hay sol en los pálidos olivos,
el humo ha reducido a una silueta
lejana y fantasmal las arquerías,
la luz apenas matutina besa
el mar y sus errátiles criaturas,

la espuma y lo más íntimo, la vida

4330 (iese acertijo fantasmal del agua!),

y es el alba en el bosque y es el día

y la diosa recóndita no sabe

si la sombra mortal que la protege
proviene del jazmín o de la seda.

¡Oh lámpara del ser! ¿De qué pregunta

es respuesta ese sol? El mar conoce

los sinsabores de la sal. ¿Por siempre

seguirás engañándote, Odiseo,

mintiéndote y llamando "mi destino"

4340 ese azar sin por qué ni profecía?

"Es el viento, te digo, sólo el viento",

susurraba la maga en los ocasos

en que una larga vibración hería

las hojas de los hondos encinares.

¡Lámpara de los sueños! La desdicha

era un fuego delante de nosotros,

era una hoguera y a su luz vivimos

entre todos los seres de la noche.

No te quedes, rey loco, en el encuentro,

4350 desciende hasta el final de las alturas,

no esperes el momento de la muerte

para morir al desamor, Ulises.

Vuelve a tus playas, cormorán oscuro:

- que la puesta del sol no te sorprenda
mirando el precipicio: tú bien sabes
lo que pasa en los bosques del otoño
cuando el mar se desangra y es la tarde
y hay murmullos y sombras y te quedas
a la escucha del viento y de las voces,
4360 y un relámpago blanco transfigura
el púrpura erizado de las olas.
He vivido esos ciegos nacimientos,
esas lívidas muertes, esos fríos,
y pesando con manos de cantero
lo blanco de esta piedra que estuviera
sumergida por siglos en el río,
la grieta que la marca me recuerda
que así como salimos a la vida
por la honda herida maternal, al Hades
4370 entraremos también por la insaciable
vagina de la Parca. Ya es la hora:
de mi sed de poder me purifica
la vida con el signo del fracaso.
¡Oh Calipso! A una palabra tuya
el arpa toca por sí sola,
y en lo más sin alivio del desvelo
(esa noche color brisa que huye
donde se hiela de ansiedad el lago
atento al respirar de las estrellas)
4380 se despierta la red atrapasueños,
la sombra germinal del nuevo día,
un celaje de luna preservado
para siempre en la lágrima del ámbar.
Pero es Circe quien marca mi destino.
Como el demonio que al oler la rosa
quemada en el brasero teme y huye,
-

mi duende ciego en el umbral gemía
cuando la brisa de la mar rizaba
el aljibe que pálido refleja
4390 la luna y sus errantes mutaciones,
y la de los aretes de turquesa
y el soterrado cascabel, soltaba
su silbo, y el murciélago frutero
(iese alado aristócrata del sueño!)
llegaba por sus dátiles dorados.
La noche sobre el mar era un trasunto
azulgris de mi alma: percibía
los ramajes ahogados por el viento,
un gemido abismal de oleaje y sombra,
4400 esa fuerza que mata las estrellas.
¡Insólito poder! Sola en su reino,
la intensa nigromante conseguía
sacar de su descanso a los dormidos
habitantes del Hades y ponerlos
a seguir las luciérnagas fugaces.
¡Y siempre ante el umbral! En las mañanas
de aquel tiempo febril me despertaba
no el sol sino la sed: era otro sueño,
era mi propia juventud perdida
4410 (¡fuego fatuo y azul de las marismas!)
el tesoro que no desesperaba
de hallar en el vivir aunque mi vida
la viviera sin íntima esperanza.
El mar, el crudo mar de los hechizos
(¡en aquel paso estrecho vi el infierno,
los vientos y el encuentro de las aguas!),
quiso hacerme olvidar tanta fatiga:
la copa de oro que cayó del cielo,
mi muerte natural, la cabellera

4420 de ojos lilas del árbol de los sueños.

Como un sordo tumor en mi costado
sigue latiendo el corazón. Ahora
la sedienta raíz color de fuego
a la que temen las Erinnias, hiere
el barro pegajoso del otoño,
y el íntimo animal, la pena negra,
siente subir de las profundidades
ese inquietante alucinar que a veces
se enciende de dolor o en la neblina

4430 hace extrañas y lentas remisiones.

Nada temo. Saliendo de una ciega
vuelta de caracol, mi doble mira
la luz que sopla sobre los helechos,
los pórticos en ruinas, esa brisa
que hace resplandecer la luna blanca.
Quiero pasar mi sombra por el fuego,
dejar en la ceniza trashoguera
los pesares de ayer y los de ahora,
el rescoldo del odio que requema

4440 la retorcida flor de mis entrañas,

el musgo verde pálido que nace
en las grietas recónditas del antro
donde anidan los lémures y evoca
sus viajes el oculto encadenado.
El viento suena como si estuvieran
sordos cuchillos desgarrando sedas.
¿Quién es ese que sube de las olas
buscando en las espumas el susurro
para siempre fugaz de la alegría?

4450 Mi doble (su alimento es la ceniza)

se mete espada en mano en la humareda
(iel tiempo en el que vivo adormecido!),

buscando con un odio de mendigo
(mis locos pensamientos me recuerdan
esos agrios erizos que rondaban
los aljibes en tiempo de sequía)
el vino que la sed hace más rojo,
los espectros, los pálidos que suben
ansiosos desde el polvo de la tierra,
4460 y toda esa otra historia que pervive
(oculta iniquidad, llaga escondida)
supura en el instante en que la lira
y el desquiciado oficio del aedo
estremecen el antro, la memoria
(cuando ya no existamos, otras gentes
sabrán por esos cantos y relatos
como éramos nosotros, los aqueos),
y saliendo en tropel del mar antiguo,
cruzando silenciosos y perdidos
4470 una llovizna de ceniza y tiempo,
reaparecen de golpe los jinetes
que infatigables ("primero la muerte
y la necesidad, después el brindis")
cabalgaron en triunfo por Iliria,
probaron vinos negros, conocieron
ciertos usos maléficos del sueño.
Esos héroes enfermos practicaban
la curación por el peligro: Ajax
decía que la unión hace la fuerza
4480 y la fuerza el delirio; Menelao
esperaba esa brisa que recoge
las almas y el terror de los caídos;
Aquiles, en sus pálidas vigiliass
("el rojo resplandor me sabe a vino",
susurraba ese loco que en invierno

se embriagaba mirando las hogueras),
removiendo las brasas evocaba
los grumitos de sangre que los perros
(iesos perros sonámbulos!) lamían
4490 al borde del estanque donde huraños
lavábamos los carros de combate.
El sol, el ciego sol, el sol errante
(iese dios de ojos grandes!) los había
trabajado hasta el fin con sus embrujos.
No ansiaban el azul de un lago en calma:
querían el metal de una centella
cayendo con poder desde la altura.
Somos agua de mar. Hemos nacido
de un linaje de vértigos y espumas
4500 y sabemos a sal y recibimos
órdenes misteriosas y lejanas.
Lo supieron los teucros: el destino
no conoce los términos del juego.
¿Qué es? No sé qué es: el tigre rojo
caza en la oscuridad y tú, rey ciego,
con dolorido afán buscas en vano
ese vino que mata desde ahora
del mañana las penas ignoradas.
Pero a causa del dios que me persigue
4510 estoy en tu poder, tierra de nadie,
y el tedio es tan irreal que uno no sabe
si morder fresas agrias, esfumarse,
matar un oso gris a latigazos,
sacudir telarañas de rocío,
lavar cuchillos en el agua muerta,
darle al tigre a beber légamos verdes.
Atardece. Y ahora que la vida
se recoge en los bosques del otoño,

- ¿qué recuerdo más íntimo y querido
4520 se ha quedado en mi ser que el de esa playa
(¡aquella playa de mi pobre patria!)
donde el mar indolente abandonaba
esos nidos que el sueño de la tierra
elabora en las noches invernales
con saliva y rumor de golondrinas,
frutos rojos, racimos madurados
por el sol y las brisas de otro mundo?
Sopla mi sombra y el rescoldo ciego
revive, gime, resplandece y arde.
- 4530 Aquí se sacia mi ansiedad. El bosque
es el reino secreto de los locos:
ahí, donde se trenzan y retuercen
fuegos fatuos, bejucos, resplandores,
y en lo denso y azul del plenilunio
llueven peces y adelfas venenosas,
puede a veces el pródigo del alma
(ciego de la embriaguez, libre de culpa)
realizar esos sueños imposibles
en la diáfana luz de las ciudades:
- 4540 ver los duendes ocultos en el heno,
el paciente acelere de los astros,
los lémures de a tres por las hogueras.
La insidia recurrente del olvido
tiende su red en el insomnio: somos
un nudito febril, un punto ciego
en el esparavel del infinito.
Esa brisa marina que lo mismo
que el ansia de vivir viene por rachas,
en susurros anuncia y prefigura
- 4550 los claroscuros del amor, el sueño
que me miente mirándome a los ojos.
-

- No te extrañes, Ulises: tú conoces
 el sol que a la recóndita semilla
 le da luz y calor para que muera
 y reviva en renuevo y crecimiento
 y así a la plenitud del fruto lleve
 su promesa la flor: lo que el invierno
 resguarda en sus graneros, el verano
 lo reparte por bosques y caminos.
- 4560 Tú que ves en las olas un reflejo
 de ese sol interior, tú que alucinas
 con el mar que te obsede y que te urge
 y en el atardecer sufres el miedo
 que ahora vive en ti mismo, pobre Ulises,
 sabes que a veces el que duerme solo
 (acuérdate del sueño en que una sombra
 viene del otro lado del espejo
 por ese peine de marfil dorado
 que Circe entre sus joyas olvidara)
- 4570 siente voces, susurros, murmuríos,
 risas que salen de la tierra hueca.
 "Con la vida de ustedes me responden
 por la vida del fuego", les decía
 la sonámbula Circe a sus felinos.
 La voy bien con la pálida. Mi sombra
 (perdóname, Calipso, diosa oscura,
 tanto desasimiento y abandono)
 ha sufrido esos agrios nacederos,
 esas muertes de sed, esos infiernos.
- 4580 "Volveremos a vernos: todos vamos
 por el mismo camino", dijo Aquiles
 al encender la pira de Patroclo.
 Yo no muero: me voy, entro en el sueño.
 La cálida corriente que a si misma
-

se ve rauda fluir (no hemos hablado
lo suficiente del amor) me lleva
(iya me siento pasar, ya me voy yendo!)
y todo es tan irreal como ese día
en que el mar incesante era un hechizo
4590 y a bordo de mi gris pentecontera,
animales o espectros, vi a lo lejos
(tarde lo supe ver: el infinito
es el límite incierto del anhelo)
el coro fantasmal de las sirenas
quemándose en la mórbida armonía.
¿A donde irás, Ulises, que no escuches
ese virgen sonido de la brisa,
esas voces, esa casi secreta
presencia del enigma en tus auroras?
4600 Un atajo en el tiempo me desvía
(no divagues, Ulises, no preguntes
ni por qué ni a qué vienen: son las olas)
y en la noche que cierra los jardines
(la antigua tentación de la alegría
ya no tiene poder sobre mis venas)
mi alma batalla en la inquietud. Ahora
una estrella fugaz pone en olvido
aquel olvido del ayer. Mi vida
(esa línea erizada que parece
4610 una historia que un duende hubiera escrito
con una pata de alacrán) la hicieron
los altivos consejos de Laertes
(“No olvides a qué patria perteneces,
de qué pueblo eres rey, qué juramento
compromete tu nombre y tu destino”)
y el ejemplo lunático de Aquiles.
Era una espina herida. Lo quemaban

- ciegas brasas de cólera y orgullo
("Cuando entremos a Troya , la perdida,
4620 mataré sus leopardos, sus jardines,
sus perros de testículos rosados")
y exultaba sufriendo las intensas
pulsiones del Averno en pleno día:
las piedras transpirando ese sol agrio,
el piafar de las bestias casi en celo
presintiendo el olor de la batalla,
o de golpe entre gritos la estampida
de jinetes y potros asaeteados.
¡Cielo, caballo y muerte, cielo y nada!
- 4630 La luna cazadora de secretos
acechaba furtiva las almenas,
el sueño de los fieros centinelas,
los helechos de sombra distraída,
cuando por fin a la ciudad entramos
una noche azulgris de aquel otoño,
el más ebrio de toda nuestra vida.
Con el ansia animal del basilisco
que muere cuando suelta su veneno,
la rata gris de la ansiedad me sigue,
- 4640 le pone oficio a mi demonio mudo,
y estoy solo y la luna (ese sol frío
que enloquece a los pájaros del agua
y preanuncia con lívidos celajes
el terral de las noches amarillas)
se adormece en yerbales y marismas
y en las chozas los viejos pescadores,
remendando sus redes y trasmallos,
sienten el respirar de los demonios,
las nubes de luciérnagas azules,
- 4650 el albatros, la música de altura,
-

esas rachas febriles que desnudan
los inicios, los íntimos del sueño.
Recónditos braseros, frenesíes,
voces de queja y de remordimiento
reviven en mi ser si rememoro
los fuegos del ejército en la orgía,
las nubes oro mate sobre el puerto,
el palacio que ya nunca sería
del príncipe heredero, sus portales
4660 abriéndose a los vientos y a la espuma,
el bronce y el translúcido alabastro,
el trono de las muertas telarañas,
la neblina empañando espada y luna
cuando vino esa noche entre las noches
y en los crueles reflejos de la orilla
y en la furia del mar y en los febriles
médanos de la sed se dispersaron
los teucros domadores de caballos.
Y vivir para ver: esos terrores,
4670 convertidos en fábula y leyenda,
¿no andan ya en boca de los niños griegos?
A ti, Circe, jazmín en plenilunio,
relámpago a traición, nostalgia mía,
a ti que ves el aire y el mañana
(más misterioso es el ayer) y sabes
conjurar los espectros, la memoria
(esa brisita que susurra sola),
se parece esta noche azul y negra
(hay brasas en la casa de los celos,
4680 hay uvayemas de rencor, hay luna,
y aspirando la luz mi duende ciego
lucha contra la sombra de los muros)
en que te siento repetir: "El tiempo

se ha de volver eternidad y todo
será como si nunca hubiera sido".

- El plazo se ha cumplido. Ahora que tengo
el corazón ligero para el viaje,
mi bosque de rencor se transfigura
por ti, contigo, en ti, sol de alegría,
4690 y es otoño y sobre los encinares
la furia del relámpago se abre
quemando con su soplo misterioso
la urdimbre misma de la luz, el día.
Es mejor el recuerdo que el regreso,
pero en las tardes, con el viento, llegan
la saudade y sus lémures oscuros,
y de noche, bien alta ya la luna,
cuando el lívido malva de las brisas
fatiga mis horarios de hombre solo,
4700 de allá de la marisma y la salmuera
donde se quema el canto de los búhos,
sobrevienen olores ancestrales
(leche agria, jazmines, agua muerta,
verdolagas y vino derramado)
y un aciago tam-tam horada un eco,
un nido de ansiedad en la neblina,
y el hijo idiota del azar, el sueño
(en los tibios ocasos me conmueve
su mansedumbre de leopardo ciego
4710 que mastica heno negro y girasoles),
pasa bajo los arcos columnados,
pide al espantapájaros que ahuyente
el silbo trepador de las Arpías,
se pierde entre los mirtos, desearía
un lago en calma donde estarse quedo.
¡Qué incierto es el ayer! Una palabra
-

(¡una sola palabra!) y el viajero
que se hace la ilusión de haber dejado
para siempre en desérticos parajes
4720 los alacranes de los pozos muertos,
los rencores, los piojos del beduino
(el viajero es un dios y no lo sabe
y su historia es la de los desterrados),
siente que vuelven los remordimientos,
que lo arrasa la pena fuerte y dura,
que hay un párpado gris en la neblina
donde suda su fiebre el lirio rojo.
¿En qué quedan, rey sabio, tus poderes?
¿Ves o sientes imágenes? ¿Añoras
4730 el interludio asiático? ¿Te queman
la memoria tu ayer de navegante,
los cantos a la sombra de la luna,
el fuego que en tu ser vive y murmura?
"Si me ves al pasar te dejo el reino",
dice el viento del mar. Esta es la hora
(aguarda, corazón; detente, furia;
embriágate, dolor, abre tus brumas
a la revelación de la alegría)
en que emerge del lago el somormujo,
4740 los animales de pezuña hendida
repasan el trigal donde se oculta
esa flor toda olor, flor para ciegos,
y la maga del manto azafranado
susurra una oración, aviva el fuego,
lleva migas de pan al dios tullido.
Ahora que los húmedos helechos
segregan una especie de neblina
que se adhiere a la tierra donde nacen
extraños seres para el mar, recuerdo

- 4750 el sueño en que agobiado por la culpa
y ese lívido azul de los almendros
que parecen más altos con el viento,
llegué a un lecho de piedra y ahí estaba
ese rojo escorpión (ibrasa y veneno!)
quieto en el resplandor del mediodía.
¿Y qué es la realidad, después de todo?
(Así piensan, lo sé, los desterrados
hombres de las marismas, esos locos
que no tienen más patria que sus manos,
4760 gente dura, sufrida y orgullosa
que desprecia la suerte y, pese a todo,
le madruga al azar, tiende las redes).
¡Oh destino! Las ráfagas funestas
regresan al pinar desde el ocaso,
el vino que me pudre y que me embriaga
disuelve en su fulgor oro y oscuro
las asperezas de lo real, el día.
Una manada púrpura de ciervos
llega al claro del bosque, recupera
4770 el descansado espacio de las brisas,
ese ámbito de luz donde respira
y se alivia de sombras la espesura.
¿Quien ha visto el enigma? ¿Quien conoce
los opacos motivos del olvido?
¿Qué soplo de lo irreal, qué brisa ciega,
qué injerto de alacrán en rosa roja
perciben entre espanto y maravilla
los capullos que mueren en naciendo,
los perros atigrados y los ciervos
4780 que se arrojan al mar desde las peñas?
El largo navegar nos hizo un mismo
ser con el viento de la mar. Ahora
-

una premonición deja en mi frente
su mala espina de temor. ¿A causa
de qué gris sinrazón amo la vida,
los nacederos del dolor, el día?
¡Oh recóndita sed! Como el enfermo
que odia la vida y con el opio muere
engañado y feliz, siento que llegan
4790 los cortejos errantes del insomnio
que vienen desde el mar y que nos dejan
una huella de sombra en la mirada.
Tú, Calipso, que vives en el reino
donde el cielo y la tierra se besaron
en el misterio de la vida, que sabes
lo que habrá de venir y que no temes
recibir la visita de los sueños,
perdóname este mal presentimiento,
déjame entrar en tu descanso, dame
4800 (¡si mi anhelo pudiera desplegarse
en ti y en tu verdad como la brisa
se despliega en la mar del plenilunio!)
la noche azul donde el cocuyo suelta
esa pulsión intermitente y fría.
Yo te conozco por tu nombre, diosa
que has visto mis trabajos y mis penas.
¿Qué más quieres de mí? ¿Qué es lo que buscas,
hija de la inmortal sabiduría?
¿Por qué no apareciste en esas tardes
4810 en que hubieras podido protegerme
del mar y de mi propia desmesura?
¡Qué gente tan extraña y rara somos,
qué sombras tan errátiles tenemos!
Esa es la ley: de lo profundo muere
quien toca lo profundo y yo he tocado

- el poder abismal de la desdicha:
 antes que herir a Troya debí no haber nacido.
 Maldigo ese momento solemne en que la vimos
 (iciudad del horizonte, brocal de brisa y luna!)
- 4820 surgiendo de una curva secreta de la aurora.
 Recordé las palabras del aedo: "Más vale
 que seas tan valeroso como en Ítaca dicen.
 Esta tierra sembrada de guerra hasta la orilla
 (aquí hay odios capaces de exprimir una piedra)
 se ha de beber tu sangre, tu fuerza, tu destino".
 Y Troya, ese espejismo, me calcinó la vida.
 La voz humana, esa vibración misteriosa
 donde se unen la carne y el espíritu, no logra
 (y menos esta noche que oculta entre visiones
- 4830 esas fosforescencias del mar lleno de ojos,
 el bosque y lo furtivo de la brisa en el bosque,
 los cocuyos dormidos en el verde más frío)
 nombrar esa marisma de zarzas y arenales,
 esa tierra de nadie donde sólo se escuchan
 el gemir de los vientos y el requiebro del asno:
 ahí seguirán el pino gris plateado,
 las acequias recónditas fluyendo
 al borde de los grandes peñascales,
 las ruinas que la intensa fantasía
- 4840 de los niños perdidos transformaba
 en baluartes, en bosques, en veleros.
 ¿Se fueron, pues, en humo los cantos, la batalla,
 el dolor, ese sordo sufrir de nuestra carne,
 el mar donde a los griegos se nos perdió la dicha?
 No lo vimos venir: era el olvido.
 Lava tu ropa en vino, purifica tus uñas,
 si es que te reconoces a ti mismo, rey loco,
 en ese espejo negro que oculta de los duendes
-

- el ayer, esa rosa que se mece en la vida.
- 4850 Yo te prefiero indescifrable, diosa.
En lo íntimo, cierto, tú lo sabes,
y hasta que la clepsidra de la muerte
me señale el momento, me arrebate
la penuria del ser, borre mi sombra,
evocaré esta playa donde reaparecieron
las lunas de los años del tiempo de mi vida.
Nadie sabe de donde viene la brisa. Ítaca
es mi tierra, mi madre, mi tormento, mi reino,
y todo lo que tengo vive ahí: los almendros,
- 4860 las viñas, el granado, la flauta en el ocaso,
la violeta nocturna para curar el alma.
Cuando el viento se canse de atajarte y regreses
y en la arena (la blanca, la del palmar) enciendas
una hoguera y tu grito queme el gris de las nubes
(esta lengua impaciente que es la piel saborea
desde ya ese reencuentro con la sal de aquel tiempo),
la fuerza de la tierra reafirmará tu vida:
susurros inmortales, brisas de teofanía
calmarán esa furia que en la noche se enciende
- 4870 y estalla en resplandores cada vez más amargos,
y una vez en sosiego tu ansiedad de otros días
(iraiz dulcificada por la lluvia de otoño!),
olvídate de Troya, de Circe, de los mares,
déjales a los perros esas lunas azules
que hacen llorar el alma de la sibila muerta,
acuérdate a qué saben el pan blanco, los higos,
atiende tu silencio, tu cansancio, tus horas,
mira el ocaso y siente que no has vivido en vano:
la paz también es bella si el honor la ilumina
- 4880 y hasta la sombra es suave cuando es tu sombra, Ítaca.
No me dejes aún, melancolía:
-

quítale la fragancia y ¿qué es la rosa
sino vano fulgor, forma vacía?

No me dejes aún, melancolía:

mira mi soledad, siente mis pasos,
sigue mi rastro en la región perdida.

Llueve. Llueve allá tras el sol y el mar apaga
los altivos, los tristes lampadarios del mundo.

¡Qué rescoldos te queman, Ulises, hombre solo!

4890 Un hondo corazón en agonía

busca el soplo de luz que transfigura
las altas araucarias de la muerte.

¿No tienes nada que decir, Ulises?

No preguntes qué hacer: tú eres el viento.

¿Y ahora? ¡El infinito!

Que así brote el jazmín y que así sea.

¡Oh luz de la recóndita alegría:

encuéntrame: tú sabes que te busco!
